Monseñor Antonio María Barbieri

ARZOBISPO DE MONTEVIDEO

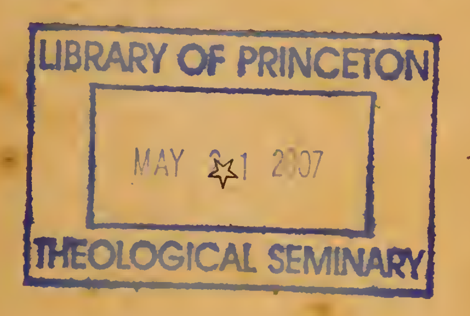


MONTEVIDEO 1952

Mons. Dr. Antonio Ma. Barbieri

Arzobispo de Montevideo

Escúchame



Montevideo

1952



Con las debidas licencias

Prólogo.

Un grupo de personas piadosas que con encomiable celo cooperan con el Sacerdote en la atención espiritual de los enfermos, me ha pedido que publique estas páginas.

Muchos de los enfermos que atienden, y otras personas más que escuchaban mis trasmisiones radiales, que por espacio de unos quince años dicté para los enfermos, expresaron sus deseos de retener cuanto oyeron en esas conversaciones, que tanto bien obraban en su alma. Creo que el reclamo era legítimo puesto que los enfermos mucho aprovecharon espiritualmente de aquellas trasmisiones. No podía ser de otra manera, porque nada es mío de cuanto he dicho a los enfermos; es la doctrina de la Iglesia, son las enseñanzas del Evangelio, son la palabra y el Corazón de Cristo que resonaban en el hilo endeble de mi voz.

Y todo eso es divinamente eficaz sea quien sea el que lo use.

Cuando recibí el pedido de hilvanar en un libro los pensamientos que sembré, durante tantos años, en el corazón dolorido de mis enfermos, no pude negarme a hacerlo. Y como durante el año el tiempo me es extremadamente avaro, he decidido ocupar el de mis breves vacaciones para hacer este modesto trabajo, que hoy pongo en tus manos, enfermo mío, como una ofrenda de mi corazón de Padre que quiere hacer su-

yos los sentimientos del Apóstol que decía enfermarse y sufrir con sus hijos enfermos y atribulados. (1)

En estos momentos que pasaré junto a ti, te expondré brevemente algunas verdades fundamentales que te orientarán cristianamente en esta hora en que el dolor se ha apoderado de ti; te enseñaré luego algunas virtudes peculiares de tu estado; te haré algunas sugerencias sobre las fiestas que pasarás en el lecho y que suelen ser motivo de tristeza para el que no las puede celebrar sano; y finalmente, a modo de pequeño retiro, —que podrás hacer suavemente en la quietud de tu enfermedad,— te haré meditar sobre algunos tópicos que, unidos a cuanto te digo en este libro, espero te harán bien.

No busques en estas páginas al literato, ni al hombre de ciencia que no lo soy; por otra parte tú, hoy, no lo necesitas. Busca al Sacerdote de corazón que en nombre de Jesús, a quien representa, quiere llevarte una palabra de caridad y de consuelo y quiere hacerte vivir con dignidad y con mérito esta hora de prueba para ti.

Recibe también estas palabras como un homenaje a tu dolor que te ennoblece y te une a Cristo completanto lo que, de parte de la criatura, falta a su Pasión. (2)

Y ruega por mí, mientras te bendigo estrechando tu cabeza coronada de espinas, contra mi corazón de Sacerdote, de amigo y de Padre.

Enero de 1952.

† Antonio María Barbieri
Arzobispo de Montevideo.

---

(1) Epístola II S. P. a los Corintios C. XI -- v. 29.
(2) Epístola S. P. a los Colosenses C. I -- v. 24.

El Buen Samaritano.

Mi querido enfermo:

Dicen que al corazón no se le manda; no sé hasta dónde sea verdadera esta afirmación y qué sentidos se le puedan atribuir.

Lo cierto es que en este caso no he podido mandar al mío.

Ha sido, es y será siempre tan grande el afecto que nutre para los que sufren, que se impuso a toda consideración.

Y aquí me tienes. Con mi alma estoy junto a tu lecho de dolor.

¿Y para qué?

Para ejercer en esta hora tuya de pena, el sublime oficio de Sacerdote.

¿Sabes lo que representa el Sacerdote junto al enfermo?

Es el buen Samaritano del Evangelio.

¿Conoces esa figura modelada por el Maestro en una de sus magníficas parábolas?

Bajaba un hombre, —decía Jesús,— de Jerusalem a Jericó, y cayó en manos de ladrones, que lo despojaron y le cubrieron de heridas, dejándolo medio muerto a la vera del camino. Pasaron varios transeuntes; pero todos se destinteresaron del pobre herido; finalmente acertó a pasar por el lugar un hombre de nacionalidad samaritano. Llegóse adonde estaba

el pobre hombre maltrecho y, viéndolo, movióse a compasión. Vendó sus heridas, empapándolas con aceite y vino y, subiéndole a su cabalgadura, le condujo al mesón y cuidó de él. Sacó luego dos denarios, y dióselos al mesonero diciéndoles: Cuídame a este hombre; y todo lo que gastares de más, yo te lo abonaré a mi vuelta. (3)

Este buen samaritano es el modelo del alma misericordiosa para con su prójimo doliente; y dije que es también el símbolo de la misión sacerdotal ante los enfermos. .

Pero me dirás: ¿Y qué remedio puede darme el Sacerdote en mi enfermedad? ¿Qué bálsamo puede derramar sobre mis heridas abiertas? ¿Qué alivio puede proporcionar a mis insistentes dolores?

En sentido material ninguno, por lo menos directamente.

Pero mira bien, hijo mío, que no eres sólo materia; eres criatura humana, es decir, estás compuesto de alma y cuerpo. Y por la unión substancial, que hay entre estos dos elementos, el uno refleja sobre el otro sus propias vicisitudes. Si el alma está alegre, el cuerpo se anima; si aquella está triste, éste decae. Si el cuerpo está sano, el alma se siente bien alojada en él; si, en cambio, está enfermo, el alma se llena de angustias, de penas, de desaliento, a veces hasta de desesperación.

¿No es verdad que es así, mi querido enfermo?

Mi espíritu ya está oyendo tu respuesta:

—Si Padre, es así, Ud. tiene razón.

---

(3) S. Luc. Cap. X - v. 30-35.

♡

Y es precisamente a tu alma desolada, apenada, sacudida por el desaliento, enervada por la desesperación, a la que yo me voy a dirigir.

Seré, con el favor de Dios, el Samaritano bueno de tu alma.

Y derramaré sobre tus heridas, en estas breves conversaciones, el vino y el aceite de que habla el Evangelio.

El vino de la palabra que anima.

El aceite de la palabra que dulcifica.

Esa será mi misión en estos momentos, que pasaré, Dios mediante, junto a ti, a través de la presencia de estas páginas que escribo con el corazón.

♡

Déjame, pues, amigo mío, sentarme a tu lado; déjame que lo haga en la hora de sosiego que te proporciona la enfermedad.

Escucha mi palabra, sin prevenciones y sin prisa; déjala caer gota a gota en tu corazón.

Escúchala suavemente, sin cansarte; y, si algo te conmueve, detente y pídeme que te repita las palabras que te he dicho. Y cuando me mires en los ojos, busca en ellos la imagen que están mirando en el momento que te hablo; encontrarás a Jesús, el dulce Nazareno, que vino a salvar y a consolar; que pasó haciendo bien a todos los enfermos, y que tantas palabras hermosas y densas ha dejado para ti, enfermo mío, en las páginas de su Evangelio.

Nos haremos amigos; ya empezamos a serlo desde hoy mismo; y deja que selle esta amistad trazando sobre tu frente la señal de la Cruz, mientras te bendigo, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

No te desalientes;
tu fé te salvará.

Te voy a hablar del primer efecto que produce en el alma la enfermedad, que es el desaliento.

Cuando empieza a flaquear nuestro cuerpo, y nos vemos obligados a rendirnos, y sentimos que el mal persiste, si no aumenta; si la enfermedad es larga, y pasan los días, las semanas y los meses, quizá también los años, y todos los días son iguales, monótonos, grises, sin que en ellos brille la luz de una esperanza de mejoría; si la enfermedad es crónica y tú eres viejo, y se reduce tu vida a una constante sucesión de achaques, sin esperanza de verte libre de ellos; si tu enfermedad es dolorosa y molesta y te cansa con sus continuados sufrimientos, en cualquiera de estos casos el desaliento cunde en tu espíritu, y una secreta amargura se apodera de ti.

¡Pobre enfermo mío! ¡Yo comprendo perfectamente tu situación espiritual!

Pues bien, escúchame.

No rehuses atenderme diciendo que tus males no se alivian con palabras. En ese caso yo te digo que menos aún se alivian con el desaliento. Al contrario, se hacen más penosos e insoportables.

Serénate, pues y toma el dominio de tu voluntad.

Ya que tu situación es así, y no la puedes, por el momento, modificar, mírala cara a cara, con altura y entereza, y cambia tu sentimiento de desaliento, —que es siempre índice de debilidad espiritual,— por el noble y fuerte de la resignación.

Me preguntarás:

—Pero, ¿y cómo?

Para responderte, déjame, amigo mío, que te pregunte antes:

—¿Tienes fe?

¿No?

¡Ah! Si te falta ese don divino, no tengo palabra para ti.

Yo no puedo decirte: —Sé estoico, mira el dolor con espartana indiferencia.

Raramente o nunca, quizá, las fuerzas humanas dan para tanto.

Muchas veces, por amor propio, se simula una indiferencia que no se siente por dentro.

La indiferencia ante el dolor, por la indiferencia misma, es un absurdo.

Vuelvo a confesarte que no sé qué decirte. Estoy seguro que ni tú sabes que decirte a ti mismo.

¿Posees, en cambio, el tesoro de la fe?

¿Sí?

Entonces, alégrate. Muchas cosas tengo que decirte, y te las iré diciendo poco a poco.

Tu desaliento tiene remedio. Dios mismo te lo va a dar al enseñarte que no has sido creado para vivir y morir como las bestias, sin que nada haya para ti después de esta vida; sino que El mismo te espera en el más allá, para premiar eternamente tus dolores si los has sufrido por su amor.

¿No te parece que se sufre con alegría, cuando vemos bajo la corteza áspera del sufrimiento, un tesoro escondido de felicidad?

Dime : nunca has observado la actitud del joven obrero que piensa en su vejez?

Mira como trabaja con ahinco; se somete a la lucha con alegría, no obstante que sea el trabajo un yugo pesado.

Llega hasta amarlo.

¿Por qué?

Porque sabe que en el trabajo de hoy está su felicidad de mañana.

Eso debes hacer tú, con tu enfermedad, hijo mío carísimo. No te entristezcas; mira al cielo; levanta tu corazón.

Dios te ha prometido una felicidad sin nubes y sin ocasos, si sufres por amor. No te apenes, pues, enfermo mío.

Ofrece, aunque te cueste, tu holocausto a Dios; repite con fervor aquellas palabras del Padre Nuestro : "Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo".

Yo te aseguro que sentirás en el alma una gran paz; porque, en tus angustias, en ningún lugar estarás más seguro que en los paternales brazos de Dios.

Hazte amigo de Dios.

Cuando tengo ocasión de visitar a algunos enfermos en sanatorios u hospitales, al pasar por las amplias salas y espaciosos corredores experimento una sensación de melancolía y de tristeza.

Sobre todo al caer la tarde.

La luz crepuscular con sus tintes violáceos tiñe las salas y el paisaje que aparece tras los amplios ventanales. Una calma serena se difunde en el ambiente y una nostalgia de luz se apodera de mi espíritu.

Y he sentido entonces en mí mismo algo de esa soledad angustiosa a la que a veces relega la enfermedad, y he pensado: ¡Qué triste es estar solo!

¿Esa es tu condición?

¿Te sientes un poco solo en el ambiente donde te encuentras enfermo?

¿Sí?

Si es así, no quiero recordar tu soledad para hacerla más angustiosa; quiero recordarla para señalarte la forma de hacerla menos penosa y, si quieres, hasta agradable.

Mira, mi buen enfermo; cuando la enfermedad te priva de todo, y aleja a tus amigos, o, lo que es peor, te aleja a ti de ellos, de tus parientes, de tu hogar, y hasta del pedacito de tierra donde naciste y donde tienes tus cariños, y te lleva a un lugar donde no conoces a nadie de todos los que te rodean, no olvides que hay un Ser que te sigue siempre, como sombra bienhechora: es Dios, a quien lo encontrarás donde quiera, porque está en todas partes.

Mira, hijo mío, si tú no tienes fe no sabrás encontrar a Dios; y entonces ¡qué solo te sentirás! No tendrás más remedio que entristecerte, amargarte y desolarte, agravando así tu estado físico con este desquicio de tu estado moral.

Pero si tienes fe; si crees en Dios; si sabes que Dios es tu Padre y que te ama; si sabes que está en todas partes, ya no estarás solo; estarás con El; y El, que ha plasmado tu corazón, será capaz de comprenderte y aliviarte. Estarás con Dios, que se hizo hombre como tú, que sufrió como tú, que sintió como tú la pe-

nosa garra de la angustia, de la soledad y del abandono.

Hazte, pues, amigo de Dios.

Si no le conoces o le conoces poco, búscalo en los libros que te hablan de El o en el trato de las personas que te lo hagan conocer.

Yo te aseguro que Dios llenará el vacío de tu soledad; digo más, te la hará amar.

Cuando los tres Apóstoles se encontraron en el monte Tabor solos con Jesús, se hallaron tan bien en aquella soledad que no quisieron salir de ella y dijeron: Es cosa buena para nosotros el quedarnos aquí.

Muchos enfermos repiten esas mismas palabras; han encontrado a Dios Transfigurado a través del cristal de sus lágrimas; el dolor los ha hermanado con el que murió en una Cruz; han comprendido el valor de un sufrimiento, y se han hecho verdaderos amigos de Dios, con esa amistad que es la única auténtica, porque no se contrae bajo el impulso sospechoso de una hora de felicidad, sino que se cimenta en la hora pura del dolor, puente y crisol de los santos sentimientos.

Pregúntale a Santa Teresa de Jesús, a San Juan de la Cruz, a Francisco de Asís y a mil santos más; ellos te dirán del tesoro escondido que encontraron cuando el dolor los alejó del mundo y los acercó a Dios.

¿Llegarás tú a tanto?

Si no fuera así, llegarás, sin duda, a estar menos solo, porque encontrarás a tu lado a Dios.

Jesús el amigo
de los enfermos.

Querido enfermo: quiero recordarte algo que tú ciertamente ya sabes, pero que quizá no has sentido en toda su realidad; y es que, por ser enfermo, eres el predilecto del Corazón de Cristo.

Supongo que no creerás que digo esto para halagarte.

Tú conoces suficientemente el Evangelio como para comprender que mis palabras no son un halago, sino la expresión de la verdad.

Recorriendo las páginas del Evangelio verás que los enfermos aparecen por todas partes.

Ciegos, estropeados, sordos, leprosos; todos iban a Jesús.

Querían que El pusiera sus manos milagrosas sobre sus cabezas; que los mirara con aquellos ojos de expresión tan compasiva y tan serena. Querían tocar el ruedo de sus vestidos, o al menos que su sombra los cobijara al pasar.

Ellos sabían quién era Jesús. Sabían de las ternuras de su Corazón para los que sufrían; sabían de su comprensión de los dolores y angustias que desgarran las carnes y oprimen el corazón.

Ellos sabían quién era Jesús.

Por eso iban a El.

Y El los miraba, y los acariciaba, y los sanaba, sonriendo dulcemente siempre.

Jesús es, pues, el amigo de los enfermos. Por eso, también es tu amigo.

¿No te sugiere nada esta amistad?

Cuando uno sufre, desea que algún amigo lo comprenda.

Nadie como Jesús podrá hacerlo; El sabe lo que es sufrir. Si tú estudias a Jesús, verás que El ha pasado por todas las condiciones humanas; en una forma o en otra, El puede darnos el ejemplo y decirnos: Así como he hecho Yo, lo mismo haced vosotros." (4)

Cuando uno sufre desea que alguien lo consuele, pero no con palabras vanas y sin sentido.

Y Jesús tiene la palabra de vida eterna que santifica el dolor y lo convierte en moneda de oro para ganar el cielo.

Yo te haré llegar poco a poco esas palabras.

Ahora sólo te hago llegar su invitación que dice: Venid a Mí los que estáis tristes y trabajados por algún dolor; venid todos los que sufrís en el alma y en el cuerpo; y aquí junto a Mí, recostada la frente sobre mi corazón, encontraréis descanso y consuelo. (5)

Recurre, pues, a El que te está esperando con el corazón y los brazos abiertos.

---

(4) S. Juan C. XIII v. 15.
(5) S. Mateo C. XI v. 28.

"Bienaventurados los que sufren."

Cuando tu mal hace crisis y deja en tu semblante y en tu organismo las huellas de su paso, las personas que te rodean se duelen de tu situación angustiosa y te compadecen.

Esa compasión por una parte reconforta, en lo que tiene de caridad fraternal, y suaviza nuestras penas, puesto que no nos sentimos solos en ellas.

Pero no podemos negar que, a veces, la compasión ajena nos molesta porque es una nueva comprobación de nuestra desgracia.

—¡Cómo sufre! ¡Qué dolorosa enfermedad! ¡Qué desgraciado es!

A estas exclamaciones se reduce la compasión de nuestros amigos.

Son una afirmación más de nuestro dolor.

El hombre no sabe decir otra cosa.

O dice eso, o calla.

Los amigos de Job que fueron a visitarlo durante los amargos días de la prueba, estuvieron a su lado varios días sin pronunciar palabra. Es la respuesta humana al problema del dolor.

Pero la sabiduría divina tiene una palabra nueva para los que sufren.

Ningún hombre hubiera sido capaz de comprenderla ni de pronunciarla.

Está tan lejos del léxico y de la lógica humana como está el cielo de la tierra.

Esa palabra fué pronunciada por Cristo, —Sabiduría eterna.— en el célebre sermón de la Montaña:

—Bienaventurados los que lloran.

¿Cómo? ¿Bienaventurados?

Pero, ¿y es, acaso, el dolor una bienaventuranza?

Si y no.

Podemos considerar el dolor en su concepto absoluto o en su función en el engranaje de la vida.

En su concepto absoluto el dolor no es un bien. Es una evidente contradicción con la naturaleza humana que siente repugnancia hacia el sufrimiento.

De ahí que si el problema del dolor se encara desde el punto de vista puramente humano, el dolor es una verdadera desgracia para la criatura.

Pero en su relación con la vida y con las actuales circunstancias del hombre, es un bien, un incalculable bien.

¿Y con qué dice relación el dolor?

Dice relación con el alma y sus intereses vitales. Dice relación con los problemas de la eternidad. Dice, en definitiva, relación con Dios.

Colocado en relación a estos términos, el dolor tiene una sublime misión: la de purificar el alma, la de ennoblecerla y perfeccionarla.

El dolor aparece sobre la tierra como hijo fatídico de la culpa. Pero Dios transformó este hijo de maldición en instrumento de sus misericordias.

Por el dolor el hombre encuentra el camino perdido.

En el dolor encuentra el establecimiento de su equilibrio moral.

Además encuentra como su divinización, porque cada hombre que sufre recibe la unción consagratoria que lo hace venerable y respetable ante sus semejantes.

Finalmente lo perfecciona como se perfecciona el bloque informe de piedra a los hirientes golpes del cincel.

Es, pues, una bendición; es un camino a la gloria.

Y como que son, deveras, favorecidos los que están encaminados hacia la gloria, Jesús ha podido decir con toda verdad :

—¡Bienaventurados los que sufren!

Te decía que nadie se atrevió jamás a decir esta palabra.

El mundo llama al que sufre desgraciado, porque no mira más allá de los horizontes de este mundo.

Cristo los llama bienaventurados porque sufrir es la moneda para conquistar la verdadera felicidad.

Acepta, pues, con resignación tu dolor. Relaciónalo con tu alma, con la eternidad, con Dios. Encontrarás en él un consuelo inefable; y sentirás la verdad profunda de la bienaventuranza proclamada por Jesús en el Sermón de la Montaña.

El dolor: un buen amigo.

Es fácil encontrar a los enfermos en estado de rebeldía contra el sufrimiento.

Cuando el dolor es agudo o es continuado; sobre todo cuando es rebelde a todo tratamiento que se emplee para combatirlo, termina por impacientarnos; y entonces vemos en el dolor un verdugo inexorable, un enemigo implacable que nos persigue y acucia con insistente saña.

Y llegamos a renegar de nuestro dolor.

¿No te ha sucedido alguna vez esto a ti?

Pero hacemos mal; nos equivocamos cuando tomamos esta actitud.

El dolor no es nuestro enemigo, es, en cambio, un buen amigo.

No te fastidies por esto que te digo.

No respondas que es muy fácil decir que el dolor es un amigo cuando filosofamos sin que nos duela nada; pero es muy difícil aceptarlo cuando lo sentimos desgarrar nuestras carnes sin piedad.

No me digas eso; porque, quien te habla, ha pagado también el tributo a las contingencias amargas de la vida: también él sabe lo que es sufrir.

Es verdad que los sentidos se rebelan contra el dolor.

No fuimos creados para sufrir. Pero dado que el dolor es una ley impuesta por el actual estado de nuestra naturaleza caída, hemos de hacer primar sobre la

rebeldía de los sentidos el dictamen de la razón, y aceptar la ley; será molesta, si quieres, pero es provechosa.

El dolor nos hace aprender muchas cosas.

Por de pronto nos enseña a no apegarnos a las banalidades terrenas, y nos hace comprender que esta vida no es la vida verdadera; que, en vano, esperamos de ella más felicidad de la que puede darnos.

El dolor templa admirablemente el espíritu; después del sufrimiento nos sentimos espiritualmente más fuertes, más dueños de nosotros mismos, más preparados para la vida.

Por otra parte el dolor nos purifica. El placer muchas veces es morboso: nos rebaja y envilece; no digo esto de todo placer, pero sí de aquellos que produce la complacencia de las pasiones desbordadas.

Finalmente el dolor es acicate poderoso para despertar en nosotros las grandes elevaciones del espíritu.

¿Sabes cuándo es grande el hombre? No precisamente cuando goza sino cuando sufre.

La madre que pasa insomne las noches junto a la cuna de su hijo.

El soldado que muere por la patria.

El hombre que se sacrifica por cumplir con su deber.

Esos son los grandes.

No hay grandeza que ennoblezca al hombre que no se engendre en el dolor.

Por eso todos tenemos respeto y veneración por los que sufren.

El dolor los unge y los consagra. Los miramos con devota compasión, y con ternura amorosa nos acercamos a su lecho.

Tú me dirás que esas razones son buenas, pero que tu cabeza no está para comprenderlas ni meditarlas.

Bien.

Tienes razón, hijo mío, yo te comprendo.

Pero entonces, permíteme que te enseñe un secreto para sentirlas sin meditarlas.

Mira el Crucifijo; mira a Jesús pendiente de él. Es el Dios hecho hombre, que sufre por ti, para salvar tu alma.

Si Dios sufre por ti con paciencia, con humildad, con resignación, tú no tienes derecho a quejarte.

Si Dios se ha sometido a la ley del dolor para realizar su obra de redención, tú no tienes el derecho de pensar que el dolor no sea santo, puesto que fué el inseparable compañero de Cristo.

Si Jesús, el Divino Maestro, nos ha exhortado a aceptar el dolor con el ejemplo y con la palabra, tú no tienes derecho a no escucharlo y a desobedecerlo.

Míralo, pues, escúchalo y obedécele.

Y aunque sientas en ti la repugnancia de sufrir, carga con tu cruz y síguele (6). El te llevará por el camino del Calvario, pero no olvides que después de los dolores pasajeros del Calvario, te encontrarás con la eterna felicidad de la resurrección.

---

(6) Mateo XVI, 27.

El lecho; un gran libro del enfermo.

Mi querido enfermo, hablando, no ha mucho, con un antiguo amigo de la infancia que hace unos 20 años está en cama, me dijo estas palabras que valen un tesoro: El lecho es para el enfermo un gran libro.

¡Qué verdad tan grande! ¡Es un gran libro!

Cuando está bien de salud, el hombre ignora muchas cosas; y conducido por su ignorancia, corre por donde jamás debiera haber pasado. Exactamente como el ciego, que camina a tientas, y que, por eso, tropieza y cae.

Muchas veces, en estado de salud, nada queremos saber de Dios; nada de eternidad; nada de bienes espirituales. Nos parece que el mundo es nuestro; casi llegamos a creer que somos inmortales; y, si estamos en buena posición, nos ilusionamos creyendo que todos los que nos rodean son los mejores amigos.

Pero al caer enfermos la cosa cambia.

Ya se siente que las fuerzas no dan para conquistar el mundo; que nuestras carnes no son de sustancia inmortal, sino que son de barro deleznable. Y entonces, poco a poco comprendemos que tenemos necesi-

dad de la eternidad, de la Religión y de Dios; porque el número de amigos se ha rarificado, y las ilusiones de las cosas de la tierra se deslizan y se alejan de nosotros.

Todo eso se aprende en el gran libro que es el lecho del dolor; por esa razón en los enfermos se agudiza el sentido religioso, y se intensifican los deseos de elevación y de eternidad.

Pero lo que suele suceder, hijo mío, es que una vez pasado el mal, nos olvidemos de lo que hemos aprendido y volvemos a las andadas.

Yo te exhorto, mi querido enfermo, a no olvidar lo que estás aprendiendo en esta hora de amargura para ti. Recuérdalo siempre; recuerda que tienes un alma que salvar, que no hemos sido creados para vivir eternamente en esta tierra; que, después de la muerte, hay una eternidad que nos espera; que hay un Dios que nos ha creado, cuya voluntad debemos respetar, y cuyos mandatos debemos cumplir; un Dios que debemos conocer, amar y servir con todas las fuerzas de nuestra alma, no solamente en el tiempo de la enfermedad sino también en el tiempo de la bonanza y prosperidad.

El silencio, la soledad, la quietud a que te reduce la enfermedad son elementos preciosos para aprender estas lecciones.

Aprovéchate, pues, de todo esto; así la enfermedad te elevará, te espiritualizará, te acercará a Dios; y al terminar este período de prueba sentirás en el alma lo que deja la lectura de un buen libro: una gran dosis de luz y de bondad.

El derecho de las lágrimas.

Mi querido enfermo, la reacción más natural, y más lógica que produce la enfermedad en el espíritu es precisamente la de dolerse de su situación, hasta llorar, no sólo por los dolores físicos sino también por las situaciones morales, más o menos angustiosas, que se producen como consecuencia del mal.

Ante esta reacción cabe preguntar. Ese llanto, ¿es lícito, por lo menos para los espíritus cristianos y fuertes?

Desde ya te digo que sí.

El llanto no excluye ninguna de las virtudes que hemos de practicar, especialmente en la hora del dolor.

"Estás enfermo, —te diré con un piadoso autor,— hace muchos días, muchos años quizá que gimes en el lecho del dolor y dices: ¡Es posible! sufrir, siempre

sufrir, y hacer sufrir a los que me rodean! ¡Cruel enfermedad! ¿Cuándo concluirá?

¡Oh! no será el Salvador quien condene estas quejas porque El también se turbó a la vista del cáliz del sufrimiento y exclamó, lleno de agonía mortal: "Padre mío, si es posible, que se aparte de mí este cáliz".

Escúchame bien, enfermo mío.

No vengo a decirte que debes estar triste.

Pero vengo a explorar tu ánimo y a orientarlo en medio de ese estado de tristeza que ha brotado en tu alma y que no es posible no padecer, en ciertos momentos, al menos, en la hora de la tribulación.

Las lágrimas tienen también su derecho, y pretender que ellas no broten en ciertos momentos es pretender hacer de los dolientes hombres estoicos y hasta cínicos.

Los santos, que han sido dechados de perfección cristiana, han sufrido y han vertido lágrimas en sus dolores.

María Santísima lloró junto a la cruz de su Hijo divino.

Santa Mónica lloró por los desvaríos de su hijo, y éste, ya convertido y Santo, lloró sobre la tumba de su madre.

San Bernardo lloró por la muerte de su hermano.

¿Y acaso no lloró el mismo Cristo ante la tumba de su amigo Lázaro?

Pero atiende bien, enfermo mío, que estas razones no te autorizan para entristecerte en demasía, para gemir sin querer buscar consuelo, y mucho menos para llorar por vicio.

Hay algunos enfermos que parecen tener el don de las lágrimas. Se lo pasan todo el día llorando; cuando alguien va a visitarlos, lloran; cuando reciben una carta, lloran; cuando el termómetro se obstina en no descender, lloran; cuando el remedio no produce el efecto esperado, vuelven a llorar.

Si eres tú, hijo mío, uno de ellos, debes enmendarte de este exceso de llanto que te hace molesto a ti mismo y a los demás.

Las lágrimas, cuando son mesuradas, son sagradas; cuando son excesivas, son ridículas; y por eso no seas tú de los que lloran a todo momento, o se pasan el día malhumorados.

Acuérdate de lo que dice uno de nuestros refranes populares : a mal tiempo buena cara. Y yo te aseguro que a fuerza de insistir, tu buena cara hará también bueno el tiempo.

Otros, ante la enfermedad se desalientan y se desesperan. "No quiero deciros : no lloréis, —escribe San Francisco de Sales a una señora;— pero no lloréis como hacen los que, completamente entregados a las cosas de este mundo, no se acuerdan que caminamos hacia la eternidad".

En nuestros dolores, hijo mío, hemos de tener bien fija la mirada en las verdades que nos enseña la fe; ya he tenido ocasión de decirte del consuelo de la fe en la hora del dolor; y de tu deber recurrir a él.

Por lo demás no has de pensar que tu enfermedad sea incurable, ni que todo ha de ir mal. Es verdad que al fin nos aquejará una enfermedad de la cual no curaremos nunca; pero esa será la última enfermedad y no las que la precedan.

Por otra parte si ésa fuera la tuya, es una razón más para no desesperarte; porque la desesperación agravará tu estado. Acepta, en cambio, tu dolencia con resignación, y mira hacia el cielo.

Lo pasarás mejor, yo te lo aseguro, y hasta llegarás a estar contento.

Hay una tercera categoría de enfermos quejumbrosos y son los que lloran por vicio y por mimos.

Cuando a un niño se le hacen caricias porque le duelen las muelas, toma el vicio de llorar ante aquellos que lo acarician; cuando éstos se van, ni se acuerda más de su dolor.

Y muchos enfermos grandes son como los niños; lloran por vicio y por mimos.

Para curarlos el mejor remedio es dejarlos llorar.

Si tú, enfermo mío, eres uno de ellos, no te enojes conmigo porque descubro tu maña.

Agradécemelo, en cambio, porque con mis palabras te ayudo a corregirte de un defecto que amén de ser ridículo, debilita la voluntad.

Mi querido enfermo, resumo cuanto te he dicho en esta conversación que hoy tengo contigo, repitiendo que al paso que son comprensibles tus lágrimas y tristezas, debes hacer que ellas no sean exageradas, ni te desesperen, ni te aniñen; sino que debes enjugarlas con la fortaleza de la voluntad, y con la ayuda de la gracia y los consuelos de la fe.

Bondad de Dios para con los que sufren.

Hay un sentimiento que a veces se apodera del enfermo, que es una especie de miedo a Dios nuestro Señor. Cuando recibimos un castigo sentimos miedo hacia el que nos lo impone; y, considerando la enfermedad como un castigo de Dios por nuestros deslices, empezamos a concebir a Dios blandiendo una espada, con la mirada airada y en actitud dura y enérgica.

Mira, hijo mío, tú no debes pensar así. En primer lugar, no siempre se puede decir que la enfermedad sea un castigo por los pecados propios; porque hubo muchos santos inocentes, y, sin embargo, estuvieron enfermos y sufrieron mucho.

Pero aún suponiendo que fuera un castigo, yo te digo que no tienes que mirar a Dios con miedo. Porque es Padre, —óyelo bien,— es Padre aún cuando castiga.

Un día San Luis, Rey de Francia, preguntó a un amigo suyo, alma muy buena y sencilla: — Dime Joinville, ¿podrías decirme lo qué es Dios?

—Señor, respondió el joven, es un Ser tan bueno que no puede ser mejor.

Es, en verdad, admirable —en su sencillez— esta respuesta.

Si quieres saber cuan bueno sea, escucha lo que El dice de sí mismo en los libros sagrados.

"Como un Padre, —dice el Señor,— lleva a su

hijo, así he llevado a Israel en mis brazos" (7). "El que os toca a vosotros me toca a mí en la niña de mis ojos". (8).

"Podrá una madre olvidar el fruto de sus entrañas, pero yo no os olvidaré jamás." (9)

"Así como el Padre tiene piedad de sus hijos, —dice el Apóstol,— así también el Señor tiene piedad de los que le temen, porque bien sabe de qué barro estamos formados y no olvida que no somos más que un poco de polvo". (10).

Por otra parte, enfermo mío, mira como se manifiesta la bondad de Cristo a través de las páginas del Evangelio.

Mira como trató con ternura a la Magdalena (11) la pecadora de Magdala, a quien todos despreciaban por sus pecados.

Mira como defendió y perdonó a la adúltera, a quien todos querían hacer sucumbir bajo una lluvia de piedras. (12).

Mira como fué bueno con Pedro a quien miró con tanta dulzura después de su negación. (13)

Mira como fué generoso con el buen ladrón a quien absolvió de sus faltas mientras la humana justicia lo condenaba por sus crímenes. (14)

---

(7) Oseas XI, 3.
(8) Zach. II, 8.
(9) Isaías XLIX, 15.
(10) Gén. III, 19.
(11) S. Lucas 36-50, C. VII v. 36-50.
(12) S. Juan C. VIII v. 2-11.
(13) S. Lucas C. XXII v. 61.
(14) S. Lucas, C. XXIII v. 43.

¿Quieres más? Mira cómo fué bueno con los enfermos como tú; mira cómo los consolaba con su palabra y cómo los aliviaba con su sonrisa.

¿Podrás dudar, acaso, de la bondad de un Dios, que tan bueno se te presenta a través de tantas manifestaciones de ternura, hechas a los buenos y a los malos, a los justos y a los pecadores, a los sanos y a los enfermos?

No, hijo mío, no dudes de la bondad de Dios.

Y si tú me preguntas, qué consuelo puedes esperar de Dios en estos momentos tan angustiosos para tí, te respondo recordándote las palabras del Profeta que, dirigiéndose a Dios, exclama: "Vos ablandáis el lecho del enfermo". (15)

Ese es el consuelo que puedes y debes esperar de Dios nuestro Señor, en tu enfermedad.

El ablandará tu lecho.

Es decir, El te aliviará haciéndote menos penoso tu mal.

¿Quieres saber cómo?

Recógete un momento dentro de ti mismo; ponte en la presencia de Dios; mírale con tu imaginación así como tú lo invocas cuando rezas el Padre nuestro, y dile del fondo de tu alma: Señor, yo te amo con todas mis fuerzas; Señor, yo me resigno a tu Voluntad Santísima; Señor, yo sé que Tú me amas; Señor, yo sé que Tú todo lo dispones para mi mayor bien; hazme comprender los tesoros que encierra mi enfermedad.

Enfermo mío, hazlo así; y sentirás en tu alma la eficacia y la dulzura del consuelo de Dios.

---

(15) Salmo XL, 4.

Amor al Crucifijo.

Para que puedas comprender mejor cuanto te he dicho en la última conversación; para que puedas comprender bien a tu Dios en esta hora de dolor, y para que puedas encontrarlo más fácilmente a fin de hablar con El, yo te aconsejo que tengas junto a ti, cómodamente, el Santo Crucifijo.

Ahí lo tienes a Dios hecho hombre, que ha vivido entre nosotros para salvarnos, enseñándonos cómo debemos vivir y cómo debemos sufrir.

Cuando el dolor aqueja a un hermano nuestro, y nos acercamos a él para animarlo a sufrir por amor de Dios, es fácil que nuestras palabras resulten estériles.

¡Es tan difícil convencer al que sufre de que debe aceptar su sufrimiento con resignación!

Pero esa tarea se hace fácil si en vez de hablar, mostramos al enfermo el Santo Crucifijo.

Todas las razones, en que la naturaleza apoya su rebeldía al dolor pierden su fuerza ante la reali-

dad que nos muestra el Crucifijo: Un Dios que muere por amor de los hombres.

Yo quisiera, mi querido enfermo, que tuvieras mucho amor a tu Crucifijo y le miraras largamente, escuchando la lección silenciosa y elocuente que Cristo te da desde la Cruz.

Si te es penosa la enfermedad, mira que Cristo sufrió por tu amor dolores más acerbos que los tuyos; si el lecho te parece incómodo e insoportable, piensa que mucho más dura fué la Cruz, lecho de muerte del Salvador.

Si te parece que tu cuerpo va decayendo, —como casa de barro que se deshace al chicoteo del cierzo y del vendaval,— mira el cuerpo de Cristo con las llagas abiertas por los clavos que han desgarrado sus manos y sus pies.

Si las molestias de la enfermedad te hacen irascible, y si te entregas a la impaciencia, mira al Crucificado y lo verás paciente y humilde; no oirás de sus labios palabras de queja; oirás palabras dulces y mansas; oirás hasta palabras de excusa y de perdón para los que le ofendieron y condenaron.

Si te quejas por tu soledad y por tu abandono mira a Cristo Crucificado. Le verás solo; apenas algunas personas le siguieron, sin poderle aliviar en sus penas, antes bien, haciéndoselas naturalmente más acerbas con su presencia. Sus apóstoles le dejaron solo; sus amigos huyeron de El; los que recibieron de El el milagro de sus beneficios pidieron su muerte.

Si te parece que el cielo no te oye porque, a pesar de tus ruegos, estás siempre enfermo, no desconfíes ni te desalientes: mira al Crucificado y le verás más abandonado que tú. El mismo expresará su dolor en aquellas palabras: Padre ¿porqué me has abandonado?

Todas las contingencias a que te someta la enfermedad las encontrarás en el Crucifijo. Para cada situación espiritual en que te encuentres El te dará una directiva; en cada duda una luminosa palabra de consejo.

Y te sentirás aliviado, y hasta feliz.

Por estas razones se coloca el Crucifijo en los hospitales y casas de dolor. Todos reconocen su eficacia.

Creyentes o no.

Para los cristianos el Crucifijo representa la divinización del dolor; para los demás un símbolo o un recuerdo de un hombre que supo sufrir con dignidad y con fortaleza.

Cuando estés sano, lee las páginas de nuestro escritor uruguayo José Enrique Rodó, Jacobinismo y Liberalismo. Y verás cómo, aún los que no creen, sienten la necesidad de que el Crucifijo presida el dolor de los humanos.

Ama, pues, enfermo mío, a tu Crucifijo.

Míralo mucho y aprenderás muchas cosas que aún no sabes.

Y verás qué dulce es su divina compañía.

Sufrirás como los que saben besar la mano que los prueba.

Mi querido enfermo; muchas veces, cuando la enfermedad se hace sentir con más crueldad, oímos decir de los pobres enfermos que la soportan alguna palabra de queja contra el mismo Dios, llegando hasta poner en duda su bondad y misericordia, pensando que Dios no ve la desgracia que los aqueja ni oye la oración con que se le invoca.

Hijo mío muy querido, no seas tú uno de esos enfermos que no saben sufrir sin quejarse de Dios, como si Dios se complaciera en hacer sufrir a sus criaturas.

"Esto equivaldría, —dice un sagrado autor,— a acusarle de ser menos generoso que la abeja que nos da su miel o que la rosa que nos da su perfume."

Reflexiona un poquito, mi querido enfermo, y no te dejes llevar por el aturdimiento que genera en tu cabeza el dolor.

Tú sabes que Dios es la suma bondad y el sumo amor. Tú no tenías quizá dificultad alguna de confesarlo cuando estabas sano, y hasta lo habrás dicho muchas veces cuando las cosas te iban bien.

Pues mira, querido enfermo, que Dios es inmutable; y que si era bueno y misericordioso antes, lo sigue siendo también ahora.

Pero tú me preguntarás: entonces ¿y si es bueno, porqué permite que yo sufra, si El puede librarme de este sufrimiento?

Yo te respondo que tu sufrimiento no está en oposición con la bondad de Dios, sino que, por lo contrario, la confirma.

Ya me parece verte abrir tamaños ojos y mover la cabeza dudando de la veracidad de mi palabra.

Pero escucha, hijo mío; si tú no estás convencido de lo que te digo es porque ya has olvidado lo que te enseña la fe, a saber: que es un gran error creer que la felicidad hemos de buscarla en este mundo. Tal es así en realidad, que si tú la buscas no la encontrarás jamás.

Cuando te parezca que has llegado a poseerla, huirá como caprichosa mariposa.

No debes olvidarte que aquí debemos cumplir con la misión de hacer el bien, como medio de obtener una felicidad futura.

Y piensa, hijo mío, que para hacer bien, sobre todo para hacernos bien a nosotros mismos, debemos sufrir alguna contrariedad.

¡Ay del hombre que no conoce el sufrimiento, —decía un gran psicólogo,— porque es el más desagradable de todos los hombres!

Si a ti no te parece verdad lo que te digo, porque la pena te ofusca, olvida por un momento la hora presente. Recuerda las angustias pasadas, si es que las has sufrido, y verás que ellas te hicieron mejor; que te han sido de mucho provecho en un sentido o en otro

Piensa que si el dolor tiene una misión de bien en tu vida, nunca podrás decir que Dios no es bueno porque te lo manda.

Una operación de cirugía es, no hay duda, una cosa mala; creo que nadie se somete a ella de buen grado. Sin embargo, el cirujano que opera y te corta y te mutila no es por esto malo.

Puede ser que, si estás despierto, cuando te operen, bajo la impresión del dolor, intentes hasta pegarle al cirujano, y hasta lo trates de bruto y de inhumano.

No es ésa la voz de la razón, ni es ésa la verdad.

El cirujano hace en ti una obra buena, que te devolverá la salud perdida, aunque a costa de un mal rato.

Hijo mío, así es Dios. No te dejes, pues, llevar de los arrebatos inmoderados del instinto animal.

Sé hombre; sobre todo sé cristiano.

Mira a Dios con amor, y desde el lecho de tus penas invócalo con las palabras: "Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea el tu nombre".

Tendrás, entonces, una gran conformidad y gozarás de una perfecta paz.

No sufrirás ásperamente como aquellos que no tienen esperanza. (16) Sufrirás, en cambio, como los que creen en la bondad de Dios y esperan en su misericordia; como los que saben besar la mano que los prueba; como los que anhelan los eternos bienes del cielo.

Entonces el consuelo de Dios bajará como un ángel de bendición a enjugar tus lágrimas, a curar tus llagas, a sostener tus fuerzas y a derramar el bálsamo de la alegría en tu apenado corazón.

---

(16) S. Pablo a los Tes. IV, 12.

El tesoro de la fé.

Muchos enfermos permanecen largo tiempo en el lecho aquejados por el mismo mal y torturados por la incertidumbre, que es una de las más punzantes penas que puedan aquejar al doliente.

Hay enfermedades que tienen un plazo más o menos fijo para evolucionar. La medicina ha estudiado la duración de sus crisis y ya se sabe cómo y cuando terminarán.

Pero no así de otras; pasan los días, los meses y hasta los años, sin saber ni como ni cuando terminan si es que han de terminar; y se ven pasar los días uno igual al otro. Las noches, las interminables noches, se ven venir casi con espanto, sin notar en su sucesión ninguna solución de continuidad.

Mi querido enfermo, si estoy describiendo tu estado, de cuerpo y alma, no lo hago para entristecerte más, recalcándolo con mi palabra, sino que quiero, en cambio, proponerte el remedio para aliviarte.

Tú me dices que la incertidumbre te desespera; que te pone triste, y te desalienta que te cansa, que te agota y hasta te pone malo.

¡Pobre hijo mío! Motivos no te faltan para estar así.

Pero mira: si tú tienes fe; si tú sabes que hay en el cielo un Dios que te mira y que conduce tus pasos, a veces por caminos que nos parecen torcidos, pero que, en realidad, son derechos; si tú sabes y crees todo eso, debes buscar en tu fe una tabla de salvación en esa tormenta de incertidumbre que te agita.

Hijo mío, estamos en las manos de Dios. Estamos en buenas manos, no lo dudes.

¿A donde nos llevan esas manos?

No lo sabemos; o mejor sí, lo sabemos.

Nos llevan por los caminos escondidos de su misericordia.

Hieren, si se quiere, nuestras carnes, como se hiere la tierra para penetrar por los oscuros caminos de sus entrañas y buscar, hasta encontrarlo, el filón de oro, o el diamante apetecido.

Mi querido enfermo: esto no es teoría: es la realidad.

Hablaba yo con un enfermo cuyo estado espiritual era el que acabo de describirte.

Al principio la desesperación lo dominaba, luego se entregó en las manos de Dios: confió en El. Penetró por los oscuros designios de su misericordia y, por ese camino, encontró una felicidad que jamás había soñado poseer.

Le hacía yo reflexionar sobre las misteriosas vías del paternal amor de Dios, y sus ojos se llenaban de lágrimas; y con voz llena de ternura hacia la bondad divina me decía:

—No cambiaría mi enfermedad por la salud más robusta del mundo.

Es el milagro de la fe.

Tú me dirás:

—Pero siempre me habla de la fe como refugio de nuestras situaciones psicológicas producidas por la enfermedad.

Es verdad.

¿Y qué he de hacer?

Si no lo buscas en la fe, en vano lo buscarás en otro lado.

No hay otra vía para llegar a esta meta.

O te consuelas con la fe o te desesperas sin ella.

Por eso bendice a Dios por el don divino de creer.

Considera la fe como un tesoro, y hazla vivir, hoy más que nunca, en tu corazón.

Ella te tenderá sus brazos maternales y depositará en tu alma el ósculo del consuelo y de la paz.

El dolor demuestra la necesidad de la fé.

Vamos a insistir sobre el valor de la fe, a cuya luz podrás comprender el deber y la necesidad que cada uno tiene de resignarse en sus propias penas.

Si yo pregunto: ¿qué es la vida de esta tierra?, tendré que responderme que es un viaje penoso hacia la eternidad.

Algún incrédulo podrá negar, aunque sin razón, que la eternidad es el término de nuestra vida; pero nadie, —ni los que afirman que la vida es una marcha hacia la nada,— podrán negar que el viaje es duro y penoso.

El gran Bossuet nos da de esta verdad una explicación popular y clara. Nuestra felicidad terrena, —dice,— se compone de tantas piezas que no es raro que falle alguna de ellas.

Yo agregaré que no es raro que fallen varias a la vez.

Sobre una tumba se grabó este epitafio: Nació, lloró, murió.

Es el epitafio de todas las tumbas, porque es la parábola que describen todas las vidas: Nacer, llorar, morir.

La felicidad es una flor exótica en la tierra. Cuando se pretende trasplantarla a este miserable planeta, le sucede lo mismo que a las flores que se desea aclimatar en latitudes distintas de aquellas en que las ha colocado la mano de Dios: o no florecen, o si florecen, pierden su encanto y se mueren pronto.

No creas que exagero; te estoy diciendo la verdad.

Si me dices que en la tierra hay felicidad y que ésta es el patrimonio de los ricos, yo te diré que he visto llorar a muchos ricos, y que los que yo no he visto llorar, han llorado también.

Si me dices que son felices los jóvenes, yo te diré que ellos también lloran; si tú que me escuchas eres joven, puedes decir que tu juventud no está libre de llanto; si eres viejo, recuerda, y me dirás que cuando eras joven, llorabas tú también.

Si me dices que son felices los sanos, yo te diré que te engañas; ¿acaso no has visto llorar también a los sanos? No creas que exagero; la Santa Iglesia, que ha visto durante 19 siglos la vida de los hombres, ha terminado por definir a la tierra: valle de lágrimas.

Tú dirás, enfermo mío:

—Vd., Padre, está muy trágico hoy; ha venido a hablarme de lágrimas, en cambio de venir a enjugarlas.

Hijo mío muy amado; yo te respondo que no estoy trágico hoy; creo que no lo estoy nunca; y si he venido a hablarte de lágrimas es precisamente para enjugártelas.

Escúchame.

Hay algunos que dicen que mal de muchos es consuelo de tontos.

Yo no opino así.

Yo opino como el poeta latino que decía: es un gran consuelo para los que sufren el saber que no están solos en su sufrimiento. Si debo atravesar un bosque en una noche oscura experimento mucho miedo; pero si somos muchos los que afrontamos el mismo riesgo, entonces ya no tengo miedo.

Hijo mío; si, como decía Bossuet, todos los mortales llevan una pieza descompuesta, cuando tú llevas la tuya no debes rebelarte, ni desanimarte, ni creerte el más desgraciado de los mortales. Puesto que todos somos así, está demás el quejarte; sería lo mismo que lamentarte porque no tienes nada más que cinco dedos en la mano.

Pero tú me dirás:

—Padre, si el sufrir es la herencia del hombre sobre la tierra, aunque sea la herencia de todos los hombres no deja de ser desesperante para cada uno.

Hijo mío: el dolor, como herencia del hombre, nos demuestra la necesidad de la fe, porque sufrir sin fe es quitarle a la vida su sentido. Vivir para sufrir hasta la muerte y después no esperar nada más, es la más grande de las utopías; más vale no vivir.

Pero la fe, hijo mío, nos enseña que hay, más allá de la tumba, una vida nueva, a la cual nos estamos preparando si vivimos sobre esta tierra en el cumplimiento de nuestro deber. Entonces sí que vale la pena sufrir; como vale la pena sufrir una dolorosa operación siempre que tengamos, para después de la operación, la esperanza del bienestar.

Recurre, pues, a la fe, hijo mío; y el sufrimiento que ahora te agobia te parecerá amable, porque en el cifrarás la esperanza de una eterna felicidad.

En el dolor
tú no estás solo.

Tú, mi querido enfermo, estás en una hora de prueba; y sin duda, te parecerá que precisamente por eso no hay que pensar en consuelos; y este sentimiento te hace caer en un estado de desaliento y de pesimismo que te amarga más aún que el mismo mal.

Pero, hijo mío, si piensas así te equivocas.

Si tú examinas la economía divina en todas las cosas verás que Dios nuestro Señor nunca deja a la criatura sola en sus necesidades; antes bien, la acomoda a la necesidad del medio, para superarla.

Si te da hambre, te da el pan para comer; si te da sed, te da agua para apagarla; observa los pájaros que revolotean y pían bajo el alero de tu casa; mira como Dios les ha dado plumas para defenderse

del frío, instinto para hacer y defender su nido, y medios para superar las necesidades de su vida: fíjate en las plantas que crecen en tu jardín: en el hilo humilde de hierba y en el corpulento árbol; en la flor silvestre y en el airoso nardo, verás como la Providencia divina adapta los medios y los elementos a las necesidades de cada uno.

¿Y tú, enfermo mío, tú serás el único proscrito de esta armonía?

¿A ti sólo te tocará vivir al margen de esta ley amorosa y providencial de Dios?

No debes ni siquiera pensarlo; antes bien, debes convencerte que si Dios te ha puesto en esta cruz ha de haberte dado, sin duda, el consuelo para neutralizar tu pena.

Ya presiento una pregunta que tienes a flor de labios.

Tú me dices: ¿Y cuál es ese consuelo?

Hijo mío muy querido, yo te lo voy a señalar.

¿Sabes cuál es?

Pues, Dios mismo; el mismo Dios, y nada más que El.

Para la necesidad de respirar de tus pulmones, te ha dado el aire; para la necesidad de cubrirse ha dado a los pájaros las plumas; para la necesidad de humedad de la tierra ha dado la lluvia; para la necesidad de calor del mundo ha dado el sol... y para la

necesidad de consuelo de tu alma se te ha dado a Si mismo... El ha de ser el consuelo de tu apenado corazón.

Te parecerá que soy un poco idealista, que estoy hablando en metafísica; pero que en realidad tú no sientes nada de eso.

Yo comprendo, hijo mío, que, si tú no conoces a Dios, si tú no lo buscas; quizá si tú te has alejado de su lado, no es posible que sientas consuelo; como no es posible que sientas el calor de una estufa si no la enciendes, o si te alejas de ella. Pero si tú te acercas a Dios, ¡cuántos consuelos te esperan a su lado!

Te encontrarás con un Dios que ha sufrido por ti y más que tú; con un Dios que ha proclamado la bienaventuranza de los que sufren porque ha dado al dolor una misión de perfección en las almas que toca con su mano; con un Dios que recibe tu sufrimiento en su Corazón, que lo guarda en su seno, que lo convierte en gloria, como una divina y eterna compensación a las almas esforzadas que han sabido ser fieles en la prueba.

En otra conversación que tengamos, te voy a explicar todo eso; por ahora me basta haberte dicho que en tu dolor no estás solo; que tu dolor no excluye el consuelo; que Dios es tu compañero y tu consuelo en esta hora de prueba.

Y si tú, dócil a mis palabras, te adelantas y buscas a Dios, tendrás en lo íntimo de tu corazón, el consuelo que te anuncio.

Acércate a Dios.

El tiempo de la enfermedad es quizá el más propicio para acercarse a Dios por las circunstancias que lo acompañan; pero quiero explicarte en que sentido has de acercarte a Dios.

Escucha bien lo que voy a decirte.

Cuando uno está atribulado, sea por la enfermedad o por cualquier otro contratiempo, debe acercarse más que nunca a Dios, que es el que más y mejor puede y quiere consolarnos.

Y, entendiéndolo así, muchos enfermos y atribulados se acercan a Dios, pero observa cómo:

Si andan mal en negocios, se acuerdan de Dios para que los haga ir bien; si tienen que hacerse operar, se recomiendan a Dios para que les salga bien la operación; si tienen algún dolor, invocan a los Santos para que se les pase; y quien habla de enfermedades, habla de todo lo demás que puede preocupar el corazón y la vida humana. Y si después no se consigue lo que se pide, se acaban los rezos, se apagan las velas y todo terminó allí.

Muy mala manera es ésta de acercarse a Dios.

Pero y entonces, en concreto, ¿cómo debo acercarme dignamente a Dios?

Voy a contestarte en seguida.

Ante todo te he dicho, que debes acercarte a Dios como a tu Padre o a tu Madre.

Enfermo mío: ¿tú tienes, junto a tu lecho, a tu madre?

Si la tienes, dime: ¿no es para ti un gran consuelo que ella esté a tu lado?

Sí que lo es, a pesar de que ella no puede hacer desaparecer el mal que tú tienes. Tú ya comprendes la gran diferencia que hay entre que tu madre esté o no, junto a tu lecho de dolor.

Bueno, hijo mío, así debes acercarte a Dios, y ése es el consuelo que, ante todo, debes esperar de El.

Pero tu madre no puede curarte; Dios puede; y si no lo hace es, primeramente, porque, como ya te he enseñado, el dolor tiene una misión que cumplir

en tu alma; y así como el cirujano te despedaza para salvarte, así nuestro amoroso Padre común nos prueba para salvarnos.

No siempre es evidente esta divina Providencia del dolor, es verdad; pero no es menos verdad que aún siendo menos evidente no deja por eso de ser real y verdadera.

Por otra parte, no hemos de pretender que se cambien en nuestro favor las leyes que rigen el desarrollo de la vida; y hemos de someternos al orden que Dios N. S. ha dispuesto para nuestro mayor bien.

Eso de pretender que llueva cuando nos gusta, y que haga buen tiempo cuando nos place; y que el calor y el frío se acomoden a nuestro capricho y a nuestro placer, es una vulgar necedad y una infantil presunción.

Esto no quiere decir que no podamos pedir y esperar un alivio material en nuestra situación; pero lo que quiere decir es que ése no ha de ser el *único* y *exclusivo* móvil para acercarnos a Dios.

Quiero, pues, dejarte aclarado el sentido de nuestro acercamiento a Dios; así como no se hacen los grandes y poderosos transatlánticos para calmar las furias del mar, sino para superarlas con ventaja, del mismo modo al acercarnos a Dios no debemos hacerlo pretendiendo cambiar la vida y sus vicisitudes; sino para que junto a El nuestra alma se sienta más fuerte a fin de poder superarlas.

Como hemos de pedir y esperar.

Te he dicho que las relaciones con Dios no han de ser interesadas ni egoístas, sino que han de ser el cumplimiento de un deber que nos obliga a Dios.

No se debe ir a Dios como se va al farmacéutico, por el remedio y nada más.

Pero esas palabras, a lo mejor te han producido un poco de desconcierto y de inquietud.

Porque podrás decirme:

—Pero yo hasta ahora he pedido a Dios el alivio y hasta la curación de mi enfermedad. ¿Y es malo eso acaso? ¿Y no van millares y millares de enfermos a Lourdes para pedir la salud del cuerpo? ¿Y no se publican en muchos periódicos y boletines los agradecimientos a Dios, a la Santísima Virgen y a los Santos por gracias recibidas? ¿En qué quedamos entonces? ¿Debo o no debo seguir pidiendo a Dios la gracia de mi alivio o de mi curación?

La respuesta no admite titubeos: No hay duda que sí.

Tú querrás, ciertamente, que yo te aclare este problema, y lo haré con mucho gusto.

Escúchame:

Yo te he dicho que nuestras relaciones con Dios no han de tener como base el egoísmo.

El buscar a Dios, *sólo* por el interés, es cosa baja y poco recomendable.

Pero mira bien que de propósito he recalcado este adverbio: *sólo*. Debemos recurrir a Dios por amor y no por el *solo interés*. Lo que no es lo mismo que decir que, si buscándolo por amor, también le pides, con confianza amorosa y filial, lo que necesitas, no lo buscas por el mero interés, sino que buscas lo que necesitas por las vías del amor.

Un ejemplo: El cariño que te une a tu madre te hace más llevadera la enfermedad; tú la quieres deveras; sin embargo le pides todo cuanto necesitas.

¿Hay en esto egoísmo de parte tuya?

¿Desvaloriza eso, acaso, el cariño que tú le tienes?

De ninguna manera, antes bien parece lo más natural que si algo necesitas, antes que a nadie se lo pidas a tu madre. Lo más natural he dicho; porque precisamente, porque tú la quieres y ella te quiere, es lógico que a ella, con preferencia de otra persona, hayas de dirigirte.

Pues bien, mi querido enfermo, transporta todo eso a las relaciones que tienes o que debes tener con Dios nuestro Señor; y verás, que no sólo no hay contradicción entre el amor de Dios y el pedirle lo que necesitas, sino que es lo más natural, lo más lógico que lo hagas; y que lo hagas porque el pedirle a Dios algo es como una consecuencia de ese mutuo amor y confianza.

Y Dios se complace en escuchar nuestros ruegos y muchas veces, si eso es para nuestro mayor bien, manifiesta ostensiblemente su voluntad de complacernos.

No quiero decir que en cada mejoramiento intervenga una influencia extraordinaria de Dios, aunque la pidamos; muchas veces, curamos por las vías naturales, con la intervención de las causas segundas, en forma normal.

Pero tampoco quiero decir que en estos casos sea inútil la oración pidiendo a Dios que no permita interrumpir el curso natural de los medios sujetos a infinidad de contratiempos.

Lo que prueba con claridad meridiana cuanto estoy diciendo son esas intervenciones divinas, en forma extraordinaria, que llamamos milagros, donde el efecto se produce, pese a toda la contradicción que opongan las leyes naturales.

Lourdes y Fátima, y mil otros lugares más, son el teatro siempre abierto, de estos casos; todo el mundo puede verlos, y todos los sabios pueden comprobarlos.

La mediación de los Santos se ha hecho sentir con frecuencia; y para citar el ejemplo que nos toca cerca, te recuerdo la mediación del gran Siervo de Dios, Monseñor Jacinto Vera, primer Obispo que fué de Montevideo, a cuya intercesión se atribuyen infinidad de gracias y favores, que atestiguan su virtud y aceleran el juicio que esperamos de la Iglesia sobre la heroicidad de su vida.

Tus peticiones y la voluntad de Dios.

La oración es legítima cuando se pide algún favor, si esa petición no es la *única* causa de relacionarnos con Dios, sino que nace de la confianza amorosa que le tenemos, y ese interés nuestro jamás podrá llamarse egoísmo.

Pero estoy seguro que al hablarte de la oración que pide alguna gracia, tu atención se ha desplazado hacia un problema que sinceramente te preocupa y hasta te desanima.

Tú me dirás: —Pero yo pido, amorosamente, y sin embargo, no consigo lo que tanto anhelo.

Esa insistencia en la oración sin ver fruto alguno te ha hecho pensar en que era inútil el encomendarte a Dios y el tener devoción a los Santos; y eso te ha hecho caer en un estado de profundo desaliento.

¿No es verdad?

Bueno, hijo mío; yo voy a contestar a esa preocupación tuya.

Ante todo, no quiero decir que por el hecho de que la oración con la que se pide algo sea legítima,

por eso mismo siga —como fatal consecuencia,— el que se obtenga lo que se pide.

La oración es la expresión de nuestro deseo; pero para que nuestro deseo se cumpla es necesario que Dios nuestro Señor crea conveniente acceder a él.

Ya comprendes que no todo lo que deseamos es lo mejor para nosotros; ¿cuántas cosas hay que deseamos y que no nos convienen?

Ya sé que tú me respondes: pero lo que yo pido es ciertamente bueno, y me vendría muy bien, y resolvería mi situación en una manera honesta y correcta.

Espera un poco, enfermo mío; veamos qué es lo que tú entiendes por bueno y por bien.

Hay dos maneras de apreciar las cosas: una, relacionándolas con las circunstancias inmediatas y pasajeras; otra, relacionándolas con los intereses remotos, mayores y definitivos.

En esta doble relación no siempre una misma cosa aparece buena.

Voy a ofrecerte un ejemplo.

Si tú hoy tienes dinero, y eres joven, puedes pensar así: El gastar el dinero para divertirme es una cosa buena y que me proporciona muchos placeres; y te gastas todo el dinero en diversiones sin ahorrar nada. Cuando llegues a viejo estarás en la miseria.

Buscaste el bien próximo con menoscabo del bien remoto.

Si en cambio piensas así: prefiero renunciar a las diversiones de hoy para asegurarme una vejez feliz, verás que lo que en el primer caso te pareció bueno, en el otro resulta malo.

Y si hay alguien que te quiera de veras, te aconsejará renunciar al placer de ciertas diversiones de hoy para asegurarte el porvenir.

Ahora bien; aplica esto a Dios y a ti, y aunque te parezca que lo que pides es bueno, si supieras lo que sabe Dios que ve más que tú, quizá te pareciera lo contrario.

Por eso tus peticiones tienen que estar supeditadas a la voluntad de Dios, el cual, como amoroso Padre, prudente Señor, y solícito médico de las almas da a cada uno lo que más le conviene, teniendo más en cuenta las necesidades permanentes más que las del momento, las que se refieren a la eternidad más que las que se refieren al tiempo, las que afectan al alma, más que las que se relacionan al cuerpo.

Tú mismo lo habrás comprobado; una vez pasadas las cosas, considerando en conjunto los acontecimientos, has visto cuántos bienes se derivaron de aquello que tú llamabas mal, y que en realidad era el instrumento de la Divina Misericordia para bendecirte y para salvarte.

Piensa un poquito en esto con serenidad, y haz que el razonamiento sensato se imponga al ciego sentimiento; así tu dolor será más resignado, y por lo mismo más meritorio y más llevadero.

Consuelo en el amor de Jesús.

Quiero recordarte hoy un pensamiento suavísimo que se desprende de cada página del Evangelio: es el amor de Jesús para con los enfermos.

Si lees esas páginas inspiradas, si evocas las escenas que a cada paso describen los Evangelistas, verás a Jesús junto a los enfermos.

Sus predilecciones eran para ellos, puesto que, cuando se les acercaba, no era para decirles las vanas palabras con que suelen cumplimentar los mundanos en sus visitas, a veces molestas, y a veces importunas. El llevaba la palabra de fe y de amor; la palabra de fe que engendraba en ellos la luz; y la palabra de amor que florecía en el milagro fecundo de salud y de vida.

Ya los Profetas habían anunciado, como características del Redentor y como criterio irrecusable de su misión mesiánica, las milagrosas curaciones de los enfermos.

Jesús cumplía los oráculos de los Profetas y devolvía la salud a cuantos la solicitaban. Por eso los enfermos procuraban acercarse a El; y con las ansias que es de imaginarse, pedían al Maestro que les curara de su enfermedad.

Son realmente emotivos y llenos de colorido los episodios a que dieron margen estas marcadas predilecciones del Maestro por los enfermos.

Ya era un ciego que clamaba: Haz, Señor, que yo vea. (17) Ya era un leproso que pedía: Si tú quieres, puedes sanarme. (18) Ya era el Centurión que

(17) S. Lucas C. XVIII v. 35 - 43.

(18) S. Lucas C. V v. 12 - 16.

mandaba pedir el milagro para su siervo enfermo. (19) A veces era tan grande la afluencia de los enfermos que Jesús se emocionaba a su vista. A veces usaban ingeniosos expedientes para hacerse paso y llegarse hasta El; algunos llegaron a bajar a un enfermo tendido en su camilla por un agujero practicado entre las tejas del techado donde se hallaba Jesús. (20) Y Jesús, siempre sonriente, siempre bueno, siempre generoso, a todos concedía la gracia de la salud.

Esta predilección de Jesús por los enfermos debe aumentar en nosotros el tierno amor hacia El.

Alguien me dirá:

Ahora Jesús no es pródigo como entonces para con nosotros.

Si que lo es, mi querido enfermo, aunque en forma distinta, si quieres.

Escúchame.

Si Jesús te curara a ti, y así a todos los enfermos de todos los tiempos, el milagro ya no sería milagro; sería una disposición permanente que vendría a estar en desacuerdo con las consecuencias inevitables que ha traído el pecado sobre la tierra.

Por otra parte, esa profusión de milagros que leemos en el sagrado texto, tenía como fin último el probar la misión de Cristo.

Así que la enfermedad, objeto del milagro, era en beneficio de las almas en cuanto que, por esta circunstancia, venían al conocimiento de la verdad.

Pero cuando el milagro no interviene y las leyes naturales siguen su curso, también la enfermedad está

---

(19) S. Lucas C. VII v. 1-10.
(20) S. Lucas C. V. v. 17-26.

al servicio del espíritu; es fuente de luz y de méritos.

Más de una vez te he recordado en estas páginas los inmensos beneficios de que es pródiga la enfermedad. Ténlos presentes y verás que ella es una misericordia de Dios tan grande, o más, que la del milagro.

Por otra parte, cuando así lo juzga conveniente, Jesús aún ahora los obra.

Basta recordar los que se obtienen por intercesión de María Santísima y de los Santos y aquéllos que se obtienen directamente por la oración asidua y confiada.

Pero aún cuando no se obre el milagro de la salud, siempre, en el orden espiritual, Jesús obra el milagro del consuelo.

He conocido yo, y los habrás conocido tú también, —quizá seas tú mismo uno de ellos,— a muchos enfermos, que mientras se paraban a considerar su mal, se encontraban en estado de desesperación o de desaliento; mas luego se sintieron transformados, consolados y alegres cuando se pusieron a mirar a Jesús, a escuchar sus palabras a meditar sus promesas y a valorizar las profundas enseñanzas de su Evangelio, y el privilegio de las lágrimas: Bienaventurados los que lloran porque ellos serán consolados.

Y ese milagro del consuelo de Jesús lo obrará en ti, si tú lo quieres; acércate a El como los enfermos del Evangelio; míralo, háblale y pídele y serás bienaventurado porque sentirás que un dulce consuelo ha invadido tu corazón.

La enfermedad sanción temporal del pecado.

Si estás acostumbrado a leer el Evangelio, o a oír sus relatos, recordarás sin duda aquel milagro que hizo Jesús con un paralítico; (21) antes de curarlo le perdonó sus pecados, y estableció un vínculo, no por cierto universal, pero si muy común, entre la enfermedad y el pecado personal.

Al recordar este hecho evangélico, se me ocurre una consideración que creo te será provechosa, y es precisamente el puntualizar esa relación.

Ante todo, mi querido enfermo, lejos de mí el suponer que exista ese vínculo en tu enfermedad; ya sabes que las faltas no se suponen, se prueban.

Pero, sin embargo, creo que será conveniente hacer esta consideración porque resulta útil para todos; para los enfermos como para los sanos.

Enfermo mío, cuántos males menos habría en la tierra, cómo disminuiría el número de los enfermos si los hombres fueran más virtuosos.

Basta dar una ojeada somera a las relaciones que tenemos, para comprobarlo.

Uno está enfermo porque las bebidas le han quemado el hígado; otro tiene el estómago llagado por los excesos en las comidas; otros tienen anaina por los excesos del cigarro; otros se han vuelto tísicos por las frecuentes trasnochadas; otros padecen otros males por mil causas más. Sin contar el número de muertos, heridos y estropeados, que son el triste resultado de riñas, enconos y demás pasiones que agitan el corazón humano.

---

(21) S. Mateo, IX. 2.

Es que Dios nuestro Señor ha querido que la sanción de nuestros pecados no sea solamente eterna; que haya también una sanción temporal; que en el propio pecado encuentre el hombre su penitencia. (22)

Y no por cierto para ensañarse contra el pecador, como creen muchos que no conocen la bondad paternal de Dios nuestro Señor; sino como un auxilio más a la voluntad para que se retraiga de aquellas acciones desordenadas que la apartan de El, desviándola del bien.

Quien bien considere el reflejo que las pasiones tienen en el cuerpo, es decir, las sanciones temporales del pecado, tendrá motivo más que suficiente para ordenar su vida.

Y ¡cosa singular! los que están enfermos por su culpa, los que se han buscado y han querido la enfermedad, son los más impacientes, los más rebeldes, los que más claman contra la justicia de Dios.

Las almas piadosas y buenas, las almas timoratas son precisamente las que saben resignarse y hasta alegrarse en sus penas; las otras, no.

Hijo mío, yo espero y quiero creer que tú seas una de esas almas de selección; que seas virtuoso y resignado. Si te he dicho todo esto, es para cuando estés sano; si entonces te viene la tentación de hacer algún desorden, que estas palabras mías te detengan; y ahora en tu enfermedad, si tienes algún compañero de infortunio rebelde, repítele lo que yo te digo a ti; puede ser que comprenda; que se arrepienta, que se sosiegue y que vuelva a Dios.

---

(22) Sab. XI-17.

Bendecir la enfermedad
que acerca a Dios.

¿Has pensado, enfermo mío, en un gran beneficio que aporta al alma la enfermedad, como que es mensajera del Cielo?

¿Quieres saber cuál es?

Escúchame.

Cuando el hombre ve que ha prosperado en todas las cosas; cuando se siente feliz en la tierra; cuando ve juguetear a su prole gárrula y sana; cuando sus prados lozanean de flores y sus árboles se agobian de frutos, y sus ganados multiplican las crías, y su salud se siente robusta y florida, llega a creer que la tierra no es el valle de lágrimas, sino un edén de delicias y de felicidad.

Y por eso olvida sus intereses eternos, y con ellos olvida también a su Dios, pensando u obrando —más o menos conscientemente— como si no necesitara de El; y cree que nada tiene que pedirle porque la vida ya le ha dado todo.

Es muy común, mi querido enfermo, esta situación espiritual en los tiempos de bonanza.

Pero no por ser común es buena.

Porque el que se encuentra en ella está completamente desorientado en relación a los trascendentes problemas de la vida y, sobre todo, a los terribles problemas de la muerte.

Los bienes terrenos son espejismos; deslumbran como soles y apenas si llegan a ser fuegos fatuos; cautivan el corazón, pero al fin sólo consiguen amargarlo.

Ya comprenderás, enfermo mío muy querido, que el llamar al hombre de este estado de ilusión al estado de la verdadera realidad; el despegarlo un poco de la tierra y el acercarlo a Dios no deja de ser una obra de misericordia.

Y mira, hijo mío, cómo, en realidad, cada una de esas cosas que se llaman bienes de la tierra concurren a esa obra de misericordia, no precisamente en lo que tienen de bienes, sino en lo que tienen de caducos.

Las fortunas que se desbaratan, la juventud que se deshoja, las amistades que se enfrían, las empresas que fracasan y la vida, por más feliz que sea, que se va diluyendo en el tiempo como un trozo de azúcar en el agua, hacen comprender al hombre que aquellos bienes que parecían firmes y enormes como montañas, son caedizos como la flor de un día.

También la enfermedad tiene esa misión, y quizá sea ella la que la cumpla con más eficacia porque nos toca más al vivo en nuestras propias carnes.

Y por ella nos acercamos más a Dios, porque comprendemos que necesitamos de El, y porque es muy triste para el hombre verse solo en su desgracia, y en la angustia de su corazón.

Entonces, como lo dice un autor sagrado, de la altura de su orgullo, el hombre desciende hasta el conocimiento de su nada y de la visión de las cosas terrenales y caducas, asciende a la contemplación de las celestiales y eternas.

Sentimos entonces la necesidad de la fe, y la buscamos con ansias; y la encontramos siempre que esas ansias sean hijas de nuestra buena voluntad; porque Dios no se esconde nunca a la mirada de los ojos que lo buscan, ni deja sin respuesta la voz de los labios que lo llaman.

Y es así que la enfermedad obra esas milagrosas transformaciones de los hombres carnales; de sensuales los vuelve puros, de avaros los vuelve generosos, de iracundos los vuelve mansos y de soberbios e inquietos los vuelve sumisos y humildes.

Yo quisiera, enfermo mío, que la enfermedad fuera así para ti; y lo será, sin duda, si tú sabes sacar este tesoro que ella trae escondido en su seno.

Vuélvete, pues, a Dios con fe, con amor, con humildad, y descubrirás un caudal insospechado de consuelos. Me atrevo a decirte que te sentirás feliz, y que bendecirás mil veces esa enfermedad que te molesta; ella será para ti dolorosa; pero será como el dolor del alumbramiento, porque te sentirás nacer a una vida nueva.

Pruébalo, hijo mío, si es que no lo has probado ya; verás cuánta verdad encierran las palabras que te estoy diciendo; y agradecerás el que te haya sugerido estos pensamientos porque ellos te habrán dulcificado las penas y te habrán ensanchado el corazón.

Providencial misión del dolor.

Quiero hacerte meditar sobre otra misión providencial del dolor puesto a servicio de la bondad y misericordia de Dios.

Tú, cuando sufres, solamente piensas en el dolor que te aguijonea. Ese dolor te exaspera y no te deja pensar con serenidad en los beneficios que te trae en su visita. Estos beneficios generalmente se conocen después, cuando ya ha pasado el mal y miramos hacia atrás; entonces comprendemos que es verdadero aquel refrán que dice: No hay mal que por bien no venga.

Un señor enfermo me decía en cierta ocasión:

—Lo que me hacía falta para ser feliz era esta enfermedad y jamás lo hubiera sospechado.

Se trataba de un hombre cuya vida de familia era desastrosa. Su casa, —más que por maldad, por incomprensión,— era un verdadero infierno. Cierto día un accidente lo puso en peligro de muerte, de la cual escapó milagrosamente, aunque quedó siempre muy delicado de salud.

Entonces sus familiares cambiaron completamente.

Lo atendieron con sacrificio, lo mimaron con todo cariño, lo trataron con grande afecto. El accidente le había robado la salud; pero le había devuelto el cariño, y entre uno y otro, prefería el cariño a la salud.

Es cierto que no en todos los casos es así. En algunos, por más que miremos no alcanzaremos a descubrir el bien que el dolor nos proporciona.

Pero no creas por eso que falta en esos casos la ley providencial del sufrimiento.

Si no alcanzas a verlo no creas por eso que no

existe. Ya lo comprenderás a su tiempo. Espera con confianza en Dios y lo verás.

En el momento del dolor es cuando tu confianza en Dios debe ser más que nunca ilimitada.

Ya conoces aquellas palabras que El mismo ha dicho: Bienaventurados los que lloran porque serán consolados.

Y Jesús no nos ha engañado. El ha proclamado lo que jamás nadie se hubiera atrevido a soñar: la bienaventuranza del dolor.

Los que no escuchan estas palabras repudian el dolor como a un intruso, y lo maldicen como a un enemigo.

Pero se engañan.

Ante todo, porque ensañarse contra su propio dolor es hacerlo más acerbo.

Y además porque es desconocer una de las leyes más necesarias y altamente sagradas de la vida. Por eso Cristo se sometió al dolor, abrazando su cruz.

¡Y cuántos bienes nos han traído los dolores de Jesús!

Ninguno de los suyos fué capaz de comprenderlo.

Pero nosotros, a la distancia, los comprendemos, y bendecimos los dolores que han obrado la redención de nuestras almas.

Tú también, enfermo mío, como Jesús, sométete al dolor y abraza tu cruz; sigues así a Cristo por el camino real del sufrimiento.

Y el dolor te hará bienaventurado.

¿Cuándo? ¿Cómo?

No lo sé.

Pero lo serás, sin duda, porque Jesús lo ha dicho; y su palabra divina no pasará.

Quiero que te preguntes:
¿Que hago yo por mi alma?

Tú, enfermo mío, que tienes este libro entre tus manos o estás escuchando su lectura, no te hallas ciertamente en el período agudo de tu enfermedad, en el que quizá tus sentido se embotan y tu inteligencia se nubla.

Si estás, pues, en condiciones de pensar, yo te pido un retacito del mucho tiempo que la enfermedad te deja libre, para que lo emplees en rumiar el pensamiento que te voy a sugerir.

Escúchame.

Cuando estabas sano, tus ocupaciones, tus trabajos, tus estudios o tus diversiones te distraían mucho y te impedían pensar en tu alma.

Ahora que estás en calma, ahora que tienes tiempo, debes dedicar a estos pensamientos un poquito de tu atención.

Yo no quiero que tú te canses haciendo hondas meditaciones; piensa suavemente, y, por decirlo así, a sorbos.

Supongo que tú no serás del número de los que dicen que no tenemos alma. No sostendrás el absurdo de que no hay diferencia esencial entre tú y el gatito que, atraído por la tibieza de tu alcoba, viene a ovillarse sobre la alfombra.

Las obras que haces propias y exclusivas del espíritu, y no de la materia, te están diciendo a gritos que en ti hay un principio espiritual que llamamos alma.

Pues bien, yo quiero que te formules esta pregunta: ¿qué hago yo por mi alma?

Si es la parte más noble de tu ser, debes, y con toda razón, ocuparte de ella.

Dios te ha dado esa alma para que la cultives adornándola de virtudes. Dios te la ha dado para que la salves.

¿Cumples con estos fines?

¿Eres, de veras, virtuoso?

¿Eres bueno, caritativo, paciente, generoso, humilde, justo, puro, fiel a tus deberes?

¿No notas en ti alguna maldad o egoísmo? ¿No te impacientas? ¿No eres soberbio, injusto, o infiel a tus obligaciones?

Yo espero que seas un alma perfecta; mas si no lo fueras, proponte serlo.

Además, debes salvar tu alma. Acuérdate que Jesús ha dicho que éste es el máximo negocio.

Para salvar tu alma debes ser bueno; y no te engañes diciéndote a ti mismo, —como muchos ilusos— que eres bueno porque no robas ni matas.

Hay hombres malos, y que, sin embargo, no son ladrones ni asesinos.

Ser bueno, en el sentido integral de la palabra, quiere decir cumplir con las obligaciones que se tienen para con Dios, para con el prójimo y para consigo mismo.

Con eso se salva el alma.

Cuando tengas algún momento de lucidez y de fuerza en tu enfermedad, consagra un poco de atención a este pensamiento.

Te hará bien, estoy seguro.

San Ignacio de Loyola, ocupado en la milicia, —porque era militar,— encontrándose herido pensó en su alma; y lo hizo con tanta eficacia que decidió hacerse santo.

Y lo consiguió de veras.

Así tú; y yo te aseguro que en la hora en que Dios te llame no te arrepentirás de haberlo hecho.

En las siguientes conversaciones que tengamos a través de las páginas de este libro, yo te voy a enseñar a practicar las virtudes que deben adornar tu alma.

La hora de la enfermedad es propicia, aunque no te parezca.

Si me sigues, esta enfermedad, con la gracia de Dios, te hará mejor.

Humildad del enfermo.

Con el propósito de ayudarte a practicar la virtud para santificar y salvar tu alma, te voy a hablar de uno de los frutos espirituales que debes recoger en esta hora de prueba.

Me refiero a la humildad.

Cuando estamos sanos, fácilmente creemos ser más de lo que somos. Nos parece que nos bastamos y nos sobramos; fácilmente nos envanecemos en nuestros triunfos y nos halagamos por nuestras prerrogativas. Caminamos con la cabeza erguida, con la mirada altiva, quizá con el ademán desdeñoso.

¡Qué equivocados estamos!

Para convencernos de que no somos nada, basta que una enfermedad nos abata.

Cuando estamos enfermos no nos bastamos para nada.

Tenemos necesidad de todos; porque si los demás no nos atienden la enfermedad nos lleva a la muerte.

No hay triunfos de que podamos envanecernos; al contrario, lloramos nuestra salud perdida, y nos abandonamos a la tristeza y al desaliento; la inteligencia se nos ha entorpecido; el empuje de la voluntad se ha debilitado y no tenemos fuerza ni gusto para nada.

Miramos al médico con ojos ansiosos y con pupila lánguida; pedimos a nuestros familiares con voz imperceptible que nos presten los servicios; y nos parece que un misterioso imán nos vincula al lecho.

¡Qué desolación!

Entonces brotan de nuestros labios las palabras de la Sagrada Escritura: "Quid est homo quia manificas eum? (23) ¿Qué es el hombre?

¡Ah! Las definiciones escriturales saltan espontáneas como respuesta: "Est vapor ad modicum parens", (24). Es una nubecilla que se desliza ligera y se deshace bajo la bóveda azul del cielo. "Est tanquam flos heni". (25). Es como la endeble-flor del heno, que a la mañana nace y a la noche ya está marchita.

En realidad la enfermedad nos hace sentir hondamente esta verdad.

---

(23) Job, VII, 17.
(24) Santiago IV, 15.
(25) San Pedro I, 24.

Cuando estamos sanos nos parece serlo todo; cuando estamos enfermos sentimos que somos nubecilla que pasa, flor que se marchita, nada.

Pero, mi querido enfermo, óyeme.

Este sentimiento de humildad ha de hacernos sentir más hondamente la necesidad de pensar en el espíritu, que es la parte más noble de nuestro ser, como quiera que es inmortal.

El no es ni nube pasajera ni flor de un día. El espíritu no morirá jamás.

De ahí que cultivarlo, haciendo que sus valores se aumenten, es obra sólida y verdadera.

Y sin embargo su cultivo se descuida, prefiriendo ocupar más la atención en las cosas temporales y pasajeras.

Mi querido enfermo, si tú quieres que la enfermedad te sea provechosa, excita como mejor puedas en tu corazón un vivo sentimiento de humildad.

Mira la nada de tu ser que unos imperceptibles microbios pueden abatir, como el viento abate las añosas encinas de la floresta.

Mira el valor intrínseco de tu alma que se salvará de la hecatombe, pero que debes cultivar si quieres hacerla feliz.

Pídele a Dios que te haga sentir hondamente estas verdades. Dile que te haga humilde; así verás la verdad de la humildad: que es necesario vivir para lo que no se acaba y que sólo los valores espirituales son los que pueden hacer grande al hombre.

Aceptar con humildad la prueba de la enfermedad.

Permíteme que insista sobre la humildad; mi palabra te hará aprovechar más de tu enfermedad. Me refiero a que aceptes con humildad la prueba que Dios te envía.

¿Qué quiere decir recibir la enfermedad con humildad?

Escúchame.

Cuando se comprueba que la enfermedad ha invadido el organismo, esta certeza es motivo, para muchos enfermos, de rebeldía contra su suerte, contra su mala estrella y hasta contra Dios. Esta rebeldía es un acto grande de soberbia; se basa en un falso supuesto de que hayas hecho algún pacto con la salud, de que seas invulnerable a la enfermedad y de que tengas para ti un Dios aparte.

No es éste el espíritu con que debemos recibir las tribulaciones y contrariedades; esta actitud de rebeldía nos enfermará más en el alma de lo que la dolencia física nos enferma en el cuerpo.

Debemos, en cambio, ser humildes, es decir, debemos sometemos a las circunstancias y a las contingencias a que Dios mismo nos ha sujetado y aceptar lo que nos toca con la misma naturalidad con que

aceptamos la llegada del invierno, aunque nos priva de las flores de la tierra, o la bajada del sol por la tarde, aunque nos prive de la luz de que gozamos durante el día. Tú me dirás que ésta es una actitud estoica; que hasta es superior a las fuerzas de cada uno. Ciertamente, mi querido enfermo, en esta época de tanto enervamiento moral, caracterizado en muchos planos por la relajación de los vínculos del espíritu, no hay duda que no es fácil encontrar almas de temple, capaces de mirar con serenidad el tiempo malo.

Cuando hay excesivo culto de la sensualidad y poco sentido del deber, cuando más que el cumplimiento abnegado de las obligaciones, se busca estar bien y gozar, no hay duda que no es fácil imponerse una actitud como la que te estoy inculcando.

Pero eso no quiere decir que no nos hemos de esforzar para ser mejores; si otros espíritus no tienen temple, por eso no hemos de ser nosotros pusilánimes, cobardes, débiles.

Y, si quieres ayudarte con un fuerte apoyo para adquirir la fortaleza de espíritu, recurre al invalorable tesoro de la fe de Cristo, que nos enseña a ser sumisos y mansos, a sacrificarnos por el cumplimiento de nuestros deberes, y a aceptar las cosas buenas o malas, con el mismo espíritu de filial humildad, puesto que todo nos lo envía el Padre que está en los cielos, para mayor provecho nuestro.

Esa humildad generará la confianza; esa confianza generará el optimismo; y ya sabes que el optimismo es el mejor bálsamo para el dolor, y la mejor arma para superarlo.

Estoy seguro, enfermo mío, que necesitas de esta palabra para serenar tu espíritu, porque entre otros efectos que produce la enfermedad, uno de ellos, es la pérdida de la paciencia, máxime si la enfermedad es larga o penosa.

La irritabilidad se excita de una manera extraordinaria con la insistencia del dolor.

Se impone, pues, la moderación de ese sentimiento, neutralizándolo, —permíteme la expresión,— con la práctica de la cristiana paciencia.

No me digas, mi querido enfermo, que esta palabra, "paciencia", te resulta tan antipática que hasta llega a aumentar tu irritación.

Escúchame, hijo mío:

¿Tú quieres sanar?

¿Tú quieres hacer algún mérito en tus dolores?

Pues bien: escucha a Santa Teresa que dice: La paciencia todo lo alcanza.

¿Has oído?

Todo.

Es decir que la paciencia contribuirá a tu mejoramiento corporal y a tu merecimiento espiritual.

Dime, hijo mío: tú te molestas y te impacientas porque sufres. Pero ¿y qué ganas con esto?

¿Alivias tu dolor? No.

¿Abrevias tu enfermedad? No.

¿Mejoras tu situación? No.

¿Reanimas, al menos, tu espíritu abatido? Tampoco.

¿Y entonces?

Has de confesarme que tu dolor se hace más insoportable, que tu enfermedad se te hace más prolongada, que tu situación se hace más angustiosa y que tu espíritu se eriza y te haces áspero a ti mismo y a los que te rodean con sus cuidados.

¿Y entonces?

Haz, serenamente, un poco de balance y verás el resultado.

Has perdido mucho y no has ganado nada.

Has hecho, pues, un mal negocio.

No valía la pena incomodarse tanto.

¿Qué debes, pues, hacer?

Ten paciencia y verás cuántas cosas alcanzarás con ella.

¿Quieres convencerte?

Escúchame; no te expondré argumentos difíciles que te cansen. Te explicaré mi pensamiento con un ejemplo.

¿Has visto alguna vez, cómo se hace para desenredar alguna madeja de lana o de hilo?

Si el que quiere desenmarañarla se pone nervioso y se enoja, lo único que consigue es enredarla más; pero si procede con calma y paciencia, consigue más fácilmente su intento.

¿Has caído en la red de una enfermedad y estás enredado con sus molestias y penas?

No te impacientes porque te enredarás más.

Toma la cosa con paciencia y verás cómo ésta te ayudará a liberarte.

Pero tú me dirás: Padre, es más fácil recomendar la paciencia tranquilamente y con buena salud, sentado cómodamente ante un pupitre, escribiendo un libro, que practicarla acosado de dolores y enclavado en un lecho.

¡Pobre hijo mío! Es verdad; tienes razón.

Pero mira: yo te revelaré un secreto; te señalaré otro Maestro que no te hablará tranquilamente desde su pupitre, sino que te enseñará eficazmente desde la Cruz.

Ese Maestro es Cristo.

Modelo de paciencia en sus sufrimientos que fueron más dolorosos que los tuyos; modelo de resignación en la cruz, más incómoda que tu lecho.

Es El quién te recomienda la paciencia, es El el que te la enseña; es El que te mueve a practicarla con su ejemplo y con la dulcísima promesa de una recompensa.

Mira a Jesús paciente; pero míralo bien; deja que su enseñanza penetre en tu corazón.

Verás, entonces, que es fácil sufrir con paciencia.

Verás que es dulce sufrir con paciencia.

Verás que es meritorio sufrir con paciencia.

Verás, en una palabra, que has hecho un buen negocio: que has aliviado tus males del cuerpo y aumentado el caudal de virtudes de tu alma.

. . . *Y espera.*

Hoy quiero llevar tu atención a un detalle que se refiere a la virtud de la paciencia que te he recomendado y que, descuidado, pone al enfermo de mal humor, y lo hace molesto a los demás.

Escúchame bien.

Cuando uno enferma, por supuesto que lo que desea es curarse. Y si el enfermo es un poco aprehensivo ese deseo de sanar es más insistente aún.

Le pasa como a los que les molesta viajar por mar; no ven la hora de llegar al puerto, y les parece que el buque no avanza o que se ha perdido en la inmensidad del océano.

Entonces el enfermo llama al médico; y ya sabemos lo que es la venida del médico para el enfermo; parece que llega algo así como el Mesías salvador de quien se espera el ansiado bien de la salud.

El médico vuelve; revisa, ausculta, pregunta, piensa; luego, receta algún medicamento y se va.

Pero el enfermo quisiera, desde la primera toma, sentirse mejor, más aliviado y casi sano del todo.

Y acontece las más de las veces o que no experimenta mejoría o se siente peor; y de ahí el desaliento, el mal humor, las protestas contra el médico y los medicamentos.

Tú no debes ser así.

No hay duda que puede darse el caso de que el médico no llegara a acertar en el diagnóstico o en la terapéutica. Pero lo cierto es que, en todos los casos, la enfermedad tiene que hacer su evolución y que no es posible detenerla; el médico debe seguirla, cuidarla, encauzarla y esperar las reacciones del organismo que es el que se cura de veras.

Pero todo esto no se llega a comprender, y por eso muchos enfermos se impacientan y se quejan.

Y si la enfermedad es, de suyo, larga o incurable, ese estado se agudiza enormemente.

Pero, enfermo mío, si tú te encuentras en esas condiciones, lo que debes hacer es calmarte y esperar con paciencia.

Supongo que te encuentras en manos de un médico competente; deja pues, a él y a los que te atienden el cuidado de tu cuerpo y pon tu alma en paz. El rebelarse contra ese estado es lo mismo que enojarse porque llueve, o porque hace calor o frío.

Es una gran virtud el saberse acomodar a los acontecimientos y a las leyes que nos gobiernan. Y sin excluir, por supuesto, la defensa necesaria, hemos también de saber sobrellevar todo lo que no hay más remedio que soportar.

Por otra parte, mi querido enfermo, si tú tienes fe, como es de desear, poco te costará resignarte.

Porque sabes que detrás de aquella ley a que te sujetas, está la mano de Dios, siempre providencial y siempre paternal, que todo lo dispone para mayor bien nuestro.

Entonces esa resignación equivale a ponernos en brazos del más amoroso de los Padres, del más sabio de los médicos, y del más poderoso medio para recobrar la salud perdida.

Hazlo así, mi querido enfermo. Te sentirás mejor, más aliviado, más confortado, y hasta contento.

Es decir, te habrás hecho menos molesto a los que te atienden, y habrás conquistado la paz del espíritu que es el mejor remedio para sanar de las enfermedades del cuerpo.

¡Se obediente!

Vengo de nuevo a conversar contigo; sin conocerte nada más que así, a través de estas líneas, siento por ti un santo afecto, que quisiera acercarse al que sentía Jesús por los enfermos.

Y yo sé que este sentimiento mío no cae en el vacío; encuentra un eco en tu corazón.

Yo recuerdo que era así con los enfermos a los cuales dirigía mi palabra, años hace, en mis charlas radiales; lo sé, porque ellos o sus familiares me lo expresaban en las cartas que recibía.

Y a propósito.

Una de ellas que conservo como grato recuerdo decía así: "Tenemos un enfermo que necesita observar un régimen y un tratamiento. Pero no se somete a nada: ¡Qué bien haría Vd., Padre, en hablar de la obediencia! Nuestro enfermo, que lo escucha con tanta devoción y respeto, sacaría un fruto incalculable."

¿No podría decirse eso mismo de ti?

De cualquier modo te hará bien el que te diga algo sobre esta virtud.

Ante todo he de decirte, hijo mío, que es lógico que seas obediente.

Si tú quieres hacer un viaje por mar, al embarcarte, lo primero que haces es un acto de obediencia. Empiezas por someterte y dejarte conducir por el capitán del barco.

¿Es lógico que obedezcas en este caso?

Sí, que lo es.

El capitán conoce la ruta, sabe por donde va y por donde te lleva. Sabe cómo ha de sortear los peligros y cómo ha de superar las dificultades.

¿Qué sería de ti si no quisieras someterte a su mando, y sin ser marino, quisieras ir por donde te pareciera?

Es fácil figurarlo.

En tu caso, enfermo mío, la obediencia se impone como en el ejemplo del barco. Debes obedecer al médico.

Y si bien el médico no lo sabe todo y hasta alguna vez se equivoca, esto no te dispensa de la obediencia.

Si notas que el médico no te entiende, cámbialo. Pero si razonablemente no tienes motivo para dudar de su habilidad, debes obedecerle.

No seas tú como muchos que dicen con gran aplomo:

Los médicos no saben nada.

Y si los médicos no saben nada, no obstante sus prolongados años de estudios, ¿qué quieres saber tú que nunca has estudiado medicina?

Déjate, pues, guiar, y obedece.

Nota, además, que si es lógico que obedezcas, es, también, conveniente.

Convéncete de que si estás enfermo no debes buscar para curarte lo que más te gusta, sino lo que más te conviene.

Ya sabemos que curarse de un mal no es, por lo general, cosa agradable.

La monotonía de los alimentos, la privación de muchas cosas, la incomodidad de los tratamientos, ya sabemos que no son rosas.

Pero el beneficio que has de conseguir es grande.

La salud vale todo eso, y mucho más.

Piensa, finalmente, que el obedecer es una cosa santa y espiritualmente provechosa.

No creas que ese sometimiento, por ser forzado es estéril.

Si sabes sufrirlo con rectitud de intención será muy meritorio.

No olvides, enfermo mío, que eres cristiano, es decir, discípulo de Jesús, que fué obediente hasta la Cruz por tu salvación eterna. No olvides que debes dar ejemplo de sumisión, como lo dió Cristo.

¡Si supieras cuántos méritos puedes adquirir si obedeces de veras!

Ten un poco de paciencia y verás cuán rico, espiutrialmente, saldrás de tu enfermedad.

Está escrito en la Sagrada Escritura que el obediente cantará victoria.

Tú también la cantarás.

Cuando sanes, como te lo deseo con toda el alma, de tus labios, coloreados por la onda de vida renovada y exuberante con la salud recuperada, brotará un verdadero canto de triunfo sobre el mal.

Te sentirás feliz de haber superado tu enfermedad, y comprenderás entonces la bondad de la obediencia; ella te habrá dado la salud del cuerpo y habrá templado la virtud de tu alma.

¿Quieres que te hable de otra virtud que es sucedánea de la obediencia?

¿Sabes cuál es?

La docilidad.

Es sabido que esta virtud deben practicarla todas las personas, cualquiera sea su condición, porque a pesar de que la docilidad indique siempre una relación del inferior hacia el superior, con todo, no hay nadie que no deba ser dócil; porque cada superior es a la vez, súbdito, en algún orden, de una autoridad superior; y al fin todos somos súbditos de Dios, a quién debemos obedecer con filial docilidad.

Pero tú, mi querido enfermo, debes ser más dócil que nadie, como quiera que tu condición te pone en manos de quienes te atienden y te imposibilita, más o menos, de valerte por ti mismo para recuperar tu salud.

No obstante que esto sea verdad, sin embargo, hay muchos enfermos que no quieren someterse con docilidad a las curas y cuidados que, por su bien, se les prodigan.

No debemos desconocer que los remedios son siempre molestos y los tratamientos son siempre pesados.

Las ventosas que llenan las espaldas de cárdenos moretones; las cataplasmas que tienen ya cocinada la piel; las inyecciones que tienen el cuerpo acribillado; las tomas disgustosas, las posiciones molestas; la abrumante uniformidad del menú... todo eso es pesado, sin duda; no hay quién no lo reconozca, como

no hay quién no compadezca al pobre enfermo que tiene que someterse a tantas cosas desagradables.

Todo eso se comprende.

Pero lo que no se comprende es que el enfermo no sea dócil con los familiares que lo atienden y que son ejecutores de las prescripciones del médico.

Porque todas esas cosas, por molestas que sean, son, sin embargo, buenas; son los factores del restablecimiento.

Tú me dices que estás aburrido de estar enfermo; y tienes razón.

Tú me dices que quieres a toda costa curarte; también tienes razón.

Pero si es así, no debes rechazar los medios que se te dan para liberarte de tu enfermedad; y mucho menos debes rebelarte contra tus buenos familiares, los cuales se mortifican al ver que frustras, con tu actitud inconsiderada, la mejor voluntad que ellos ponen para curarte.

Sé dócil, pues, mi querido enfermo, sabe mortificarte un poquito; y entrégate en manos de aquellos que te cuidan y atienden.

Y si tú me preguntas cómo has de hacer para vencerte, yo voy a insistir, y a sugerirte un medio eficacísimo.

Coloca bien a la vista un Crucifijo; cuando tengas que someterte a alguna curación molesta, míralo y piensa así: Jesús, inocente, ha sufrido por mí, pecador. ¿No querré sufrir yo nada por su amor? Señor, te ofrezco esta molestia en reparación de mis innumerables pecados.

Hazlo así, enfermo mío, y verás qué milagro se obrará en tu espíritu.

Confianza en Dios.

La enfermedad suele traer un reflejo psicológico terrible: la excesiva preocupación de las consecuencias de la enfermedad. Y no me refiero aquí solamente a las consecuencias intrínsecos de la enfermedad, sino también y quizá especialmente, a las extrínsecas.

¿Cuáles son éstas?

Los enfermos no son todos ricos; se enferman también los que no lo son.

Yo no sé cual es tu condición; pero quizá tu enfermedad plantee un problema económico de emergencia, que comprometa el equilibrio de las finanzas del hogar.

No todos están tan desligados de los suyos de tal suerte que su presencia e influencia no se eche de menos; antes por el contrario, los efectos de la enfermedad se reflejan quizá en la formación de los hijos, en el orden del hogar, y en mil otros detalles más.

No todos están afectados de enfermedades leves; muchos quizá, están bajo la garra de una enfermedad que, además de ser dolorosa para el que sufre, es molesta para los que le rodean.

Cualquiera de estas circunstancias que te afecten, te entristecen y te llenan el espíritu de mil preocupaciones.

Y te pones a pensar; y de tus cavilaciones no sacas otro fruto más que el agravar tu situación espiritual.

Yo te aseguro que haces mal.

¿Qué debo hacer entonces?, me preguntas.

Hijo mío, yo te diré lo que debes hacer.

Mira hacia arriba con los ojos de tu fe.

Allá en lo alto, pero al mismo tiempo muy cerca de ti, encontrarás a tu Dios. A ese Dios que al enseñarte a rezar te dijo:

—Así orarás: El pan nuestro de cada día dánosle hoy, (26) y ha disipado nuestras preocupaciones con aquellas admirables palabras: No queráis pensar en el mañana. Mirad las aves del cielo; mirad los lirios de los campos; ellos ni siembran, ni recogen, ni tejen, y sin embargo nunca les falta el alimento y están vestidos con tal magnificencia, como ni Salomón lo estuvo en los días de su mayor esplendor. (27).

¡Qué palabras, enfermo mío, que yo quisiera dejar grabadas en tu corazón!

¡Cómo quisiera yo hacerte conocer la inmensa Providencia de Dios, para suscitar en tu alma una confianza sin límites en ella!

¿Y por qué no has de confiar en Dios, que es tan bueno?

¿Acaso no le llamas Padre, cuando rezas?

---

(26) S. Mateo VI, 11.
(27) S. Mateo VI, 25 y Sgtes.

¿Acaso el mismo no te ha pedido insistentemente que confíes en El?

Un acto de confianza en Dios lo honra más que un acto de penitencia.

Si El ha permitido que te encuentres en el estado en que estás, no es para que te desesperes, sino para que aumentes la confianza en El, a medida que aumenta tu necesidad.

Descansa, pues, tranquilo, hijo mío; aunque te parezca que tu enfermedad cierra todas las puertas, no podrá cubrirte la visión del cielo inmenso que, como un regazo azul, se tiende sobre tu cabeza.

No te preocupes demasiado; no te angusties por que presientas que te faltarán los medios humanos que pueden poco o nada; confía en Dios que lo puede todo y rechaza todas tus preocupaciones con un acto de confianza en El, recordando la afirmación de San Agustín: nadie que confió en Dios quedó defraudado en sus esperanzas.

Tranquiliza, pues, tu espíritu con una ilimitada confianza en Dios.

Rogaremos juntos; tú ofreciendo a Dios las penas que te aquejan; y yo, de mi parte, llevando al Altar, en el Santo Sacrificio de la Misa, tus preocupaciones.

Y sentirás sin duda la bondad infinita del paterno Corazón de Dios.

Providencia en la enfermedad.

Cuando una enfermedad nos aqueja, lo primero que espontáneamente se nos ocurre es considerar nuestro mal en lo que tiene de fastidioso.

Pensamcs en la salud perdida, en lo que no podemos hacer, en los dolores que nos martirizan, en la incomodidad que damos a los demás, y en las humillaciones a que nos somete nuestra dolencia.

Estos pensamientos nos hacen prorrumpir en interminables lamentaciones, en mal reprimidas impaciencias y nos sumergen en una profunda y amarga melancolía.

Como es fácil comprender, este estado espiritual agrava nuestro mal.

En esas circunstancias, mi querido enfermo, debes sobreponerte a tu abatimiento; y ya que no puedes librarte del mal, ni de las consecuencias, es inútil que te quejes; más conveniente será que lo mires por el lado bueno; porque todas las cosas y todos los acontecimientos, por malos que sean, tienen su aspecto aceptable.

Es muy justo aquel refrán que dice: No hay mal que por bien no venga.

No es ésta solamente la manera, que podríamos llamar filosófica, de combatir nuestro mal; es, sobre todo, la manera cristiana.

Así como en el juicio que hacemos de las personas debemos ser benévolos, aun con las que son evidentemente malas, mirándolas en lo que tienen de bueno, o excusando al menos sus intenciones, de la misma manera debemos juzgar los acontecimientos; porque todos ellos tienen mucho de bueno, dado que en los designios de Dios están ordenados para el bien, y de algún modo, nos favorecen en el orden material o en el espiritual, o en ambos a la vez.

En el orden material, primeramente hay siempre una conveniencia.

Recuerdo que siendo yo estudiante universitario, enfermé. No era una enfermedad ni grave ni molesta; pero era importuna. Sabes que los estudiantes, en llegando la época de los exámenes, procuran aprovechar el tiempo perdido lo más y mejor que pueden. Se tienta redimir el tiempo malgastado durante el año, y afianzar el conocimiento de las materias en las cuales nos sentimos débiles.

Esa enfermedad mía me preocupaba por la pérdida de tiempo que significaba, porque comprometía el éxito de mis exámenes y por las demás cosas anexas a esta circunstancia. Pero después de unos días

de forzado reposo, pude comprender lo providencial de esa dolencia. Mi mente se había despejado, y pude, con poco esfuerzo, reparar los días perdidos y obtener una preparación esmerada.

Si encaras tu mal por su lado favorable no dudo que encontrarás en él algún bien. Lo encontrarás, sin duda. Basta buscarlo.

Emplea tu tiempo en esa tarea que te proporcionará motivos de conformidad y hasta de alegría.

En el orden espiritual el bien que se sigue es más evidente. No hay duda de que todas las cosas, y sobre todo el dolor, nos acercan más a Dios.

¿Y te parece esto pequeño bien?

El Beato Pedro Clairavaux, que había perdido un ojo, solía decir: Me he librado de un gran enemigo.

Sin llegar a tanta altura, has de convenir en que la enfermedad, tomada con buen espíritu, te hace más resignado, más paciente, más dócil, más humilde, más bueno. Has de convenir también en que muchos a quienes la salud ha vuelto soberbios, viciosos, haciéndolos vivir alejados de Dios, vuelven a El en la hora de la enfermedad.

Enfermo mío:

¿Qué tiene, en tu caso particular, de bueno para ti, la enfermedad que te aqueja?

No lo sé; búscalo tú mismo. Te repito; lo encontrarás sin duda.

Y habiéndolo encontrado, refúgiate en ese bien que te hará menos amargas las penas, y te inclinará a aceptarlas y sufrirlas con buena voluntad.

Ahora, querido enfermo, quiero hablarte de tus libros.

Las penosas jornadas de la enfermedad se hacen interminables, y cuando se conserva la lucidez mental y cierta energía física, se busca en la lectura una compañía amable y amena para dulcificar las horas eternas y amargas.

Pero yo te pido que vigiles las lecturas que haces.

Se ha dicho que un libro es un buen amigo.

Y es verdad.

Pero así como todos los hombres, por el hecho de ser tales no son buenos amigos, del mismo modo no todos los libros merecen llamarse así.

Mucho se ha escrito y se escribe. Se publican libros del más variado argumento, —desde la novela frívola, hasta el texto de enseñanza;—, y de los más distintos niveles morales, desde el libro piadoso a la revista pornográfica.

Ya comprendes, hijo mío, que a todo ese enjambre de papel impreso no debemos llamar, indiscriminadamente, nuestro amigo.

El libro amigo, es el libro bueno. Tú, enfermo mío, no permites que entren en tu casa sino amigos ya conocidos como buenos; y le cierras la puerta a los visitantes indiferentes u hostiles.

Eso lo haces con los hombres, ¿y por qué no hacerlo con los libros?

Así como un libro bueno es un panal de miel balsámica y agradable, el malo es una poderosa dosis de veneno, que vas ingiriendo y que acabará por intoxicar tu corazón.

¿Qué lecturas haces tú, mi querido enfermo?

Yo no te digo que leas durante todo el día libros piadosos y serios; te digo sólo que debes apartar de tu lecho todo lo que represente un peligro para el alma.

El buen libro es un poderoso consejero, siempre pronto para darnos la luz de sus consejos y el amor de que están impregnadas sus páginas.

¡Qué frutos de bendición producirán esas santas lecturas!

Además de traerte la alegría, te instruyen y te hacen mejor.

Pero, ten cuidado, pues el efecto contrario te causarán, sin duda, las lecturas malas.

De ahí que no debes darles lugar junto a tu lecho.

Destiérralas, pues, aléjalas de ti, como lo harías con una ponzoñosa serpiente.

Ellas también, dada tu situación, pueden serte mortales.

No te faltarán lecturas buenas en qué emplear tu tiempo.

Ellas dejarán en tu alma como una caricia de luz.

Te harán más llevaderos tus días de cama, y contribuirán poderosamente a la perfección de tu espíritu.

Tú no te imaginas de qué voy a conversar contigo: de la alegría.

Quizá esta palabra te cause asombro; me parece verte con los ojos bien abiertos, mirarme con estupor y luego sonreír diciendo:

—¡Qué sencillez! pedir al enfermo que esté alegre cuando se tiene una gana incontenible de llorar. Es imposible.

Hijo mío, será mi propuesta una simpleza, si quieres llamarla así; pero, sin embargo, insisto en que debes estar alegre.

Ante todo por un motivo que es muy natural; vulgarmente se dice "que hay que ser filósofo".

Es decir, que hay que razonar sobre las cosas, y no abandonarnos ciegamente a las circunstancias.

Un poco de reflexión sobre ellas dan al espíritu la calma y la orientación segura para salir del paso.

Ahora bien, el sentimiento de tristeza es, por supuesto, el que instintivamente provoca en el alma la enfermedad.

Pero razona un poco y dime: ¿de qué te sirve la tristeza? ¿qué puede aportar de bien a tu situación el estar triste?

Sé que me responderás:

—La tristeza no me sirve para nada, ni nada puede aportar para mejorar mi estado. Antes, por el contra-

rio, la tristeza será una buena aliada de la enfermedad y contribuirá a hacerla más eficaz en su obra destructora. Eso es verdad.

Entoces, hijo, la tristeza te resulta una enemiga, y, como a los enemigos, debes alejarla con todas tus fuerzas.

Y así como combates el mal que te aqueja, debes combatir la tristeza, tan mala como la enfermedad.

Ya adivino, mi querido enfermo, que tú me estás diciendo en tu interior:

—Vd., Padre, tiene razón: pero ¿cree que sea tan fácil echar la tristeza y estar alegre en la enfermedad, máxime cuando es larga, cuando es penosa, cuando trae aparejada una serie de circunstancias que la hacen más grave aún?

Mira, hijo mío; yo sé que eso no es muy fácil; por lo menos no es instintivo, y se requiere, sin duda, un esfuerzo de tu voluntad.

Si no se necesitara ese esfuerzo no habría necesidad de que yo te hablara de esto; estarías alegre sin que nadie te exhortara a estarlo.

Pero ese esfuerzo de la voluntad debe ser razonable; y si tú me preguntas cuáles son las razones para apoyarlo, te remito, en primer lugar, a lo que acabo de explicarte: que si la tristeza no te sirve para nada, debes echarla lejos de ti, máxime si a más de no servir para nada bueno, sirve para fomentar muchos males.

Pero hay otra razón más poderosa que ya he tenido ocasión de exponerte.

Tú sabes, hijo mío, que no hay mal que por bien no venga; tú sabes que todas las cosas malas, después resultan buenas, si no por lo que son, a lo menos por lo que nos traen, a la corta o a la larga.

Tanto más, hijo mío, que en los designios de Dios la enfermedad tiene, como todas las cosas, una misión providencial y siempre provechosa.

Si piensas así estarás alegre, sin duda. Por cierto, mi querido enfermo, que no cantarás ni reirás como cuando estabas sano; ojalá pudieras hacerlo. Pero al menos tendrás esa alegría interior que es paz del alma, que es apoyo de nuestro ser, —mísero y endeble, — sobre una base inconmovible, que es la Povidencia divina.

Verás entonces como te habrás aliviado, pero no con esos medios externos, como ventosas y friegas; te habrás aliviado con un remedio que viene de adentro, que embalsama el corazón de santa paz, tan necesaria para ti.

Los facultativos quizá te habrán dicho muchas veces que debes cobrar ánimo si quieres curarte pronto y bien; por la mutua relación que hay entre el cuerpo y el alma, la paz del alma se volcará sobre tu cuerpo como un bálsamo, y entonces podrás digerir mejor los alimentos, los remedios serán más eficaces; y la salud irá recobrando sus posiciones perdidas, para devolverte a la vida con renovados deseos de trabajo y con multiplicadas ansias de felicidad.

Resígnate: es el secreto para ser feliz.

A pesar de mis argumentos con los que he pretendido alegrarte, quizá te ha quedado metida en los resquicios más íntimos del corazón un poco de tristeza, porque un pensamiento te atormenta. Cuando consideras los males que te aquejan, los dolores que te atormentan, la carne que te ata, y, por otra parte, piensas en tantos que no están enfermos, que no tienen dolores, y que andan a sus anchas y con salud, exclamas:

—¡Qué desgraciado soy! A mí me ha tenido que tocar esta desdicha. Los otros, tan felices, ríen y cantan, van y vienen, frecuentan el teatro, asisten a espectáculos y paseos, y yo aquí, entre cuatro paredes, al lado de una estufa, respirando olor a eucaliptus, con el cuerpo dolorido, molestado por los medicamentos... ¿Cómo quiere, Padre, que esté contento? No puede ser. Cuando pienso en esto me entristezco y lloro.

¿Llorar?

Pero ¿sabes tú por qué lloras? No precisamente porque estás enfermo.

La verdadera causa de tu llanto es otra.

Es que ignoras lo que debieras saber y comprender muy bien: que esa felicidad que tú ves en los demás no es tal como aparece a tus ojos.

Tú los crees felices porque no tienen tus achaques. Si supieras ¡qué equivocado estás!

Tú habrás visto, sin duda, el escenario de un teatro; mirado desde la sala es esplendoroso y magnífico.

Lo iluminan raudales de luz. Ves en él jardines lozaneantes de flores, elegantes alcobas, majestuosas

portadas en donde se agitan personajes vestidos de púrpura real y otros atavíos con signos representativos de las grandezas humanas. Pero si tú vieras todo eso por dentro, ¡qué desilusión!

Las hermosas decoraciones te aparecerán lo que son: lonas burdas y sucias clavadas en toscos bastidores sostenidos por un sinnúmero de cordeles. Los personajes tan deslumbrantes en la escena, detrás de las bambalinas, te aparecerán como vulgares disfrazados; más de una vez el que hace de rey es el ser más infeliz de la compañía.

Bueno: eso que pasa en el escenario del teatro pasa en el escenario de la vida.

¿Tú dices que los demás son más felices que tú?

Es porque los ves en la escena.

Si los vieras por dentro. ¡qué idea tan distinta te formarías!

Verías que no es oro todo lo que luce; porque hay muchas cosas que lucen pero, no son de oro.

Y ¿sabes quienes poseen ese oro?

No son ni los enfermos, ni los sanos, ni los ricos, ni los pobres.

Son los que se conforman con lo que tienen; los que comprenden que la vida es una cruz y todos tenemos que cargarla (28); en una palabra los que se resignan a la Voluntad de Dios y llevan su cruz, —y todos tenemos la nuestra— confortados con las santas esperanzas de la fe.

Aprende a resignarte así y habrás encontrado el secreto de ser feliz.

---

(28) S. Lucas IX, 23.

La melancolía.

Mi querido enfermo :

Así como debes procurar cultivar la virtud de la alegría, debes defenderte de un mal mayor que la misma enfermedad física; de la melancolía que, a diferencia de la tristeza —que es un estado más o menos pasajero—, es como un estilo de vida.

Cuando el enfermo se siente mal, cuando la enfermedad progresa, cuando se piensa en las muchas y penosas consecuencias del mal, lo más natural es ponerse melancólico. La melancolía es entonces como un baño tibio; el enfermo se abandona en sus brazos, se deja llevar a través de una selva de pensamientos tristes, y el mundo de la fantasía se colorea de ese tono gris plomizo que caracteriza los monótonos días de invierno.

Estoy seguro, enfermo mío, de que a ti te ha pasado o te está pasando algo de eso, ¿verdad?

Estoy seguro de que me contestas afirmativamente; pero añades lo que ya me dijiste otra vez :

—¿Y qué quiere que haga, Padre? ¿que me ponga a reír o a cantar? Yo no puedo estar alegre.

Pobre hijo mío, yo te comprendo; y no creas que te pido que rías ni que cantes. Sólo te pido una cosa : que disipes esa negra nube de melancolía que te perjudica en el cuerpo y en el alma.

Escúchame, hijo mío.

Si tú hablas con tu médico y le preguntas qué efecto produce la melancolía en tu enfermedad, él te dirá sin titubeos que es una pésima compañera y una aliada del mal en lucha contra médicos y medicinas.

El cincuenta por ciento, cuando no el ciento por ciento, de la eficacia de los remedios depende del buen estado moral del paciente.

La cosa es muy razonable, pues ya sabes que el alma y el cuerpo están íntimamente unidos en el compuesto humano; el uno refleja sobre la otra sus estados y viceversa.

Así como las enfermedades te ponen triste, del mismo modo la tristeza te pone enfermo. Entras entonces en un clima de melancolía que no solamente es enemiga del cuerpo; lo es también del alma; sobre todo del alma.

Cuando se está melancólico, en el alma se desvalorizan todas las potencias, la inteligencia se nubla, la voluntad se enerva y las virtudes se esfuman.

Ya te he dicho muchas veces que, en el concepto de Dios, la enfermedad es una prueba para acrisolar la virtud, para hacernos mejores. Pero la melancolía deshará este plan divino y convertirá la enfermedad en motivo de imperfecciones y pecados.

Te he dicho hace un momento que podemos comparar la melancolía a un baño tibio. Creo que la imagen es perfecta. Porque así como en un medio tibio germinan y progresan todos los microbios que causan

las enfermedades del cuerpo, de igual manera en la tibia melancolía prolifican y prosperan los gérmenes de todos los vicios y pecados.

Debes, pues, enfermo mío, temer la melancolía. Debes ahuyentarla como se ahuyentan las moscas. Probablemente tú tienes junto a tu lecho una pantalla de tejido de alambre, o un penacho de tiritas de papel para echar las moscas y mosquitos; bueno, debes armarte de un instrumento parecido para echar lejos de ti la melancolía. Y si tú me preguntas en qué consiste ese medio, yo te diré que consiste en la santa resignación a la voluntad de Dios y en la filial confianza en su infinita bondad, de que te he hablado.

Con estas dos armas poderosas debes ahuyentar la meloncolía.

Ellas, además, te darán mucho ánimo.

Te harán hasta sonreír.

Ellas obrarán el milagro, que tú quizá juzgas imposible, de sentirte alegre en medio de tus penas.

Y además contribuirán poderosamente a recuperar la salud perdida.

Yo te pido, pues, querido enfermo, que no te dejes llevar por la melancolía.

Sufre con paciencia; sufre con amor.

Ese es el código evangélico por el que debes regirte en el tiempo de la enfermedad. Y ya que por tus molestias puedes rezar poco, haz con frecuencia actos de estas virtudes; sin largas oraciones, con pequeñas jaculatorias puedes ayudarte en esta práctica, que te dará mucha paz.

Entonces comprenderás el valor del consejo que te doy.

Privación de la asistencia a la Iglesia.

Si tú eres, como espero, un alma piadosa, tienes ciertamente una pena grande en tu enfermedad, y es la de no poder asistir a los oficios religiosos, a la Santa Misa especialmente, y la de no poder hacer con la frecuencia que deseas la Santa Comunión.

"Qué dolor tan grande, —me escribía una enferma,— es sentir tan de cerca la campanita de la Iglesia y no poder asistir a las funciones litúrgicas!"

Es, de veras, para muchas almas buenas, una pena muy grande, el sentirse alejadas de esa participación de la vida litúrgica de la Iglesia.

Estoy por decir que para muchos es la más grande de las penas.

Sin embargo, en este asunto hay que recordar dos cosas que darán a tu alma mucha paz.

La primera es que no debemos olvidar que la enfermedad es un estado penoso de privación, en el cual se exige de nosotros una paciente resignación.

La segunda, que la privación de que estoy hablando es nada más que una privación relativa y a medias.

Tú, hijo mío, estás enfermo. Y bien sabes que la enfermedad no es la cosa más agradable que puede tener un mortal. La enfermedad, amén de dolorosa, es privativa. Y nota que tu enfermedad, con estos dos caracteres, representa para la voluntad de Dios.

Luego piensa bien que esa privación mortificante no es ni puede ser una cosa que se te pueda imputar como falta. Dios nunca podrá pedirte cuenta de ello; al contrario, esa circunstància te será propicia para que puedas demostrar a Dios nuestro Señor tu buena voluntad de servirlo.

Esto deben comprenderlo especialmente las personas ancianas cuyo único gusto es ir a la Iglesia y no pueden hacerlo; deben consolarse pensando que así Dios lo quiere y que deben hacer la voluntad de Dios.

Pero fíjate bien, enfermo mío, que la privación a que nos referimos es a medias y es relativa.

Es a medias, porque tú puedes recibir la Santa Comunión; basta que la pidas; se te llevará con mucho gusto.

Hazle conocer tu deseo a tu Señor Cura Párroco o a algún Sacerdote de tu conocimiento, y verás que serán cumplidos tus deseos.

En cuanto a las funciones religiosas, especialmente la Santa Misa, claro que no puedes asistir. Creo que tú no serás de los que están engañados y creen que la Misa oída por radio vale para cumplir con el precepto. No, hijo mío, si bien sea cosa buena escuchar esas trasmisiones, sin embargo, ellas no alcanzan a satisfacer el deber de oír Misa, puesto que para ello se exige la presencia física y real al Sacrificio.

Pero no creas que esa privación, dolorosa por cierto para las personas piadosas, te impida de unirte a Dios.

Tú sabes que aún en el lecho puedes y debes buscar a Dios; puedes sentirlo presente a través de cada una de las circunstancias que te rodean. Puedes buscarle por la oración, si es que tu enfermedad te lo permite; o por lo menos con el deseo, con alguna jaculatoria, y con el ofrecimiento resignado de tus penas.

No cabe duda de que estás privado de los medios para unirte a Dios, entre los cuales está la palabra del Sacerdote que refleja la palabra de Cristo, que es, de veras, un bálsamo para el espíritu.

Sin embargo, puedes leer o hacerte leer algún buen libro; esto suplirá en parte esa falta.

Por otra parte, piensa, hijo mío, que tu dolor te une quizá más al sacrificio de la Misa que tu misma presencia cuando estabas sano.

Si sabes ofrecer tu holocausto, adornado y purificado por las virtudes de las que conversamos tantas veces juntos, te harás una pequeña hostia de sacrificio, agradable a Dios, que ofrecerás desde tu lecho, como el Sacerdote ofrece la Hostia grande, de Jesús en el altar.

Serás un poco más Sacerdote, serás un poco más holocausto, serás un poco más víctima, y tu vida estará más unida a la de Cristo, porque tu misa se parecerá más a la suya.

Piénsalo bien, hijo mío, recógete en la intimidad de tu fe y de tu amor.

Unete a Cristo en el altar y verás que no estás tan lejos de la Iglesia de Cristo, porque estás muy cerca de su Cruz.

Aprende a ser bondadoso.

Cuando estamos sanos, sin haber jamás sufrido, es fácil que nos volvamos un poco egoístas gozando de nuestro propio bien sin importarnos mayormente del mal de los demás.

No sabemos sentir las penas ajenas.

Si alguien nos cuenta sus sinsabores, lo escuchamos para no faltar a los deberes de urbanidad y buen trato; luego le decimos algunas palabras compuestas en fórmulas manidas para cumplir con el deber de compadecerlo, y, finalmente, nos quedamos tranquilos disfrutando de nuestra felicidad.

Pero cuando hemos sufrido, —y, en el caso tuyo,— cuando hemos estado enfermos, sabemos compadecer a los que sufren, porque sabemos lo que es sufrir.

Este es, mi querido enfermo, uno de los bienes que trae consigo la enfermedad; hacernos compasivos y generosos ante las miserias ajenas.

Estoy seguro, hijo mío, de que tú no serás de aquellos que dicen : —A mí no me importa de los demás; lo que me interesa es no sufrir yo.

Estoy seguro de que tú no dirás eso, porque demostrarías tener mal corazón, lo que no puedo pensar de ti.

Tú bien sabes, querido enfermo mío, que hemos de aprovechar de todas las circunstancias de la vida para ser mejores y para hacernos útiles a los demás; y gran utilidad para nuestros hermanos será el que sepamos compadecerlos en sus penas y ayudarlos materialmente en sus necesidades.

Y mira bien, cómo esto que te digo te toca de cerca.

Escúchame.

Examina bien el estado en que te encuentras.

Dime : ¿no es acaso verdad que más que médico y medicinas, que masajes e inyecciones necesitas junto a ti un alma compasiva que te comprenda, que te aliente, y que te trate con paciencia y con cariño?

¿No es verdad que es esto lo que tú más deseas?

Y dime : si todos los que te rodean fueran almas egoístas, desamoradas, que te dijeran unas cuantas palabras protocolares, cumplieran con las prescripciones del médico, con exactitud y frialdad, ¿no es verdad que te sentirías muy molestado y muy triste?

Ves, pues, que se necesitan almas buenas, que hayan cincelado su bondad con el sufrimiento, para ayudarte a sufrir con resignación y paz.

Pues bien; mañana, si Dios quiere, tú estarás sano y otros, en cambio, estarán enfermos. Te tocará a ti también, ejercer la obra de bondad que otros hacen contigo.

Créeme, hijo mío, que el recuerdo de tus penas te hará más dulce y más bueno junto al lecho de tu hermano.

Ese es uno de los motivos por que invocamos con mayor confianza a nuestro Dios humanado, Cristo Jesús. El ha querido sufrir y someterse a todas las angustias del dolor para salvarnos, y, al mismo tiempo, para excitar más nuestra confianza en El.

Hijo mío muy querido : yo te pido que saques de tu enfermedad estos frutos de bondad y caridad para los que sufren, como te pido así mismo que comprendas y valorices la caridad y atenciones que los demás tienen contigo.

Ama a los que ahora te hacen bien, sábeles agradecer sus servicios; no se necesita para ello muchas palabras; basta una mirada o una sonrisa.

No seas como muchos enfermos descontentadizos e impertinentes que nunca están a gusto y siempre se quejan.

Esto desagrada mucho a todos y los hace sufrir.

Sé, pues, agradecido con los que te rodean y aprende a ser bueno con los que sufren cuando llegue el momento de serlo, y yo te aseguro que tu corazón saldrá de la enfermedad muy bien templado; saldrás más bueno, y tú sabes que la bondad es un tesoro tan grande que vale más que todos los tesoros del mundo.

Mimos.

Te voy a hablar de un defecto que suele ser común, especialmente, en los pacientes de enfermedad larga o incurable.

Ese defecto es el ser demasiado mimoso.

Es un efecto psicológico de la enfermedad que aniña un poco al enfermo.

Como que la enfermedad nos imposibilita para muchas cosas, y no nos permite valernos como cuando estamos sanos, esa pérdida de autonomía es un regreso del hombre al niño; es un estado de impotencia más o menos acentuada, que nos reduce a una especie de infancia.

Por otra parte, cuando estamos enfermos todos se compadecen de nosotros y traducen su compasión en cuidados extraordinariamente tiernos y delicados, prodigados con un sinnúmero de palabras dulces y de halagüeños diminutivos.

Todo convida, pues, a entregarse a esa situación cómoda y dulce.

Pero el mal no será ése; a pesar de ser adultos el niño no ha muerto en nosotros, y nos complacemos muchas veces, —enfermos y sanos,— en que se atienda al niño que llevamos adentro.

Pero el mal está en que el niño aparece con todos sus defectos; y de ahí que el enfermo, a veces, se hace mañero y caprichoso.

Quiero ser bueno contigo, mi querido enfermo, y por eso te digo que se te puede tolerar, a la medida de tu edad y sexo, un poco de maña y otro tanto de capricho.

Pero tú no debes exagerar la medida, especialmente si perteneces al sexo fuerte, que para algo ha de llamarse así.

La maña y el capricho exagerados hacen desesperar a los familiares que te atienden, que no saben como arreglárselas para darte un remedio, o ponerte una inyección, o acomodarte una almohada.

Y ya es bastante con el trabajo que les da la enfermedad, para que, además, agregues el peso de tus niñerías.

Si tienes la fortuna de estar rodeado de gente de mucha paciencia, menos mal para ti.

Pero si en cambio los que te atienden no son muy devotos del Patriarca Job harán contigo como con los niños: no te harán caso y te dejarán con tus caprichos, despachándose con un gesto de fastidio o con una o muchas palabras de impaciencia.

Y si he de ser sincero, te diré que hacen bien; porque es la única manera de corregir a los mimosos.

Pero tú debes evitar que la corrección venga por ese lado y con tan mala cara; debes corregirte tú mismo por la reflexión y por esa fuerza de voluntad con que debes vencerte.

Y si quieres que te indique un motivo más para enmendarte, es el de que, en esa forma, aprovecharás poco, espiritualmente, de tu enfermedad; los mimos, mañas y caprichos acabarán con la paciencia, conformidad y con las demás virtudes que deben ser el adorno de tu dolor.

Y si me pides un medio para desvincularte de ese lastre pernicioso y molesto, te lo voy a señalar enseguida. Mira a Cristo crucificado; mira como ha sufrido con virilidad y sin niñerías. Ese es el modelo del paciente perfecto, y tú, como cristiano, como discípulo de El, debes imitarlo.

Sufre con paciencia, sin quejarte tanto, sin buscar desmedido consuelo entre los que te rodean; que sea tu consuelo el saber que imitas a Jesús y que te estás tejiendo una corona de gloria en el cielo.

Conserva la serenidad.

Una de las consecuencias más penosas de la enfermedad es la que experimentan muchos enfermos frente al cuadro de sus circunstancias.

Esa consecuencia funesta es la pérdida de la serenidad de espíritu.

No hay condición más angustiosa para el enfermo, ni disposición más deplorable para hacer frente al mal con todas sus consecuencias.

Hablaba yo, no hace mucho, con un capitán de marina, viejo lobo de mar, y me contaba alguno de

los malos ratos pasados en su carrera. Me decía que había naufragado una vez y que cien veces había visto su barco en peligro tan inminente que no era posible esperar la salvación.

—Y sin embargo, me decía, aquí me tiene Ud., sano y bueno contandole estas peripecias.

—Decididamente lo ha ayudado a Vd. la mano de Dios.

—No hay duda —me respondió el piadoso marino, —y la mayor ayuda que de El he recibido, fue la de no perder la serenidad. Estoy seguro —añadió— que a veces los acontecimientos juegan con nosotros; nos llevan al borde del abismo y, en el momento de desplomarnos en el vacío, nos muestran la última tabla de salvación, a la cual sólo pueden asirse los que han conservado la serenidad.

El marino tenía razón.

Y creo que debemos aprender de esas palabras a conservar nuestra serenidad.

La serenidad mantiene la eficiencia, si no de los demás medios de salvación, al menos de la inteligencia. Y cuando con ella podemos ver claramente, estamos en situación ventajosa ante el mal que nos oprime.

Pero tú me preguntarás: ¿Y cómo se conserva la serenidad?

Es cosa muy difícil el estar serenos cuando nos damos cuenta de que el mal es grave, o cuando sen-

timos la agudeza exasperante del dolor, o cuando las circunstancias que son inherentes a nuestro mal físico nos preocupan hasta el punto de desesperarnos.

No te oculto, enfermo mío carísimo, que en realidad la cosa no es fácil.

Se necesita una voluntad educada y dueña de sí misma para sobreponerse a la ofuscación, que es tan natural en esas circunstancias.

Pero recuerda que la fe educa nuestra voluntad en ese sentido, y que es fácil serenarse si, con fe en el corazón, nos detenemos un momento a reflexionar.

La fe nos enseña que debemos reconocer en todas las contingencias de la vida la mano de Dios que guía, con suavidad paternal y con profunda sabiduría, los acontecimientos humanos.

Esta verdad nos hace sentir un gran consuelo y nos da mucho ánimo, porque nos enseña que no estamos solos en la lucha, que Dios está allí y está buscando nuestro mayor bien, aunque no nos parezca así.

En segundo lugar, la fe nos enseña que debemos aceptar las circunstancias confiando en Dios nuestro Señor.

La confianza en Dios nos da una profunda sensación de paz ante la desgracia.

Cuando un ejército está por acometer una empresa temeraria, los soldados van confiados si se dan cuenta que tienen un buen general que los conduce.

Si se viaja en aeroplano es fácil experimentar miedo; pero si el que dirige el aparato es un buen piloto, entonces nos tranquilizamos y volamos con confianza y alegría.

El mismo sentimiento ha de embargar tu espíritu, enfermo querido.

En la circunstancia en que te encuentras debes tener confianza en Dios. Si El dirige los acontecimientos humanos, si El interviene en el estado en que te encuentras, no tienes por qué temer ni turbarte. No podrías tener un compañero ni un guía mejor. Debes confiar en El como el soldado en su jefe, como el viajero en su piloto. Entonces el alma se llena de santa paz; serenos hacemos frente a los acontecimientos y nos sentimos aliviados del enorme peso de la preocupación.

Pruébalo tú, hijo mío, haz tuyos los sentimientos que te sugiero; y si te hallas turbado, ellos obrarán en ti el milagro de la serenidad y de la paz.

Verás entonces hasta donde llegan los beneficios de la fe, y te darás cuenta de que ella resuelve todos los problemas de la vida.

Te convencerás así de que en ella encontrarás un alivio más poderoso que el que puedan proporcionarte los médicos con sus remedios y tus familiares con sus tisanas.

No olvides que Jesús, el médico divino, es el que te da el beneficio de la fe; y tú sabes que los remedios divinos son tan grandes como es grande el Corazón de Dios.

Más allá nos
espera Dios.

Quizá al leer estas páginas alguna palabra mía habrá sido para ti mensajera de nostalgia. ¿Por qué?

Porque muchas veces he procurado sugerir una esperanza de salud y de reintegración a la vida y a las actividades interrumpidas momentáneamente por la dolencia. Y algún enfermo, quizá tú, habrá pensado que esas palabras no eran para él. Porque quizá ya sabe, o por la edad avanzada o porque el diagnóstico del médico es inexorable, que ya no llegará a curar.

Y es muy triste para el que ha perdido las esperanzas oír hablar de esperanza y escuchar futuros proyectos cuando se sabe que nunca se llegarán a realizar.

Yo he pensado también en ti, enfermo mío, que te encuentras en esa angustiosa circunstancia, y para ti tengo también una palabra de consuelo.

Y voy a decirte que esa palabra de aliento la necesitaremos todos algún día; porque ha de llegar para cada uno el día en que, —si no morimos de algún accidente,— estaremos enfermos de la última enfermedad, de la cual no sanaremos nunca, y en la cual no habrá esperanzas de salud, ni tendrán cabida proyectos para otra jornada de nuestra vida que no llegará jamás.

Hijo mío, quiero ante todo, decirte que tengas fe y que creas en el más allá.

Cuando N. S. Jesucristo nos habla de la vida futura siempre condiciona su posesión al dolor y al sacrificio.

El reino de Dios, —ha dicho,— padece violencia y sólo los que sufren esa violencia lo pueden conquistar. (29).

Alégrate, pues, hijo mío muy querido, porque si tu enfermedad te quita las esperanzas de la tierra no puede quitarte las del cielo; antes por lo contrario, ella te proporciona el medio para adquirir tu eterna felicidad.

No me digas, pues, que has perdido las esperanzas, y que ya todo lo miras con nostalgia y con

---

(29) S. Mateo XI, 12

tristeza; no, yo te digo que por lo contrario debes convencerte de que has cambiado el objeto de tus esperanzas; que ellas ahora se han dignificado y se han elevado. Que si antes esperabas cosas terrenales y transitorias, ahora esperas cosas eternas y celestiales; que si antes esperabas cosas que al fin habías de perder algún día, ahora, en cambio, esperas otras que no perderás jamás.

¡Qué hermosa, enfermo mío, es nuestra fe! ¡Cuántos consuelos aporta al alma!

Cuando todo termina, ella se hace más inmensa; cuando todo se apaga, ella se hace más luminosa; cuando las cosas se diluyen en el tiempo que se acaba, ella se hace más firme y nos abre las puertas de la eternidad. Ella sola permanece de pie para hacer sonreír al que llora sin consuelo; para hacer esperar al que ya no espera; y para llenar con la alegría de una felicidad esperada, las horas en que todas las alegrías de la tierra se han ido y nos han dejado solos.

¿Y si tú no tienes fe?

¡Ah! mi querido enfermo, ¿qué desgraciado eres entonces.

Mírate un poco por dentro, y enseguida verás que tengo razón al llamarte así.

¿Y entonces? ¿No tendré ni una palabra para ti? Sí, hijo mío, si tú no tienes fe puedes tenerla; pídesela a Dios, que El te la dará.

Yo no puedo ayudarte en este trance proponién-

dote argumentos elevados, porque tu cabeza no está para eso. Pero te voy a ayudar refiriéndote un relato perfectamente histórico que te hará sin duda pensar.

El célebre Marsilio Ficino enseñaba filosofía a lo más escogido de la juventud de Florencia. Un día en que el elocuente profesor explicaba las pruebas de nuestra inmortalidad, uno de los discípulos le interrumpió diciéndole: —Maestro, hagamos un pacto; que el primero de los que muera venga a decir al otro si hay algo allá arriba. Algún tiempo después, ese discípulo, Miguel Mercato, se hallaba solo en el cuarto. Oyó un ruido y la voz del maestro que le decía: Miguel, Miguel; alégrate, no te engañaba yo; allá arriba hay algo muy grande que nos espera. Volvió el joven a casa de su maestro y los familiares le dijeron: "—Marsilio no está más; hace una hora que murió".

Que este ejemplo te haga meditar.

No lo dudes hijo mío; es verdad, más allá nos espera otra vida. Un hombre desde allá nos lo ha venido a decir; es el mismo Verbo eterno de Dios que se encarnó en la tierra; es Cristo que ha venido a decirnos esa verdad y la ha probado con los milagros de su Evangelio y lo sigue probando con las mil maravillas que cada día realiza entre nosotros.

Créeme, hijo mío, más allá nos espera Dios.

Abre tu corazón a la fe que te enseña el camino para llegar a Dios y para encontrar la vida eterna. Verás entonces cuánta felicidad habrá en tu alma, y como serán para ti jubilosas las horas de tu enfermedad.

Aprende a ser dulce y amable.

Hay muchos enfermos a los que la enfermedad hace perder la paciencia y, en consecuencia, los hace molestos a los que los atienden, porque todo los irrita y los fastidia.

Para ellos nada está bien y todo se hace al revés.

Para ellos el médico no es suficientemente solícito y no se toma el empeño que debiera. La persona que hace de enfermera no es delicada cuando los ayuda a moverse; no es hábil para arreglarles la ropa de la cama; no es cuidadosa para ponerles las inyecciones, ni tiene gracia para colocarles las almohadas. La cocinera es una distraída porque hizo el caldo demasiado espeso o demasiado claro; es torpe, porque lo sirve demasiado frío o demasiado caliente; es abandonada, porque el plato no está suficientemente limpio, y la servilleta no está bien doblada.

Los vecinos no son suficientemente caritativos porque a veces hacen ruido.

Las visitas son importunas y largas.

Hasta los conductores de autos son desalmados, porque a cada momento molestan con sus bocinas y con la trepidación de sus motores.

Cuando el enfermo está en el período agudo de su enfermedad generalmente no piensa en estas cosas; pero cuando está en el período de una larga convalecencia, o cuando la enfermedad es crónica, y, por añadidura, el enfermo ya tiene cierta edad, entonces empieza el período en que todo molesta si el paciente no sabe vencerse y dominar su mal humor agrio y pesado.

Mi querido enfermo: si tú estás en este estado yo te pido que te esfuerces por cambiar de actitud, porque tu manera de ser, además de molestarte a ti, molesta a los que te rodean, los cuales, después de haber procurado inútilmente dejarte contento, terminan por impacientarse.

Tú me dirás, mi buen enfermo, que tu estado no te permite hacer grandes esfuerzos de voluntad.

Puede ser que tengas razón.

Pero si así fuese, yo te enseñaré un modo fácil de corregirte.

Un día fuí a visitar a un antiguo maestro mío que estaba enfermo de gota. Cuando entré en la casa la hija me dijo en secreto:

—A ver, Padre, si le aconseja que no sea tan fastidioso en la comida; siempre se queja y es una tragedia toda vez que se le da de comer.

Prometí hacerlo. Y cuando estuve junto al anciano, ¿sabes qué consejo le dí?

Ninguno.

Era la hora en que le debían dar los alimentos. Después de haber escuchado pacientemente todo el cuento de su enfermedad, apareció la hija llevando en una bandeja los alimentos.

El enfermo, al mirarla, frunció el ceño y entonces yo le dije:

—¿Se acuerda, mi querido viejito, de las diabluras que le hacíamos sus alumnos?

Al enfermo se le iluminó la cara y sonrió.

—¿Se acuerda, —continué,— cuando nos dejó a todos en penitencia porque dibujamos un gran macaco en el pizarrón?

—Sí, sí, — respondió el anciano sonriendo.

—Y ¿se acuerda de fulanito que se apuntaba las fechas en las uñas? ¿Y de sutanito que no sabía matemáticas? ¿Y se acuerda de aquel discurso tan lindo que nos hizo cuando le regalamos un ramo de flores el día de su santo?

El viejito seguía sonriendo; y entre sonrisa y sonrisa, la hija le fué dando la sopa y no sé que otras cosas más. Y así comió todo, sin acordarse de protestar.

Mi querido enfermo, algo así debes hacer tú. En cambio de vivir pendiente de si te sirven bien o mal, piensa en cosas que te agradan; evoca recuerdos amables de tu vida pasada. Ventila, en una palabra tu cabeza y verás como te volverás dulce y amable; y no molestarás con tus quejas a los demás.

Reza y espera.

Hay un detalle que es, para muchos, de sumo interés, en orden a la recuperación de la salud perdida; es el desánimo que cunde con facilidad en aquellos enfermos que, después de haber ensayado algunos remedios o tratamientos, se encuentran siempre en el mismo estado, sin notar ningún progreso en la salud.

Cada enfermo lo que más desea en su estado es, precisamente, sanar; y todo lo que puede conducir a la salud es objeto de una esperanza. La visita del médico, las medicinas recetadas, los tratamientos impuestos, el régimen ordenado encienden en el ánimo la luz de una esperanza.

Y se quiere sanar lo más pronto.

Pero muchas veces los esfuerzos no alcanzan nada positivo, y la persistencia del mal hace caer una a una todas las esperanzas, inclina a dejar todo y a no tentar ningún esfuerzo más, porque se considera que todo está perdido.

Triste condición es ésta, que empeora el mal físico enervando las fuerzas morales del enfermo.

Pero, mi querido enfermo, no hay que proceder así.

Tú sabes bien que es verdadero aquel refrán que dice que los males vienen veloces como golondrinas y se alejan lentos como carretas. Para ahuyentarlos no basta entablar la lucha, es necesario perseverar en ella; sólo a ese precio se consigue la victoria.

Tú sabes, hijo mío, que hay males muy rebeldes y que sólo ceden después de una resistencia tenaz.

Quizá el tuyo sea así; razón de más para no entregarte.

A una tenaz resistencia debes oponer una lucha más tenaz aún, sostenida con serenidad y optimismo.

Tú me dirás que no puedes ser optimista porque tu enfermedad es incurable, o porque el médico, más o menos claramente, te ha hecho comprender que no sanarás.

Mira, hijo mío; enfermedad incurable hay una sola : es la última que nos afectará.

Todas las demás o se curan o se alivian.

Quiero esperar que la tuya no sea la última.

Por otra parte, no obstante el respeto que te merezca el dictamen del médico, recuerda que la infalibilidad es una prerrogativa reservada al Sumo Pontífice, y sólo en materia de fe y de costumbres.

No creas, por favor, que quiero menoscabar la ciencia de los médicos, ni poner en duda su autoridad.

Pero los que hemos estudiado algunas nociones de medicina y estamos algo familiarizados con los pacientes, sabemos bien que no hay enfermedades, sino enfermos; que es muy difícil llegar a conocer las reacciones de cada individuo y sus elementos de defensa; por eso en el cuadro patológico de muchos enfermos, de repente se presentan cambios inesperados.

Y esos vuelcos al margen de toda previsión clínica, puedes esperarlos tú; tanto más que si te encomiendas a Dios nuestro Señor pones en juego, en la lucha contra el mal, un elemento nuevo, que es la eficacia de la oración que ha llegado a hacer milagros, realizando esperanzas que parecían muertas para siempre.

Ten, pues, confianza, primero en Dios y luego en la ciencia de los médicos humanos; sigue luchando con optimismo. Esto entonará tu espíritu y levantará tu moral; y si esto consigues, no habrás perdido el tiempo; y, cuando no hayas conseguido otra cosa, habrás por lo menos desterrado la tristeza y el desaliento que son los peores enemigos del enfermo.

Soporta con fruto.

Te he exhortado a invocar a Dios en tu enfermedad por medio de la oración.

Pero no quisiera que lo hicieras por motivos egoístas e interesados, y que buscaras a Dios en la misma forma que buscas a quien te ponga una cataplasma para aliviar tu dolencia.

Mira, enfermo mío; hay muchas personas que buscan en las prácticas religiosas, no el cumplimiento del deber, sino un medio para conseguir un bien material que les interesa y nada más.

Creen que la Religión es una panacea para todos los males temporales y que sólo por el interés de librarnos de ellos debemos ser piadosos.

¡Qué error garrafal!

¡Qué concepción mezquina de una cosa tan grande!

A esta mala interpretación de la función de la Religión en nosotros, se debe que muchos resuelven volver a Dios para que El les conceda tal cosa; y si no reciben lo que pedían, se enojan y se alejan de El.

Actitud ridícula que desprestigia el verdadero ejercicio de la Religión ante aquellos que no la conocen.

Muchas veces pasa entre los enfermos; se vuelven a Dios, pero sin la intención de servirlo y amarlo y hacer su voluntad, como conviene a una criatura que reconozca en Dios a su Padre y a su Creador.

Buscan en Dios la salud, como la buscan en las inyecciones.

Pero fíjate bien, enfermo mío, que la Religión no ha sido hecha para cambiar las actuales contingencias a que está sujeto el hombre, sino que es el elemento que prepara al hombre para afrontar con altura y con provecho las circunstancias de la vida, mediante la unión con Dios, de Quién se ha de esperar la fuerza, el valor, el consuelo y la alegría como armas poderosas para superarlas.

Te voy a explicar esta idea con un ejemplo.

Dime: ¿qué fin tiene esa ciencia que llamamos ingeniería naval?

¿Acaso el hacer que el mar no se mueva y que sus ondas no se balanceen y que no se desencadenen las tempestades?

No, de ninguna manera; el mar será siempre mar con sus corrientes, con su eterno vaivén, con sus ondas inquietas y con sus terribles tormentas.

Pero y entonces, ¿para qué sirve la Ingeniería naval?

Precisamente para construir barcos que puedan salir airosos de esas contingencias.

Y ¡ay! del barco que no se ajuste a los preceptos de esta ciencia; no tendrá ni estabilidad, ni gobierno, y terminará por sepultarse en el fondo del mar.

¿Has comprendido, mi querido enfermo?

La Religión no existe para que el hombre no se enferme.

La enfermedad es en la vida lo que las olas son en el mar.

La Religión es la ciencia de las ciencias a cuyos preceptos debemos amoldar la débil barquilla de nuestra alma para que salga airosa de estos contratiempos.

Y ¡ay! del alma que navegue por el mar de la vida sin religión. Perderá ciertamente la estabilidad, la serenidad, la paz, y se hundirá en un abismo de desesperación.

Busca pues, mi querido enfermo, en la Santa Religión el medio para soportar con eficacia y con fruto tu dolencia; esto es buscar en verdad a Dios; y El, que todo lo puede, si es que te conviene, te dará también la salud por añadidura.

No temas.

Uno de los sentimientos que más mortifica durante la enfermedad es el del miedo.

Cuando sentimos alguna dolencia, nos invade la preocupación y el temor. Y entonces empezamos a pensar y a cavilar y forjarnos vanos fantasmas que parecen flotar en una atmósfera gris.

En ese estado, el enfermo ya se ve muerto y sepultado, y se desanima; y pasa los días y las horas en angustias.

En este miedo suelen caer los que se dejan vencer por la sugestión de la enfermedad.

Si les duele la cabeza piensan que tienen meningitis; si les duele una muela temen quizá que terribles

complicaciones; si les duele el estómago temen tener una úlcera; si se sienten molestados del hígado piensan que tienen que someterse a una operación; si les duele el vientre piensan que tienen un cáncer; si les duele la espalda temen estar tísicos.

Hay gente más o menos enferma o, a veces perfectamente sana, a la cual siempre les duele algo.

Y por eso dan cabida a vanos temores que les hacen mucho mal.

Yo, enfermo mío, voy a darte a este respecto un buen consejo.

Seas tú enfermo real o imaginario, no debes nunca dejarte dominar por excesivos temores.

Primeramente porque no te conducirán a ningún provecho práctico.

Con miedo o sin miedo, si tu enfermedad es grave, será grave, y, si no es grave, no lo será a pesar de tus aprehensiones.

No solamente no te servirá de ningún provecho el tener miedo, sino que, por lo contrario, te servirá para molestarte más y para hacer más difícil tu restablecimiento, dado que las reacciones físicas guardan estrechas relaciones con las morales y psíquicas.

Además el miedo te pondrá en ridículo delante de tus familiares y amigos; cuando oyen contar tus males, al principio te harán caso, y después se reirán de ti y te tomarán por un majadero, o un neurasténico.

Conocí yo un señor el cual todas las mañanas, al darle los buenos días, le preguntaba como estaba. Y siempre me decía que tenía algún dolor. Así que yo cambié el tenor de mi pregunta, y en cambio de interrogarle como estaba, le preguntaba:

—¿Qué le duele hoy?

Y uno de los sirvientes de la casa, hombre de campo muy despejado, después que oía a su patrón la letanía de sus dolores, decía en voz baja:

—Es muy maula el hombre éste.

Pero tú me dirás que no es fácil librarse del miedo, porque el miedo lo tenemos en los huesos y despierta apenas estamos en algún peligro.

Mira, hijo mío, yo comprendo que no es posible desvincularse del miedo cuando es razonable. Lo que no se puede ni debe tener es un miedo excesivo, que resulta siempre pernicioso.

Pero tú insistes: —¿Cómo tengo que hacer para vencer ese sentimiento natural de miedo?

Yo te lo diré, hijo mío.

Confía mucho en Dios nuestro Señor. Siéntete hijo suyo y verás que el miedo desaparecerá.

Porque si confías en Dios nuestro Señor, como debe hacerlo un hijo, te sentirás amparado por su clemencia y ternura paternal; y mira que Dios no permitirá jamás que quede defraudado quien sabe esperar en El.

El mal será lo que será; pero con esta confianza tú habrás puesto tu alma en paz.

Busca a Dios.

Hay un detalle que forma muchas veces una pena más que se suma a las inherentes al mal.

Ese detalle es la soledad y el aislamiento a que reduce la dolencia a muchos enfermos.

Yo no sé, hijo mío, cual es a este respecto tu condición; no sé si perteneces tú a la categoría de los felices enfermos, —no me taches de exagerado porque uso esta fórmula: felices enfermos,— que en sus días de dolor tienen la inmensa suerte de encontrarse rodeados del cariño y de las delicadezas de los familiares y amigos.

Si tu condición es esa, debes, de veras, llamarte feliz; porque no poca es tu suerte.

No creas, sin embargo, que no son para ti estas palabras; escúchalas porque ellas reflejarán la situa-

ción de tantos otros que están enfermos como tú, pero no tienen la dicha tuya; así sabrás tener un sentimiento y una oración de caridad para ellos; y sabrás apreciar mejor la gracia que Dios te ha concedido.

Si en cambio estás más o menos abandonado, escúchame bien.

Muchas pueden ser las causas de que así te encuentres. Quizá será tu enfermedad tan o más molesta para ti que para los que han de atenderte; quizá porque te encuentres lejos de los tuyos; quizá porque en el sanatorio u hospital donde te hallas, sólo puedes recibir visitas muy de tarde en tarde.

Amarga situación la tuya, hijo mío; yo lo comprendo. Carecer de gente amiga que nos rodee, cuando más necesita el corazón no estar solo, es una pena grande.

Pero mira, hijo mío, hay dos compañeros que no te abandonan jamás: Dios y el libro bueno. Si estás en condición de poder leer, el libro bueno te será de dulce compañía. Se ha dicho que el libro es el amigo más fiel, más sincero y más bueno; si tú buscas su compañía te vas a dar cuenta de que eso es verdad.

Y más que el libro, DIOS. El no nos abandona nunca; está siempre presente en todas partes, y está sobre todo con los que sufren; El mismo ha dicho que el dolor es un título de predilección que puede ostentar la criatura.

Por eso, enfermo mío, tú debes buscar la compañía de tu Dios, pensando lo que puedas y como pue-

das en El, dirigiéndole alguna oración y encomendándote a El con el corazón. Si tú no estás acostumbrado a hacerlo te parecerá imposible que puedas sentir la compañía de un Dios invisible.

Pero hazlo, hijo mío, hazlo; te darás cuenta que es así; que no estás solo, que Dios está contigo, y que Dios es tu mejor compañía.

A veces es Dios mismo quien te busca en la soledad; quizá te ha buscado por otros medios o por otros caminos y tú no le has visto.

Cuando estabas sano y en alegre compañía quizá te olvidaste de Dios; tal vez te parecía que no lo necesitabas; pero Dios ha venido a buscarte aquí, en ese lecho tuyo y en esa soledad que te entristece. Y una forma común de que Dios N. S. se vale para ir a tu encuentro es el buen libro. Recuerda el ejemplo que ya te expuse de San Ignacio de Loyola, que siendo militar y habiendo sido herido, encontrándose en el aislamiento de un hospital, se dió a la lectura de libros piadosos, y allí se sintió más cerca de Dios, estrechó lazos de una amistad intensa, y allí Dios lo llamó para capitanear una legión de soldados, no para matar los cuerpos sino para salvar las almas; no para nublar los horizontes con el humo de los cañones, sino para iluminar a los espíritus con los destellos de la ciencia y de la santidad.

Así tú, hijo mío, busca a Dios en tu soledad, escúchalo; búscalo en un libro bueno y verás que su voz, que ha creado todas las cosas, no será infecunda en tu alma.

Las visitas.

Cuando algún enfermo está grave, las visitas deben ser raras y breves.

En ese período las visitas molestan más al cuerpo que al alma.

Pero cuando se entra en el período de la convalecencia, o si la enfermedad es crónica, en los períodos de calma, las visitas suelen ser frecuentes y largas. Entonces no molestan al cuerpo; pero suelen molestar al alma. Es muy fácil, entonces, que la sala del enfermo se transforme, en lugar de inútiles charlas y perniciosas murmuraciones.

El enfermo es, posiblemente, quien tenga más tiempo disponible para conversar. Por eso todos los que quieren pasar un rato de conversación van a visitarlo. La obra en sí es muy buena. Pero a veces suele convertirse en mala.

¿Y por qué?

Ya te lo he dicho. Porque esas conversaciones, que deben ser amables comunicaciones de espíritu suelen ser bajas murmuraciones, críticas mordaces, habladurías inconsideradas que, además de ser ofensivas a la caridad, llevan al ánimo del enfermo la desazón y la intranquilidad.

Mira, mi querido enfermo, no des entrada en tu alcoba a ninguna persona que te haga esa clase de visitas.

Así como te aconsejo el sacar de tu biblioteca y echar al fuego los libros malos que tuvieres, también te aconsejo no aceptar las visitas que te hagan perder el tiempo y el alma.

Si tú necesitas el consuelo de las visitas es porque necesitas ser alentado con una palabra buena; pero lo que no necesitas para nada es que vengan a entretenerte criticando a los demás, o provocando conversaciones que pueden molestar la delicadeza de un alma cristiana.

El que no sepa traerte en su palabra más consuelo que un morboso placer, no es digno de que lo atiendas.

Por otra parte, no olvides que tú también serás víctima de su lengua cuando vaya a visitar a otras relaciones y a otros enfermos.

Ama, pues, mi querido enfermo, el estar con buenos amigos, sólo con buenos amigos.

Y no olvides que tu mejor amigo es Jesús, cuyo amor por el enfermo aparece con toda evidencia en las páginas evangélicas.

Amale a El.

Busca su compañía.

Serás entonces muy feliz, porque tendrás un buen amigo que sabrá consolarte en el alma y curarte, si fuere conveniente, en las enfermedades del cuerpo.

Consejos importunos.

Hay otro aspecto que debes atender frente a la imprudencia de ciertos visitantes que con la mejor intención, sin duda, se ponen a dar ciertos consejos que, a pesar de ser bien intencionados, no dejan por eso, de ser molestos e importunos.

Cuando los amigos van a hacer visitas a un enfermo, lo primero de que hablan es de la enfermedad del paciente.

Esto no es criticable, porque a los enfermos les gusta, generalmente, que nos ocupemos de su dolencia y que expresemos nuestra pena por verlos postrados, y nuestros votos para el próximo restablecimiento.

Hasta ahí todo va muy bien.

Pero lo que no va bien es lo que a veces hacen algunos visitantes majaderos que pretenden que el enfermo tome tal o cual remedio, porque le ha hecho bien no sé a que conocido o vecino: que pretenden que se sigan sus consejos y no los del médico, porque los médicos, —suelen decir,— no saben nada.

Hay, mi querido enfermo, dos fenómenos singulares que se producen, no solamente entre gente ignorante y tímida, sino también en gente intelectual y de cierta jerarquía social.

¿Sabes cuáles son?

Los siguientes:

Si en una casa se descompone una canilla de agua corriente, o se llueve un techo, o no marcha bien la calefacción o los caños del desagüe, o el motor del ventilador, se llama a un obrero entendido; y será muy difícil y raro que un zapatero o un abogado se pongan a arreglar el motor del ventilador o el caño del desagüe, porque no saben nada de esos menesteres.

Hacen muy bien; porque el abogado debe atender sus pleitos y el zapatero, sus zapatos.

Eso es lo lógico ¿verdad?

Pero lo ilógico es que cuando se trata del cuerpo o del alma todo el mundo quiere ser maestro, y como si se tuviera un poco de envidia a los legítimos peritos en la materia, se les tilda cuando menos de ignorantes.

En materia de medicina y de religión todos quieren ser maestros, con exclusión de los que verdaderamente lo son.

Ya sabes, enfermo querido, que no exagero, porque es harto frecuente el caso de encontrarnos con gente del todo ignorante y hasta analfabeta que receta píldoras, cataplasmas y enjuagues para cuando duele tal o cual cosa, y con audacia digna de mejor causa se despachan con una sonrisa maliciosa y con la consabida fracesita: —Los médicos no saben nada.

Lo mismo pasa en Religión.

Cualquier ignorante se siente competente para hablar de religión, de cuestiones filosóficas, teológicas y sociales con un aplomo y con una soltura que asombra; y lo que más asombra es que al Sacerdote que ha consagrado su vida al estudio de todas esas asignaturas lo llama obscurantista.

Lo mismo que se suele decir del médico frente al enfermo, sin saber que esto quita la confianza en el facultativo, confianza que representa una gran ventaja de probabilidades en el éxito de la cura.

Tú, mi querido enfermo, me preguntas: —¿Y qué debo hacer en esos casos? ¿Enojarme? ¿Despedir a esos visitantes importunos?

No, hijo mío, no. Si te enojas empeoras; si echas a tus visitas te critican; lo mejor, lo más prudente, lo más conveniente es sonreír y no decir nada, y sobre todo no hacer caso y seguir tranquilo tu tratamiento.

Pero mira bien, querido enfermo, que en esto no quiero ser exagerado, porque puede haber alguna persona prudente que, por experiencia, pueda darte alguna indicación que, sumada a la del médico, te ayude a mejorarte; me refiero sólo al consejo de las personas que, importunas y pretenciosas, quieren con una cataplasma o una tisana echar abajo la ciencia de los médicos, entorpecer la marcha de la cura, y molestar al enfermo con consejos fuera de lugar.

Encomiéndate a Dios
y se paciente.

Además de los visitantes importunos que pretenden constituirse en médicos y que molestan al enfermo con la mejor intención de hacerle bien, hay otro tipo de visitante que no es menos molesto; va a visitar al enfermo y tiene la poca prudencia de reprocharle la causa de su enfermedad, o pretende meterse en la vida del enfermo para dar a cada uno su consejo.

Si, por ejemplo, un pobre enfermo se ha constipado porque el cambio de temperatura lo ha tomado desprevenido; o si le duele el estómago porque una comida le hizo mal, o cosas por el estilo, los visitantes o familiares se creen con derecho a hacerle reproches y echarle en cara que, si está enfermo, la culpa es de él.

Aunque esa afirmación sea verdadera no se debe hacer al enfermo; porque no hay derecho de molestarlo en su enfermedad en el momento que más necesita de calma y de tranquilidad.

Y sucede que muchas veces el pobre enfermo ha contraído el mal por cumplir con su deber; y entonces la cosa es más grave y más molesta.

El reprender a una persona porque se haya constipadc al pasar la noche junto a un enfermo necesitado, es de veras una actitud tan poco noble como importuna.

Hay otros, en cambio, que tienen el prurito de dar consejos cuando nadie se los pide, y sin que tengan suficiente conocimiento de causa para darlos.

Te voy a contar lo que me sucedió a mí una vez que estuve unos días indispuesto como está cualquier persona por mucho que se cuide y por sano que se sienta.

Hallándome, pues, indispuesto fuí muy visitado por muchos buenos amigos a quienes mucho quiero y de quienes he recibido muchos consejos, de los cuales entresaco estos cuatro que te van a hacer reír de veras.

Uno me decía : Vd., Padre, tiene que cuidarse porque está demasiado grueso; el estar demasiado grueso no le hace bien.

Otro consejo : Vd., Padre, tiene que cuidarse porque hace un tiempito que he observado que está más flaco; tiene que comer más porque si sigue así se volverá tísico.

Otro consejo : Vd., Padre, tiene que cuidarse y trabajar menos. Se mueve mucho, está en todas partes; eso le impide hacer bien las digestiones y lo agita demasiado.

Cuarto y último consejo : Vd., Padre, tiene que cuidarse mucho; Vd. trabaja mucho con la cabeza, y para el que estudia, le hace falta un poco de movimiento, porque la vida sedentaria entorpece la digestión; muévase un poco más y verá como se va a sentir mejor.

Como el cuento del burro que padre e hijo llevaban a vender al mercado.

—Qué tontos son, decían unos, que nadie monta en el burro.

Y habiendo montado el hijo decían los viejos.

—Qué vergüenza que vayan el padre a pie y el hijo cabalgando.

Y habiendo éste cedido un puesto a aquél, decían las madres:

—Qué vergüenza montar un pollino tan flaco.

Y habiendo padre e hijo desmontado del burro cargaron con él; pero siendo muy pesado se les cayó al río mientras cruzaban el puente.

Lo que me hubiera pasado a mí, si hubiera seguido los importunos consejos de algunos de mis visitantes.

Tú me preguntas: ¿Y qué he de hacer en esos casos?

Si no fuera petulancia el ponerse uno de ejemplo te diría lo que hice yo.

Sonreír, hacer oído de mercader, y comentar risueñamente la psicología del mundo, como estoy haciendo contigo.

Toma consejo de persona entendida y recta sobre lo que debes evitar o hacer; encomiéndate a Dios; y así, con paciencia y prudencia, neutraliza la majadería de los visitantes importunos.

Cumpleaños.

Pudiera ser, hijo mío, que, estando enfermo, festejaras tu cumpleaños.

No te entristezcas porque lo cumples así.

Escúchame, que te voy a decir algo que te hará bien.

Es el obsequio que te voy a hacer en esta circunstancia.

Si observas las olas de la playa, verás que cuando llegan vienen coronadas de espumas, orgullosas, inquietas, casi diría coquetas de su hermosura; cuando se retiran de la playa, se van en silencio, sin su penacho blanco, como en derrota.

Todos los años que pasan por nuestra vida son así.

Cuando vienen llegan alegres como niños alborozados; cuando se van regresan tristes como viejos decrépitos y enfermos.

Tú, mi querido enfermo, debes mirar así las cosas.

El año que has terminado te ha dejado en el lecho; no importa.

El año nuevo que cumples, con el favor de Dios, será más pródigo.

Y ojalá te traiga un mejoramiento; y también la salud completa si es el caso.

Pero lo que te trae sin duda es el tesoro del tiempo, esa condición necesaria para hacer méritos para el cielo. Sano o enfermo debes aprovechar el tiempo que te trae el año que se te da de vida. Si sanas podrás hacer muchas buenas obras; si continúas enfermo, podrás sufrir con paciencia y resignación; y en cualquiera de los dos casos te encontrarás siempre en condiciones de merecer para la eternidad.

Son mis ardientes deseos, mi querido enfermo, que este nuevo año que inicias en tu vida, te sea pródigo en bienestar para el cuerpo y en provecho para tu espíritu.

Llena tu corazón de santas esperanzas; deja que en él penetre el júbilo de que es portador un año más.

Cúmplelo con alegría y con optimismo.

Ya sabes que son estas las mejores disposiciones para sanar o, por lo menos, para estar mejor.

Sobre todo, debes sobrenaturalizar tu dolor, aceptándolo como un mensajero divino, recibiéndolo con resignación y sufriéndolo con uniformidad a la voluntad de Dios.

Entonces este cumpleaños marcará una etapa de renovadas conquistas espirituales.

Tu espíritu se templará y se perfeccionará; tendrás en el corazón paz y alegría; la vida con todos sus sinsabores se te hará más aceptable y llevadera; y, sobre todo, tu alma se hará más digna de Dios.

Te voy a hablar de un aspecto sumamente simpáticc de la enfermedad.

No te enfades porque te hable de simpatías de la enfermedad. Ella resulta antipática en su misma naturaleza, máxime cuando se vuelve "nuestra enfermedad".

Tan antipática es, que nuestro ser todo entero la repudia, la huye y la combate.

Sin embargo, mi querido enfermo, tú sabes que fuera del pecado, no hay en el mundo entidad alguna, por mala que nos parezca, que no tenga algo de bueno; como ninguna cosa es tan buena que no tenga algún defecto.

Pues bien, yo quiero hacerte notar lo bueno que tiene tu enfermedad; más aún voy a mostrarte algo que te parecerá paradógico; que ese aspecto bueno será tanto mejor cuanto más mala sea tu dolencia.

Escúchame.

Tú sabes, hijo mío, que en nuestra Santa Religión hay una fuerza de eficacia soberana, que es la fuerza del dolor.

Para convencerte basta que mires a Cristo en la Cruz. El ha obrado en ese patíbulo de ignominia la obra más grande y más bella que haya visto la tierra : la redención de los hombres.

Y esa obra redentora ha germinado, como la semilla en la tierra, en el dolor.

Y no creas que sólo el dolor de Cristo, —el Dios humanado,— es fecundo. También nuestro dolor, unido al suyo, participa de su divina fecundidad.

Y es precisamente esa fecundidad el aspecto bueno y simpático de tu dolencia.

Muchas enfermos creen que porque están postrados nada pueden hacer; no es verdad; pueden hacer mucho; quizá pueden hacer más en pro de sus semejantes que si estuvieran sanos.

Un día visitaba a una enferma y viéndola tan resignada y contenta en sus angustiosos dolores, quise penetrar en su espíritu y le pregunté por qué estaba contenta.

—Padre, —me dijo,— estoy contenta porque ofrezco mis dolores por los necesitados. Habrá en estos momentos algunos que necesitarán una especial protección de Dios. Serán quizá algunos náufragos en el océano, algunos obreros en sus peligrosos trabajos, algunas viudas en sus tambaleantes intereses, algunos jóvenes en los peligros de la vida, algunos niños huérfanos en proximidad de perderse, y muchos otros más que yo ni me imagino siquiera. Pues bien, yo ofrezco mis dolores a Dios; yo pido por ellos con la voz de mi amargura y me siento feliz porque tengo seguridad de que Dios acepta mi dolorosa plegaria y que hago algún bien a mis hermanos.

¡Qué nobleza de alma, enfermo mío! ¡Qué grandeza de corazón! ¡Qué generosidad de espíritu que emociona hasta las lágrimas!

Pues bien, esa misma generosidad, noble y grande está al alcance de tus manos; puedes llegar a ella fácilmente; basta un acto de tu voluntad, basta un gesto.

El dolor lo tienes ya; la enfermedad te lo proporciona en abundancia.

Es tan tuyo el dolor que, aunque quieras, no puedes desvincularte de él; acéptalo, pues, y ofrécelo a Dios con cariño y con generosidad.

Y en cambio de perderte en estériles lamentaciones y perniciosas impaciencias, que a nada te llevarán sino a hacerte más pesada la enfermedad, aprende a resignarte y hacer de tus dolencias un instrumento de bien.

Será por cierto un gesto tan escondido que ni tú mismo, en esta vida, sabrás hasta donde llegas con él.

Eso no importa; no debemos hacer el bien para pregonarlo, ni siquiera para complacernos en él; ya sabes que la verdadera caridad que nos ha predicado Jesús nos exige que nuestra mano izquierda no sepa lo que hace nuestra derecha.

Pero el ejercicio de esa caridad te llenará de interno gozo, y Dios, que todo lo ve desde el cielo, sonreirá sobre tu alma; y esa sonrisa bajará desde lo alto en forma de bendición que quizá no la esperas ni la sueñas.

El día que vuelvas de nuevo a la vida, sano y alegre, no llevarás contigo un espíritu cargado de amargura y de pecados; sino que volverás con las manos llenas de obras fecundas de bien, que te habrán mejorado en el alma y te habrán hecho digno de las eternas recompensas de Dios.

Déjame que insista en la fecundidad de tu dolor. Se trata de una actividad que debes desarrollar en la aparente pasividad que caracteriza tu estado.

Me refiero al apostolado.

Cada enfermo debe ser un apóstol.

La idea no es nueva; es quizá poco conocida.

A primera vista parecería existir entre estos dos conceptos: enfermo y apóstol, una evidente estridencia.

A la idea de enfermo unimos las de postración, quietud, inercia.

A la de apóstol las de actividad, movimiento, entusiasmo.

Sin embargo, no hay estridencia ni incompatibilidad; al contrario, hay armonía y cohesión.

Para darnos cuenta de ello hemos de recordar, mi querido enfermo, que en el orden sobrenatural hay un arma poderosa, fecunda, invencible: el dolor; verdadero apóstol del que sufre, —como ya te lo he demostrado— es también unción consagratoria del paciente como apóstol de los demás.

No me voy a elevar a razonamientos difíciles; no quiero cansarte.

Pero en el tono sencillo y afectuoso en que te hablo, he de decirte que el dolor cristiano es fecundo en bienes espirituales y en gracias celestiales.

Te he dicho ya que Cristo ofreció al Padre sus dolores en redención de los hombres; en la Cruz fué redimida la humanidad.

Tú puedes extender la obra redentora de Cristo ofreciendo también tus dolores a Dios nuestro Señor en redención de tus hermanos.

Para que Dios ilumine sus inteligencias si no conocen la verdad, y aliente su voluntad titubeante para decidirse a hacer el bien.

Así como se puede mucho con la oración, mucho también se puede con el dolor.

Si tú, enfermo mío, ofreces tus dolores por los que amas, por los vivos y por los muertos, eres un gran apóstol.

Santa Teresa, postrada en cama, convirtió, ella sola, con sus dolores, muchos más infieles que muchos misioneros que se empleaban en trabajar por el reinado de Cristo.

Y mira qué aliciente grande tienes en este pensamiento para sufrir con resignación y con paciencia, y hasta con alegría.

Tú amarás, sin duda, a alguien a quien quieres proteger y ayudar en todo sentido, especialmente en el espiritual.

Pues bien, en tus dolores tienes el medio más valioso para mover a Dios en su ayuda.

¡Qué consoladora es esta Comunión de los Santos que nos vincula en la sublime unidad del cuerpo místico de Cristo!

Sufre, pues, por los que amas. Te parecerás así a Cristo paciente que sufrió por los que amó; serás así un apóstol eficaz entre tus amigos, y encontrarás en el dolor la divina dulzura y la escondida alegría que sólo encuentran los que sufren por amor.

Te quiero hablar de un argumento especial para cuando entres en el período de la convalecencia, si es que ya no estás en él.

Cuando el enfermo ha llegado a la convalecencia parece que le entran en los nervios unas ansias enormes de querer abandonar prematuramente los cuidados y el régimen impuesto por los facultativos.

Quiere levantarse antes de la hora, quiere salir a paseo, quiere comer de todo, y quiere terminar con los medicamentos.

Y no es raro el caso en que el enfermo vuelva a recaer en su enfermedad y a encontrarse de nuevo postrado, con más desventaja que antes.

Y algunos, habiendo superado la enfermedad, no superan la recaída.

Es el haber sorteado los peligros en alta mar, para luego ahogarse en el puerto.

Tú, mi querido enfermo, si deseas de veras la salud, debes cuidarte mucho durante la convalecencia. y no caer en esos inconsiderados apuros que tanto mal te pueden hacer, al menos, prolongando, por un nuevo período de tiempo, tu enfermedad.

Mi querido enfermo, no hay que ser impaciente; a todo le llega su día y su hora.

Es menester dar a cada cosa su tiempo, y adaptarse a las circunstancias.

No necesito hablarte mucho, para convencerte de esta verdad.

Ya la comprenderás por poco que medites en ella.

Lo más difícil es sujetar tus impaciencias que, a

veces, te ciegan y te impulsan a hacer cosas desordenadas.

¿Y qué he de decirte para obtener esto?

Mira, mi querido enfermo, un medio muy eficaz es no pensar demasiado en los beneficios de la salud que te espera, y recordar con frecuencia las molestias pasadas en la enfermedad.

Un prudente temor sazonará entonces las esperanzas y ese temor prudente te ayudará sin duda a contenerte.

Por otra parte, si tienes fe, como creo, te será muy difícil pensar en que debes conformarte a la voluntad de Dios y esperar pacientemente sus designios.

Si durante la enfermedad no tenías fuerzas suficientes para ofrecer a Dios tus sacrificios y mortificarte con paciencia, ahora esas fuerzas las tienes; debes, pues, emplearlas en provecho de tu cuerpo y de tu alma.

Esa mortificación templará tu virtud y al mismo tiempo te asegurará una feliz convalecencia.

Queda, pues, sujeto a tus enfermeros y familiares; no lleves tu inconsideración a burlar la solícita vigilancia con que te atienden.

Mira, hijo mío, que la salud es un imponderable tesoro, que nunca se aprecia más que cuando se ha perdido.

Y ese tesoro se pierde con facilidad, aunque no tan fácilmente se recupera.

No conviene pues, que te expongas a perderlo ahora que lo estás recuperando.

Sé prudente, por amor a tu salud; sobre todo sé prudente por amor a Dios; esto es lo que debes hacer, porque esto es lo que realmente te conviene.

Un pedido que debes hacer tu.

En alguna de las conversaciones que tengo contigo a lo largo de estas páginas te exhorto a recibir los Santos Sacramentos.

Hoy quiero poner el acento en este pedido, refiriéndome al Sacramento de la Extrema Unción.

Querido enfermo, no te asustes; porque mi intención es sólo proporcionarte todos los auxilios espirituales que pueden contribuir a tu mejoramiento.

Escúchame bien.

Cuando algún enfermo se siente mal, no suele ser común la solicitud de pedir un Sacerdote; porque parece que su presencia es algo así como tomar pasaporte para la eternidad.

Y por eso no se quiere recibir los Sacramentos, y mucho menos se quiere sentir hablar de Extrema Unción, porque esto para muchos huele a cementerio.

Hijo mío, si tú te sientes mal, por supuesto, quieres curar; para curar buscas remedio y medicinas. Es natural.

Pues bien, si tienes a mano un Catecismo, ábrelo y busca esa palabra terrorífica: Extrema Unción.

Mira lo que nos enseña la fe sobre este punto.

Encontrarás una cosa que quizá nunca te interesó, y es la siguiente; que ese Sacramento tiene como efecto secundario la salud del cuerpo, si así lo dispone Dios nuestro Señor.

Si ponderas bien el alcance de estas palabras te percatarás de que entre los remedios a que puedes apelar para conseguir la salud del cuerpo el más eficaz —porque es divino,— es precisamente el recibir los Sacramentos, que si se te dan para bien de tu alma, se te dan también para mejoramiento de la salud de tu cuerpo, como quiera que tienen ellos una eficacia divina en ese sentido.

Si tú tienes miedo de morirte, ese mismo miedo debe hacerte solícito para recibir los Sacramentos, puesto que en ellos encontrarás una esperanza más de salud y bienestar.

Esto, enfermo mío, te habla de la inmensa bondad de Dios que, como Padre amorosísimo del cuerpo y del alma, no descuida ni el uno ni la otra; y nos da también, en el orden sobrenatural, un remedio para curar nuestras dolencias corporales; no solamente en un medio indirecto, como es la medicina, sino directamente, mediante la divina eficacia del Sacramento.

Así, hijo mío, debes encarar el problema de tu alma y de tu cuerpo, en la hora en que la enfermedad despierta serios temores en tu espíritu.

Y todo lo que te digo a ti, entiendo mucho más decírselo a tus familiares; que si de veras quieren tu salud, no deben descuidar el medio más eficaz para procurártela, que es precisamente el acercarte a los Sacramentos.

Si así hacen, tú y ellos, experimentarán la verdad de cuanto te he dicho; como lo han experimentado y siguen experimentando tantos enfermos a los cuales yo mismo les he administrado los Sacramentos y gozan hoy de perfecta salud.

Que si la voluntad de Dios fuera de que no curaras, más necesitas de la Extrema Unción para asegurar la salvación de tu alma, que vale mucho más que la salud de tu cuerpo.

Por eso, enfermo mío, te voy a dar un buen consejo, el mejor quizá de cuantos te he dado en este libro.

El consejo de amigo y de Padre.

Cuando te sientas mal, cuando veas que tus familiares están preocupados, cuando los médicos te visiten con mucha frecuencia y hagan consultas entre sí, no esperes que otro te ofrezca la Extrema Unción; pídela tú mismo. Rompe con esa tonta superstición de que eso es señal de muerte; dale a tu cuerpo el mejor remedio para curarte y dale a tu alma el auxilio oportuno para salvarla. Y luego ponte en las manos de Dios: deja que El obre. Lo que suceda será siempre lo mejor para ti.

Tú me has hecho sentir en el curso de estas conversaciones tu pena por no asistir a las funciones religiosas, y esta pena, como es natural, se te hace más aguda en ciertos días señalados en que tú oyes las campanas jubilosas echadas a vuelo y que vienen a llenar de nostalgia el silencio de tu habitación. Para hacerte menos penosa esa privación yo te voy a decir algo que se relaciona con esas solemnidades y con tu estado, a fin de que, de esta forma, participes en algo de aquello, cuya privación te entristece.

Ahora te voy a entregar un puñadito de ideas que me sugiere la fiesta de la santa Navidad del Señor.

Cuando consideramos las miserias de esta vida nos sentimos como agobiados por un gran peso. Y cuando esas mismas miserias se nos clavan en las carnes y nos hacen sentir el dolor en toda su profunda realidad, entonces nos encontramos como heridos, y nuestra vida se hace más amarga que la muerte.

En esas horas de enfermedad, es precisamente cuando más nos embargan estos sentimientos; se posesiona de nosotros un tal decaimiento que, a veces, es peor que la misma enfermedad.

Sería una tabla de salvación, en ese estado, el reflexionar sobre la doctrina cristiana del dolor y aplicar las conclusiones a nuestro estado. Pero no siempre son esos los momentos más propicios para filo-

sofar. Ni la mente está serena, ni la razón está ágil, ni el corazón está quieto para eso.

Hay que recurrir entonces a otro expediente más a la mano y, si quieres, más eficaz.

Y ese expediente sólo puede darlo la fe.

¿Sabes cuál es?

El ejemplo del mismo Dios.

Ya te he dicho algo de esto; permíteme que insista recordándote la Navidad de Jesús.

Todo el mundo se conmueve por este acontecimiento. Hasta los mismos que no tienen fe se sienten emocionados y para ellos, como para los demás, el día de Navidad es un día señaladísimo del año.

Ese día se vive distinto de los demás.

El mundo siente, aunque no quiera, que la venida de Cristo a la tierra señala para la humanidad la hora de su Redención. Pero para ti, querido enfermo mío, para ti ha traído Jesús algo más de lo que ha traído para los que no sufren.

Te ha traído, para tu aliento, el ejemplo de un Dios que sufre por amor.

Porque Jesús, al venir al mundo, no ha habitado en palacio, no ha querido rodearse de comodidades, no ha buscado ni el brillo de la nobleza, ni el poder de la fuerza.

Ha venido a la tierra, en el dolor del desamparo, en la indigencia de la pobreza, en la oscuridad de un hogar pobre, es decir, ha querido someterse a todas las miserias de esta vida; desde su cuna se ha hermanado con el dolor; y desde esa primera cátedra te ha enseñado a sufrir.

Pero fíjate bien que no ha querido Jesús sufrir como sometiéndose a una ley inexorable y fatal.

Ha querido sufrir libremente; sobre todo ha querido sufrir por amor, y por amor a nosotros los humanos, cargando con todas nuestras miserias morales, para expiarlas amorosamente sometiéndose a la dura ley del dolor.

Jesús ha venido, pues, a sufrir; a sufrir porque nos ama.

Míralo tú, enfermo mío, y piensa que si El, inocente, quiere sufrir por ti, culpable y pecador, tú no debes rehusar el dolor; antes bien, debes sufrir para cooperar a restablecer tu equilibrio moral; para regenerarte, para purificarte, para perfeccionarte.

Hijo mío muy querido, si tú te acostumbraras a mirar a Jesús, encontrarías en esa mirada un caudal de bienes y de consuelo.

Míralo, aunque sea sin decirle una palabra, míralo recostado entre pajas en la humilde soledad del pesebre; míralo en los brazos de la humilde aldeana de Nazaret y del obrero de manos encallecidas por el trabajo.

Verás como te encontrarás más fuerte, y como, sin tanta filosofía, aprenderás más con la mirada que con el razonamiento lo que más te conviene saber; es decir, a sufrir con resignación, con paciencia y con amor por Aquel que ha sabido sufrir de la misma manera por ti.

Una de las solemnidades más grandes de la Iglesia es la Semana Santa.

Y realmente debe llamarse así: Santa. Porque en ella se conmemoran los augustos misterios de la Redención, la Inmolación del Santo por excelencia para santificar a los hombres. El alma cristiana se siente profundamente emocionada frente a esos divinos misterios.

No es posible pasar indiferentes frente al Calvario, ni dejar de sentir el corazón oprimido ante la vista de un Dios que muere en la Cruz para salvar a los hombres.

Pero no es precisamente ese aspecto el que yo quiero proponer a tu consideración, mi querido enfermo.

Yo quiero que medites por un momento en la lección que nos da Jesús desde la Cruz, particularmente a ti que estás enfermo.

La cruz fué para Cristo el lecho de su agonía y de su muerte; era, por cierto, más incómoda que tu cama; ningún enfermo, por inmóvil que esté en su postración, estará en su lecho tan inmóvil como Jesús clavado en su Cruz.

Cristo, además, era inocente; más aún, estaba libre de la ley de la muerte; y sin embargo acepta la muerte y el dolor; no como nosotros pobres y miserables pecadores que hemos quizá perdido nuestra inocencia y que estamos —quiérase o no,— sujetos a la terrible ley del dolor y de la muerte.

Y mira cómo sufre y cómo muere Cristo. No en-

contrarás en sus labios resecos ni un suspiro de queja, ni descubrirás en El un gesto de impaciencia, ni una actitud rebelde; sólo encontrarás ejemplos de paciencia, palabras de resignación y actitud de amorosa sumisión a los designios de Dios.

Yo quisiera, enfermo mío, que tú comprendieras la actitud de Cristo y el ejemplo que te da de cómo debes sufrir.

Porque no todos llegan a comprender la sublimidad de su lección.

Junto a la Cruz de Cristo —lecho de su dolor y de su muerte,— había dos cruces, — lechos también de muerte y de dolor.

En cada una un ajusticiado. El de la derecha mira a Cristo paciente, considera su inocencia y comprende la sublimidad de su lección.

Lo venera, lo adora, lo reconoce por Dios, e implora, con el perdón de sus pecados, el consuelo de su gracia y de su premio.

Y a él Cristo le da todo cuanto pide.

El de la izquierda, en cambio, no ve nada; no quiere ver nada; se desespera, blasfema, se retuerce; ni reza, ni pide y agoniza sin consuelo y muere sin esperanza.

Hijo mío, enfermo muy querido, sé tú como el crucificado de la derecha; mira a Cristo crucificado; considera su pasión y su inocencia; siéntete hermano de El en el dolor; llora y pide, de cruz a cruz, como el buen ladrón.

Eso está esperando Jesús, para darte el perdón de tus faltas, el consuelo de tus penas, y la esperanza de una vida mejor.

Pascua

En tiempo de Pascua, cuando las campanas suenan jubilosas recordando el triunfo de Cristo sobre el pecado y sobre la muerte, la Iglesia nos manda hacer la Comunión Pascual.

Si tú no estás habituado a comulgar, te pido que no te asustes por lo que te voy a decir.

Escúchame con calma.

Tú sabes que la paz del espíritu es un tesoro invalorable y una condición de higiene moral —vamos a decir así— que contribuye enormemente al bienestar temporal.

Pues bien, hay muchos enfermos que carecen de este tesoro.

Ya sea porque algún desliz de la vida pasada los amarga, ya sea porque el pensamiento del más

allá que se aviva durante los largos días de enfermedad, los preocupa, lo cierto es que muchos enfermos no gozan de paz interior.

Necesitarían la palabra reconfortante que les asegurara el perdón de las faltas pasadas, y la esperanza en las terribles dudas que parecen guardar las puertas de la eternidad.

Para los que poseemos el tesoro imponderable de la fe, esa palabra y esa esperanza están al alcance de nuestra mano.

Todo lo encontraremos en los Santos Sacramentos.

Una reconciliación con Dios mediante el Sacramento de la confesión; y el recibir en la Santa Comunión a Aquel que dijo: —El que come de este pan vivirá eternamente y yo le resucitaré en el último día (30), dan al alma una paz, un descanso, un dulcísimo reposo que hace brillar en la pupila un destello de alegría, y hace florecer en los labios la bendición de una sonrisa.

Pero a pesar de esto hay muchos enfermos que no atinan a recurrir al saludable efecto de los Sacramentos, o que, deseándolos, no se animan a pedirlos, o porque no tienen la costumbre de hacerlo, o simplemente por respeto humano.

Si tú, querido enfermo mío, eres uno de estos, yo te aconsejo que no dejes de recibir los Sacramentos por cualquier motivo que te tuviese alejado de ellos.

---

(30) San Juan, VI, 52 y 55.

Si no tienes costumbre de hacerte llevar la Comunión a tu casa, poco basta para desvincularte de ese prejuicio.

Llama a la Parroquia, a la Iglesia cercana, o al Sacerdote que más te plazca, y, sin ninguna incomodidad de parte tuya, podrás recibir la Santa Comunion.

Si en cambio no lo haces por respeto humano, mira que caes en la más grande tontería. Privarte de un gran consuelo, privarte del tesoro de tu paz interior para que algún desocupado que gusta meterse en asuntos ajenos no diga nada ni comente tu proceder, es, sin duda, la mayor de las tonterías y la claudicación de la libertad y de la independencia de tus actos.

No se te importe, pues, del que dirán.

Rompe con la ignominiosa cadena del respeto humano.

Confiésate y comulga, y desde la íntima morada de tu paz interior, despreocúpate del que no está de acuerdo con tu actitud; que vale más la paz de tu espíritu que las inconsideradas críticas de los que no tienen ni amplitud de espíritu, ni comprensión y respeto por las ideas ajenas que es lo menos que podemos pedir a quien tenga una mediana educación.

Hazlo así, hijo mío, y yo te aseguro que sentirás resonar en tu corazón con más júbilo las alegres campanas de Pascua.

Te voy a hablar del consuelo que experimenta el creyente cuando piensa en el cielo que le espera y que Dios prometió, como premio, a las almas buenas.

Me sugiere esta consideración el misterio de la Ascensión del Señor a los cielos como epílogo de su pasión y muerte.

Mira, enfermo mío querido, si nosotros no tuviéramos en esta vida más esperanzas de las que nos brindan las cosas terrenales, ciertamente que no podríamos, en ninguna manera, ser felices, o si acaso lo fuéramos sería por poco tiempo.

Busca en ti mismo, querido enfermo, la razón de lo que te digo.

Pon el ejemplo de tu salud.

Si tú has esperado algo de ella, ya ha defraudado, en parte o en todo, tus esperanzas.

Me decía no ha mucho un pobre enfermo: —Yo había comprado una casita para pagar a plazos. Mi sueño ha sido siempre la propiedad de mi hogar; había podido financiar las cosas de tal suerte que creía ya apagado mi deseo. Confiando en mi trabajo podía pagar puntualmente las mensualidades; esperé que la salud me asistiría para poder trabajar; pero desgraciadamente no fué así. Enfermé, y con la salud perdida perdí el trabajo. Y con el trabajo perdí la casita; y aquí me tiene Vd. sin nada.

Como estos hay muchos casos, por no decir todos; porque, más tarde o más temprano, todas las cosas humanas en las cuales hemos puesto nuestra esperanza, todas, nos dejarán solos.

Triste condición la del que no tiene otras espe-

ranzas. Si tú, enfermo mío, eres uno de esos, estoy seguro de que te encuentras hoy con esa desazón en el espíritu.

Pero si tú tienes fe, la cosa cambia de veras; la fe nos descubre otra esperanza de una felicidad futura, que es a la que aspira el corazón; porque es, completa, sin sombras y eterna.

Si en cambio tú no tienes fe, dirás que esa esperanza es una amable invención de la religión en la cual se refugia el espíritu humano cuando no sabe donde ampararse.

Pero no es así; porque la fe nuestra no es una afirmación sin fundamento. Porque si hay algo que haya sido estudiado, discutido y probado es precisamente la fe; y si algo tiene en su favor el testimonio desinteresado, generoso de todos los tiempos y de todas las clases sociales es precisamente la fe, en la cual se basa la esperanza de nuestra eterna felicidad. Y si otro argumento no tuviéramos, nos bastaría éste: que ella apaga las ansias del corazón, y que lo que es conforme a las exigencias naturales y legítimas del corazón, es natural, es verdadero, si es que no queremos caer en afirmar el absurdo de que todas las ansias y aspiraciones del espíritu van a terminar en una ficción y en un espejismo.

Mi querido enfermo, sin hacer tantos razonamientos abre tu corazón a la esperanza del cielo.

Tú la necesitas más que nadie.

Verás como te sentirás mejor.

Y la visión de Cristo, que después de haber pasado por el Calvario sube a los cielos para esperarnos allá, te dará ese consuelo inefable que sólo conocemos los que tenemos fe.

Maria Santisíma.

Voy a sugerirte algunos pensamientos que puedes rumiar en las fiestas de María Santísima, la Virgen Madre de Jesús y nuestra, a quien entre otros títulos invocamos con el sugestivo de "Madre de los afligidos".

Para quien sufre, es un gran consuelo el encontrar quien le alivie las penas, al menos quien le comprenda.

Se ha dicho con sobrada razón que sufrir solos es duplicado sufrir. Por eso nuestro corazón anhelante busca en otro corazón, por lo menos, la compañía en el dolor.

De ahí, mi querido enfermo, que la piedad cristiana haya tendido sus manos ansiosas hacia María, Madre de Jesús y Madre nuestra, obedeciendo al impulso natural del corazón y de la iluminada intuición de la fe.

Porque María, después de Jesús, es, sin duda alguna, el más eficaz consuelo en el dolor.

El dolor quiere ser comprendido; nadie puede comprender el dolor si no lo ha sufrido. Y María fué la criatura más azotada por el dolor; su dolor fué algo más que un martirio; fué la expresión quintaesenciada del sufrimiento, que la coronó Reina de los Mártires.

No sufrió el desgarramiento de sus carnes virginales; sufrió, en cambio, el laceramiento moral del corazón al contemplar ante sus ojos a su Hijo divino sangrante, escarnecido, insultado y crucificado.

¿Quién mejor que Ella podrá comprender la agonía de los corazones que sufren?

¡Ah! Nadie podrá como María sentirse más cerca del que llora, ni sentir mejor esa hermandad divina del dolor.

Nuestro dolor necesita, además, alivio eficaz y el consuelo de la esperanza.

Y María es alivio y consuelo.

María es Madre nuestra; como tal lleva en su alma la divina solicitud de todas las madres, esa vara mágica que hace brotar el alivio, aún en la penosa aridez de los dolores, como la vara de Moisés hizo brotar aguas vivas y refrigerantes de los abrasadores roquedales del desierto.

Y, fíjate bien, enfermo mío, que María posee lo que no poseen las demás madres, que es un absoluto poder sobre el Corazón de Dios.

¿Sabes lo que quiero decirte con esto?

Escúchame.

Si tu madre, que es tan buena, con el deseo que tiene de aliviar tu sufrimiento conociera algún médico que poseyera el secreto de curarte o aliviarte, ¿crees que no se desvelaría para traerlo junto a tu lecho? Y si ese médico debiera atenciones a tu madre, ¿crees que se resistiría a su pedido?

No lo dudas, ¿verdad?

Pues bien, calcula cuál será la diligente solicitud de María en recurrir a Dios para obtener de El lo que tú necesitas, y cuál será la benevolencia con que Dios escuchará la mediación de María que tanto puede sobre su divino Corazón, porque es su Madre.

Mi querido enfermo, si tú tienes fe no estoy diciendo para ti cosas nuevas; tú las conoces ya porque las has experimentado. Tú sabes lo que vale el recurrir a María.

Pero si no tienes fe, mis palabras te sonarán a paradoja. Creerás que estoy diciendo cosas que son sueños y no viva realidad.

Pero no es así.

Tú mismo puedes probarlo.

Procúrate una imagen de la Santísima Virgen y mírala largamente.

Y con rectitud de corazón invócala diciendo: —Si tú eres, de verdad, el consuelo de los afligidos, mírame a mí que estoy gimiendo y llorando en este valle de lágrimas.

Y no lo dudes, enfermo mío.

Ella volverá hacia ti, esos sus ojos misericordiosos; esa mirada descenderá con tibieza de caricia en tu alma; y a través de esa caricia Ella te mostrará a Jesús, el fruto bendito de sus entrañas, que quizá tú no conoces, y en el cual encontrarás el refrigerio y la paz.

Salus informorum.

Hoy quiero recordarte otro título de María que se refiere a ti mi querido enfermo, y que la Santa Iglesia incluye en una de las invocaciones de las letanías lauretanas: Salus infirmorum: Salud de los enfermos.

¡Qué invocación más suave y consoladora!

Pero no creas que es un título que le damos solamente por cariño; no.

Expresa una realidad hermosa, puesto que, en verdad, María debe llamarse así.

En primer lugar porque es nuestra Madre.

Ya puedes comprender que si Ella es Madre, Madre de todos y, como todas las madres, más Madre de los hijos desamparados, afligidos y dolientes, será verdad que por ti, enfermo mío, tendrá una especial predilección.

Y fíjate lo que significa esto.

Cuando en tus horas de soledad y de angustia recurras al cielo implorando protección, no hay duda que tu plegaria será más confiada porque, si invocas a María, depositas tu oración en el corazón de una Madre.

Y tú sabes lo que es una Madre.

Si tienes la fortuna de tenerla viva, junto al lecho de tu dolor, ¡qué consuelo significa su presencia! ¿no es verdad?

Parece que la cura hecha por su mano tiene algo de milagroso, que su sonrisa es un bálsamo inefable, que sus palabras tiene algo así como un acento musical que llega hasta el alma acongojada.

Si en cambio la has perdido, es prácticamente en la hora del dolor cuando más la echas de menos; tu corazón la busca instintivamente, y en tus labios bro-

ta espontáneamente, como una flor nacida sola en el campo, su invocación.

¿No es así?

Pues bien, enfermo mío, María es de veras nuestra Madre. Y no creas que por el hecho de que tus ojos no la vean no está presente en tu dolor.

Desde el cielo te mira, te sonríe, te proteje. Basta recordar los innumerables milagros obtenidos por su intercesión; lo dice, —sobre todo,— esa dulce paz que penetra en el alma cuando la invocamos, cuando confiamos en Ella.

Entonces desaparecen las sombras y sufrimos con serenidad.

¡Y qué dulce es recostar sobre las almohadas la cabeza cansada llevando en el alma una suave sensación de confianza y de paz!

Vuelvo a repetir que si tú que me estás leyendo no tienes fe, creerás que mis palabras son un poco platónicas, que hay en todo esto que te digo un poco de sugestión.

Pero, si tienes una fe viva y serena, comprenderás que mis palabras expresan una profunda verdad, una de esas verdades que más que con la inteligencia se comprenden con el corazón, porque es el corazón que las siente hondamente, y da, con el hecho, el mejor testimonio de lo que a veces la inteligencia no llega a saber traducir con toda la claridad que quisiera.

Por eso te pido encarecidamente que hagas la experiencia; y sin duda gustarás la dulcísima realidad de la invocación que cité al principio: Salus infirmorum, ora pro nobis; salud de los enfermos ruega por nosotros.

Inmaculada Concepción de María.

Voy a insistir en hablarte sobre la Santísima Virgen.

Para muchos de vosotros, estoy seguro, el nombre de María tendrá una especial sugestión, sobre todo invocado en su fiesta de la Inmaculada Concepción. No solamente porque es la fiesta clásica de María Santísima, sino porque, además, ese día te traerá a la memoria un recuerdo que quizá guardas con mucha emoción en el corazón: porque fué acaso el día de tu primera Comunión.

¡Qué día aquel, hijo mío muy amado!

¿Lo recuerdas?

Fué sin duda alguna un día lleno de luz, de inocencia y de candor.

Vestido con trajecito nuevo, con un gran lazo en el brazo, o con una túnica cándida como la nieve, te acercaste tembloroso al altar lleno de luces y de flores, desde donde la imagen de María te sonreía con amor.

Si haces un poquito de esfuerzo recordarás, sin duda, la dulce emoción de aquel momento. Y si quizá tu edad era demasiado temprana para que pudieras comprender toda la grandeza del acto, la inocencia suplía con creces la deficiencia del razonamiento.

Y lo has sentido bien presente a Jesús, el amigo de los niños, que bajaba a tu corazón con las manos llenas de sus dones.

Algunos años, muchos quizá, han pasado desde aquel día hasta hoy.

¡Y con los años, cuántas cosas han pasado también!

¿No es verdad, mi querido enfermo?

Probablemente han pasado tus padres que te acompañaron en aquel día; pasaron también muchos de los amigos de la infancia; y si te pones a pensar, se asomará a tu imaginación un desfile de personas, de cosas dulces y amargas, quizá más de amargas que de dulces, que se han sucedido en tu vida.

Desde tu lecho las contemplas como amables recuerdos depositados en el fondo del alma, como hojas secas que el viento ha arrancado de los árboles y las ha amontonado en una hondonada.

Mi querido enfermo, estoy seguro que me estás preguntando: —¿Por qué me habla de esas cosas?

Te hablo porque quiero traer a tu memoria ese día de tu primera Comunión; y quiero ponerlo frente a los otros días de tu vida, especialmente frente a los

días en que no has comulgado; y no quisiera que pudieras contar por años el alejamiento de la Comunión quiero, digo, poner ese día señalado frente a los otros, para que comprendas que es verdadera aquella expresión que se le atribuye a Napoleón: —El día de la primera Comunión fué el día más feliz de la vida.

Quiero recordarte esta verdad, para que comprendas que esa felicidad puedes renovarla con facilidad, porque todavía está en el Santo Tabernáculo y te espera, el mismo Jesús de tu primera Comunión, al que puedes recibir de nuevo. Y, si por desgracia ya no tuvieras la blanca vestidura de la inocencia, porque quedó quizá en girones entre las zarzas del camino, sin duda que tienes un título no menos eficaz para acercarte a Jesús, que es tu indigencia espiritual.

Y como es verdad que Jesús ama a los niños por su inocencia, no es menos verdad que ama a los que sufren por su dolor.

Vendrá entonces Jesús junto a tu lecho; vendrá en su hostia blanca; vendrá aurealado por la sonrisa de María, si es que para su día te decides a hacer la Santa Comunión.

Será ese día el más feliz de tu enfermedad, y verás cuánto consuelo se derramará sobre tu alma, cuánto bálsamo sobre tu dolor... porque todo eso es el fruto de la Santa Comunión.

San José, Patrono de la Buena Muerte.

La Santa Iglesia celebra la fiesta del glorioso Patriarca San José, Esposo castísimo de María, y especial abogado de los fieles en la hora de la muerte.

No te asustes, querido enfermo mío, porque te recuerde la hora de muerte. No quiero atemorizarte. Cuando se está sano, se suele hablar de la muerte con deseos platónicos y románticos; en llegando un peligro de muerte, entonces se comprende que hay mucha verdad en el popular adagio: que una cosa es hablar de la muerte y otra morir.

Yo, al hablarte de San José como patrono de la buena muerte, no lo hago precisamente para evocar el pensamiento de la muerte; al contrario, es para pensar en la vida.

¿Por qué?

Porque si es verdad que la muerte es el eco de la vida, una buena muerte corresponderá necesariamente a una buena vida; y por eso el Patrono de una buena muerte será, sin duda, el Patrono de una buena vida.

Es claro.

Y esa es precisamente la razón por la cual la Iglesia de Dios ha constituído también a San José modelo de la vida interior, de la vida del espíritu, de la vida perfecta en una palabra.

Y así, debes invocar a San José en este momento de dolor y de abatimiento para ti, porque es el momento propicio para intensificar la vida del espíritu, ya que —como te lo he dicho otras veces,— la enfermedad sufrida cristianamente nos hace espiritualmente mejores, ella es el crisol que purifica los valores morales y los despoja de la ganga que los afea y les quita brillo y esplendor.

Por otra parte, considera, enfermo mío, cuán grande es el poder del Patriarca San José.

Considera la vinculación que El tiene con Jesús, de quien es el Padre nutricio; y con María de quien es castísimo Esposo.

Jesús escuchará, sin duda, la oración de aquél que fué su refugio y su amparo en la vida terrena; de aquel bajo cuyo techo se cobijó, de cuyo pan comió, en cuyo pecho reposó la inocente cabecita. ¿Cómo podrá Jesús decir que no al que le acompañó en las ásperas jornadas del desierto, a aquél que creyéndolo perdido, le buscó con ansias y angustias indecibles, a aquél en cuya intimidad pasó largos años de su vida?

Y María, su Esposa castísima, ¿cómo no pondrá el inefable caudal de su intercesión en favor de un petitorio de José, el fidelísimo compañero de todas las horas?

Además, San José, desde el cielo, sabe valorar las penas y las angustias de los que vivimos en la tierra.

Porque su vida no fué regalada; fué, en cambio, vida de trabajo, de destierro, de amargura, de angustias, de pobreza y de humildad.

A El, pues, querido enfermo, debes recurrir con toda devoción y con toda confianza; para que El te enseñe el verdadero secreto de vivir, que es el de vivir para la eternidad, haciendo de todas las contingencias de la vida, otras tantas ocasiones para mejorarnos y para superarnos en el camino de la perfección.

Y con esto estará resuelto el problema de la muerte: será, cuando llegue, el epílogo de la vida terrena, para ser el prólogo de una vida mejor.

San José, Patrono de la Iglesia Universal.

Celebra la Santa Iglesia otra fiesta en honor de San José. El 19 de Marzo le honra como Esposo de María y Padre nutricio de Jesús. Pero el miércoles de la segunda semana de Pascua lo honra como Patrono de la Iglesia Universal. Esto me da la gratísima ocasión de volverte a hablar del Santo Patriarca Nazareno; lo hago, como te he dicho, con muchísimo gusto, dado que, como es natural, lo amo con todo corazón; y siempre es cosa grata hablar de las personas que amamos.

Te voy a explicar cómo este título de ser Patrono de la Iglesia Universal es, de veras, un motivo de gran consuelo para nosotros.

La Iglesia Católica es el cuerpo místico de Jesús, es decir, todos los cristianos formamos con Jesús una unidad que comparamos a un cuerpo en el cual encontramos partes distintas que integran, sin embargo, un solo sujeto.

La cabeza, que es la parte principal de este cuerpo, es, naturalmente, Cristo.

Este cuerpo místico, o sea la Iglesia, es algo así como la prolongación de la persona de Cristo a través del tiempo y del espacio.

Y ya comprendes que si el mismo Dios confió a San José el cuidado de Jesús durante su vida mortal, nada es más natural que lo cuide también en la vida que prolonga en la persona de todos los cristianos.

En otras palabras más sencillas: San José, como Patrono de la Iglesia Universal, tiene de nosotros igual cuidado que de Jesús.

Y ahí está nuestra gran esperanza y nuestro gran consuelo.

Si nosotros examinamos la actitud que ha tenido San José para con Jesús, su hijo de adopción, podemos hacernos una idea de lo que significa esta protección hacia nosotros.

Te dije que San José alimentó a Jesús; Jesús comía el pan que el Santo obrero ganaba con el sudor de su frente. José cobijó a Jesús bajo su techo; le defendió de las iras de Herodes; le buscó con ansiedad en el templo cuando creyó que lo había perdido; y, además, lo tuvo siempre junto a sí, brindándole los mejores afectos de su corazón.

En nuestras necesidades, en nuestras angustias, en los peligros de muerte, en nuestros problemas de la vida moral, en todas las circunstancias, podemos y debemos recurrir a El, recordando que para El somos como Jesús.

Y no en vano ponemos en El nuestra esperanza; todos los devotos de San José han sentido que es efectiva su protección.

Estoy seguro de que estás de acuerdo con mi afirmación, y no temo, por cierto, que haya un solo devoto verdadero de San José que pueda afirmar lo contrario.

¡Qué consuelo, enfermo mío, tener a nuestra disposición un favor tan grande, especialmente para ti que más necesitas de ayuda!

Recurre, pues, a El, mi querido enfermo, y El te hará sentir muy pronto toda la eficacia de su protección.

El Santo Angel de Guarda.

Te hablé varias veces, querido enfermo, de la necesidad que tenemos de buscar en los buenos libros un amigo y un compañero, con cuyo consejo y amable compañía podamos sufrir con paciencia y con mérito.

Hijo mío; yo quiero señalarte hoy otro amigo y compañero mejor, mucho mejor que los libros; un compañero que sabe más que los libros, que te comunica su sabiduría aunque tú no sepas leer, un consejero que lo tienes siempre contigo, de día y de noche, que te sigue como tu propia sombra y que te quiere de veras.

¿Sabes a quién me refiero?

Quizá lo hayas adivinado ya: al Ángel de la Guarda.

Quizá esto que te digo te toma de sorpresa porque es posible que tú piensas muy poco en el Angel de la Guarda. Y sin embargo es verdad, así nos lo enseña la sagrada Teología; que cada uno tenemos un Angel a quien Dios nuestro Señor nos ha encomendado.

Es sumamente consoladora esta verdad; ella a la vez que nos descubre un nuevo medio de salvación, nos muestra también un nuevo rasgo de la misericordia de Dios para con nosotros. Lo vas a comprender en seguida, apenas te explique bien de que se trata.

Imagínate un buen Padre; tú, por ejemplo, enfermo mío, si eres padre o madre de familia que tienes que mandar a un hijo tuyo, el más pequeño e inexperto, a cumplir con una misión cualquiera, en una tierra inhospitalaria y llena de peligros.

Lo natural es que, pudiendo, no lo mandes solo. ¿No es así?

Y si entre las personas que podrían acompañarle se encuentra un hermano mayor, prudente y conocedor de esa tierra poco hospitalaria, lo natural será también, que tú lo envíes como compañía de tu hijo menor.

¿No lo has hecho nunca? Pues bien; eso que es tan natural entre los hombres no tiene porqué no serlo con Dios.

Al crearnos, bien sabía Dios nuestro Señor que nos hacía de frágil barro; bien sabía que en esta vida de prueba habíamos de tener dificultades y tropiezos, especialmente en la presente condición después del pecado de origen. Somos, de veras, los hijos menores de Dios, puestos en dificultades y apremios; digo los hijos menores, porque aún cuando como hombres somos los reyes del mundo visible, sin embargo en el orden de los espíritus estamos en el último lugar, porque en esto nos aventajan los ángeles, que son espíritus puros sin mezcla de materia.

Verdaderos hermanos mayores nuestros, nada más natural es que hayan sido designados por el amoroso Padre Común que está en los cielos para nuestra tutela y ayuda.

A alguien se le ocurrió el peregrino pensamiento de que esto rebajaría la dignidad de los ángeles; bien comprendes, hijo mío, como te acabo de explicar, que esto no debe ni puede interpretarse así; no son nuestros sirvientes, son nuestros hermanos mayores que ponen a nuestra disposición su fuerza y su buena voluntad, su ciencia y sus dones para ayudarnos a conquistar el cielo.

Yo no sé, enfermo mío, si tú entre tus devociones has incluído ésta del Angel de la Guarda. Yo no sé si acostumbras a encomendarte a su patrocinio. Si no lo has hecho, hazlo cuanto antes; de lo contrario te privarás de una fuente inagotable de consuelos espirituales. Pero haz que tu devoción al Angel de la Guar-

da sea algo más que el recitar la oración que tienen todos los devocionarios; yo quisiera que tú tuvieras una mayor intimidad con El, que recordaras con frecuencia que está a tu lado como una sombra azul, como un girón de cielo.

Háblale con intimidad, con cariño, con confianza; es tu hermano cariñoso y fiel.

Cuéntale tus dolores, tus pensamientos, tus preocupaciones, tus peligros, tus temores y tus esperanzas.

El te hará sentir que no en vano está a tu lado. No lo dudes; la mejor manera de sentirlo junto a ti es invocarlo con frecuencia; yo que te hago esta exhortación lo digo por experiencia, y me hago un deber de gratitud hacia mi buen ángel de la guarda en confesar públicamente que, en toda mi vida, he sentido su influencia y su cariñosa protección; que todos los asuntos que le he encomendado han sentido la fuerza de su poder y de su bondad.

En mi despacho tengo una hermosa imagen suya para que su vista me recuerde siempre que está a mi lado; y a él me encomiendo en cada asunto que debo resolver.

No quiero con esto ponerme de ejemplo; quiero solamente decirte, con la autoridad que da la experiencia, que pongas su imagen junto a tu lecho; que seas devoto del Angel de la Guarda porque esto te será de consuelo y de ayuda, especialmente en esta hora de amargura de tu enfermedad.

Esperanza de la Gloria.

La santa Iglesia celebra la festividad de todos los santos.

Cada día del año recuerda alguno de ellos, y les honra con especiales cultos. Pero en un día determinado la Iglesia recuerda a todos en conjunto, elevando desde la tierra, —verdadero valle de lágrimas,— su oración de súplica y su himno de triunfo hacia el cielo, donde viven en la eterna felicidad los que en otros tiempos vistieron nuestras propias carnes y anduvieron por nuestros mismos caminos, en este mundo.

La Santa Madre Iglesia cumple con esta conmemoración, ante todo un acto de justicia, al honrar a los que se hicieron dignos de la gloria por sus virtudes.

Y cumple así mismo un acto de piedad maternal infundiendo en nuestros corazones cansados, un poderoso aliento de optimismo y dejando en el espíritu la tibia caricia de la esperanza.

Porque eso es para nosotros, los peregrinos de hoy, la festividad de todos los Santos: un aliento y una esperanza.

El viajero, en las rudas jornadas de su itinerario en que ve sucederse, sin solución de continuidad, las distintas etapas de su penoso camino, en ciertos momentos en que la fatiga lo abruma, se cree desfallecer y se sienta a la vera del camino.

Piensa, mi querido enfermo, en el viajero que atraviesa el desierto.

La interminable sabana de arena se extiende siempre monótona ante sus ojos; pasan los días y el horizonte no cambia, la arena ardiente llaga sus pies, y el aire abrasador ahoga sus pulmones.

Dicen los que han realizado viajes tan penosos que el desaliento se apodera del espíritu, con tal violencia, que se necesita mucha fuerza de voluntad para vencerlo.

Algún viajero hubo que se extravió en el desierto, y después de caminar, sin rumbo ni orientación, perdió la esperanza de salir de él. Y perdida la esperanza se abandonó a la muerte, pereciendo en medio de terribles agonías de cuerpo y de espíritu.

¡Con cuánta propiedad se ha comparado la vida humana a un desierto!

¡Soledad abrumadora, —¡y qué terrible es la soledad cuando se está solo entre tanta gente!—; caminos donde los pies se desgarran y ambientes donde el espíritu se ahoga!

Y para complemento, enfermedades que nos postran con sus angustias y dolores.

¿Qué sería del hombre, qué sería de ti, mi querido enfermo, especialmente si tu mal es largo o crónico, si no tuvieras una esperanza?

Nosotros necesitamos esa esperanza; no podemos vivir sin ella. Necesitamos una esperanza que sea más fuerte que el dolor y que la misma muerte. Y esa esperanza es la que brota de la fe.

¡Bienaventurados los que esperan!, se ha dicho con profunda verdad.

La gloria que Dios nos ha prometido forma el objeto de nuestras supremas esperanzas.

Sin esa esperanza en el corazón la vida no tiene objeto; el sufrimiento es una vana utopía.

Y esa esperanza se alienta poderosamente al contemplar el triunfo de nuestros hermanos, que sufrieron como nosotros o más que nosotros; que supieron perfeccionar su virtud en el dolor con la poderosa fuerza de la esperanza cristiana.

Ese recuerdo debe darnos nuevos alientos.

¡Arriba los corazones! canta la Iglesia.

Levanta tú, enfermo mío, tu corazón hasta el cielo; llena tú ánfora de aquella visión que te descubre la fe y bajarás de nuevo al desierto de la vida embalsamado de esperanza, con el caudal de aguas vivas, más fuerte para la lucha y para el triunfo.

Día de los fieles difuntos.

Durante el año la Iglesia consagra especialmente un día a la conmemoración de los fieles difuntos. Yo quiero dirigir tu pensamiento a ellos, no para entristecerte sino para cumplir con un deber y para sacar algún provecho del recuerdo de nuestros muertos.

Cada uno de nosotros, mi querido enfermo, tiene alguien en la eternidad que polariza nuestro recuerdo y nuestro afecto.

Y nosotros lo recordamos con amor enternecido, y en eso demostramos tener un buen corazón.

Pero, como cristianos, ese sentimiento no debe ser pura hojarasca, que se desvanece en una lágrima que se evapora.

Ante todo debemos rogar por los difuntos; y tú querido enfermo, que quizá puedes rezar poco, puedes ofrecer tus sufrimientos y tus molestias que, padecidas con paciencia y con resignación a la voluntad santísima de Dios, tienen un valor imponderable como quiera que son expresión viva de nuestra buena voluntad.

Pero, además, el recuerdo de nuestros muertos tiene que encender en nuestro espíritu el deseo de la Patria del cielo.

Recordando a aquellos que nos han precedido por el camino de la vida, comprendemos mejor que esta tierra no es el lugar de la completa felicidad, que es, como la llama la Santa Iglesia, un valle de lágrimas, donde tenemos que prepararnos para una vida mejor.

Mira entonces, mi querido enfermo, cómo se hacen más llevaderas las penas, y cómo adquieren un gran valor los dolores y la enfermedad.

Todo eso se llega a hacer hasta amable, cuando sabemos que eso nos prepara el camino del cielo, donde nos encontraremos con nuestros queridos parientes y amigos.

Para los que no tienen fe, la muerte arranca toda esperanza y llena el alma de desesperación.

Pero para nosotros la muerte es nada más que una separación temporánea.

La fe enciende en el alma la luz de la esperanza cuando la muerte apaga la de la vida.

Y animado con esta esperanza, sufre, querido enfermo mío, con paciencia y resignación; todo será poco para alcanzar el cielo y para poder ver a los que amamos, y abrazarnos con ellos, y no separarnos de ellos jamás.

Año Nuevo.

Los años se suceden sin cesar; uno se va y otro viene, y cuando nos encontramos en el umbral de un año que se inicia nos sentimos como inundados de un alegre sentimiento que nos conmueve y que marca un compás de descanso en el ritmo monótono de la vida cotidiana.

Si tuviera que definir ese sentimiento lo llamaría esperanza.

Es eso lo que experimentamos ante las cosas nuevas e ignotas. Pero ese sentimiento se acentúa en el espíritu agobiado por el dolor.

Especialmente para ti, mi querido enfermo, que, recordando tus dolores miras el año que acaba de hundirse en el pasado como un mensajero fatídico que te ha traído penas, dolores, lágrimas y angustias.

Cuando amaneció el año nuevo respirastes hondamente; lo has mirado, representado por la fantasía en un tierno niño con alas, recién bajado del cielo; lo has mirado digo, con una sonrisa y con la esperanza de que sería mejor que el pasado.

Le has dado la bienvenida y has esperado en él.

¿Hiciste bien o mal?

Sin duda has hecho bien.

Porque la esperanza en el enfermo es tan necesaria como las medicinas, o más.

La esperanza —ya te he dicho muchas veces— sostiene las fuerzas del espíritu, y ya sabemos lo que puede un espíritu fuerte ante el poder deletéreo de la enfermedad corporal.

Por otra parte, esa esperanza no es ni una ilusión ni un expediente sin fundamento.

Debemos seriamente esperar.

¿Y porqué?

En primer lugar porque es cierto el adagio que dice : —No hay mal que dure cien años.

Es verdad que, en definitiva, todo se termina con la muerte; pero es también verdad que muchas cosas se terminan con el tiempo.

Deja que tu enfermedad haga crisis; dale tiempo para evolucionar y sanarás.

Si bien es cierto que no todos los enfermos sanan, también es cierto que muchos se restablecen con el tiempo.

Esperemos que así sea de ti.

Pero si tu condición es distinta y eres enfermo crónico; si sabes que no vas a sanar y que quedarás hasta la muerte enclavado en la cruz de un lecho o de un sillón, ¿qué debes esperar?

Ya te he dicho en una de mis conversaciones pasadas que el enfermo, no sólo debe esperar su salud, sino que debe esperar los beneficios que trae aparejados consigo la enfermedad.

No quiero repetir lo que dije entonces; quiero sólo recordar que muchos enfermos no quieren salir de su estado porque es precisamente ese estado el que les ha proporcionado el afecto, la benevolencia y la paz.

Pero puede haber algún enfermo que se encuentre en estado tan deplorable, en todo sentido, que no sepa donde aferrar su esperanza.

¡Hay tantos cuadros de indigencia, de soledad, de abandono, de desaliento, en los cuales todo es sombra densa y angustiosa!

Si te encuentras en ese estado, todos los horizontes están cerrados a la esperanza.

¿Qué vas, pues a esperar?

¡Oh, enfermo de mi alma, tú el más desamparado, el más indigente, el más sin esperanza! No desfallezcas porque eres el que más debes esperar.

¿Sabes porqué?

Porque cuando Dios nos quita, en las cosas humanas, los motivos de esperar en ellas, es porque El, El sólo, quiere ser nuestra esperanza.

Si las criaturas te desamparan no temas. Dios te toma por su cuenta; más que nunca puedes invocarlo con el dulce nombre de "Padre nuestro que estás en los Cielos!"

Dios te escuchará, está seauro; puedes esperar confiado en El, El mismo lo ha dicho : Nadie que ha confiado en el Señor ha quedado defraudado en sus esperanzas. (31). Confía pues, en El, y verás cuán grande es sobre ti la misericordia de Dios.

Mira desde este punto de vista el año que comienza. Un año más, una esperanza más; un año más cerca —sobre todo— de las esperanzas eternas que te enseña la fe; un año menos de sufrimiento y un año más cerca de Dios.

¡Qué cosas inmensas nos descubren estas palabras meditadas, hijo mío, en la intimidad de tu corazón!

---

(31) Ecles,. II 11.

A modo de
Ejercicios Espirituales.

I

Una cosa que te será sumamente provechosa en este tiempo de tu enfermedad es hacer una especie de ejercicios espirituales.

No te asustes, que no se trata de hacer una cosa pesada, ni larga; se trata solamente de recogerte unos momentos durante el día, meditando, ordenadamente, algunas verdades que, en este caso las entresacaremos de las que te he expuesto en este libro.

No te pido más que la aplicación suave de tu atención, según te lo permitan tus fuerzas. Yo de mi parte procuraré ser sencillo y breve en estas consideraciones.

Verás, hijo mío, que contando con la gracia de Dios por un lado y con tu estado tan propicio para sentir ciertas verdades por otro, esta santa práctica será provechosa para tu alma.

Y sin más preámbulos, escúchame.

Yo no sé si tú, considerando alguna vez esta vida que estamos viviendo, te has preguntado: ¿para qué todo esto? Todo tiene su *para qué*, es decir, todo tiene su explicación y todo tiene su finalidad; todo ha sido hecho o creado para algo, y ese algo constituye la razón de su existencia.

Mira a tu alrededor: tu cama ha sido hecha para descansar; la veladora para alumbrarte; el vaso para facilitar el beber, y así las demás cosas. ¿No es verdad? Pues bien, hijo mío; de la misma manera que las cosas, aún las más triviales, tienen su por-

qué, es decir, su finalidad, del mismo modo el hombre ha de tener su finalidad, porque para algo lo ha creado Dios y lo puso a vivir en esta tierra.

De ahí la pregunta: *¿para qué* ha creado Dios al hombre; *para que* Dios te ha creado a ti, enfermo mío; *para qué* quiere Dios que tú vivas?

A esta pregunta que se refiere al fin del hombre sobre la tierra, todos dan una respuesta; por lo menos sino en fórmula filosófica, sí, en actitudes concretas. Pero no todas las respuestas son iguales; las hay de todos los matices; las hay diametralmente opuestas; todo depende del ángulo en que uno se sitúa para mirar desde allí el problema.

No te voy a cansar con razonamientos profundos; te voy a llevar suavemente de la mano para que mires sencillamente la realidad.

Mira, hijo mío; para el que no cree en Dios la vida tiene un sentido distinto; para él no hay ningún deber para con el Creador; no hay más vida que la presente, no hay más bienes que los que se pueden alcanzar ahora. Para él la felicidad está aquí, solamente aquí; o la alcanza en la tierra o no la alcanza nunca. De ahí que si el hombre tiene la tendencia incoercible de ser feliz, es justo que lo sea; debe serlo; y como no hay más vida que ésta, debe serlo aquí, ahora, hoy mismo, y a cualquier precio.

Te he dicho que no quiero hacerte razonamientos difíciles, que no quiero cansarte.

Voy a cumplir con la promesa.

Por eso sólo te voy a decir que esa doctrina es de lo más amarga para ti, como un día lo será para

todos, pues todos estaremos enfermos como tú.

Tú, hijo mío, vives para ser feliz; y ahora, en el momento de serlo, fíjate cómo te encuentras; estás enfermo, con dolores agudos, con estados angustiosos, con porvenir incierto, con sombras en tu espíritu, quizá con una sentencia fatal que te ha arrancado brutalmente del alma toda esperanza.

Si la vida fuera eso que dice el que no tiene fe, tú eres un desgraciado, un vencido, un infeliz, y al fin, un desesperado. Y yo comprendo —aunque por supuesto, no puedo aprobarlo— la situación de aquellos que, sin fe y sin esperanza, invocan la muerte como un consuelo y como una definitiva liberación del ser aprisionado por el dolor, para convertirse en nada.

♡

Para el que cree en Dios las cosas son bien de otra manera; el hombre no es un ser que apareció por casualidad sobre la tierra, sin saber de dónde vino, como el huérfano que se abandona en el umbral de una puerta.

El hombre ha sido creado por Dios, con el fin de ser feliz; y así como la planta que ha sido creada para darnos su flor y su fruto tiene, antes de darlos, que pasar por un período laborioso de gestación, de la misma manera, el hombre creado para ser feliz elabora esa flor y ese fruto en su período de gestación, que es la vida presente, para ser feliz en la etapa definitiva de su vida, que empieza después de su muerte.

Emplazado así el problema, la vida tiene otro sentido, y se le puede dar al corazón, que ansía una felicidad que nunca podrá tener en la tierra, una esperanza; y se podrá dar a nuestra razón una explicación del terrible problema del dolor, que hoy es tu problema.

Fuera de esta posición estas dos grandes realidades de la vida del hombre, felicidad y dolor, no tienen ninguna aceptable explicación; más aún, se vuelven dos absurdos.

Fácil es comprenderlo; tomemos el ejemplo de dos jóvenes con conceptos distintos de las cosas.

Uno se divertirá cuanto puede despilfarrando en juegos, diversiones y farándulas, todo cuanto tiene.

El otro, que piensa en su porvenir, en su futura familia y en su vejez, trabaja, se contiene, se sacrifica, ahorra y se priva de la vida libertina.

El primero obra así porque le interesa el día de hoy no el de mañana; y como él quiere vivir hoy su vida, emplea todos los medios que están al alcance de su mano para vivirla con la mayor intensidad posible.

¿Nunca oíste decir de alguien que roba para jugar, que estafa para enriquecerse, que engaña para conquistar, que mata para lograr? Es el caso que te estoy explicando.

Desde ese punto de vista es obsurdo todo sacrificio y toda privación; y es un enemigo todo aquello que se oponga a su derecho de gozar.

El otro vive hoy, pero mirando al mañana; y entonces es muy lógico que se sacrifique, que trabaje,

que se prive hoy para el futuro; como el labrador que hoy siembra y riega y trabaja porque tiene puesta su esperanza en la cosecha que ha de recoger.

Ahí está, enfermo mío, todo el problema; dos concepciones distintas, que fundan dos planteamientos distintos de vida.

Dime, hijo mío, ¿tú tienes fe o no la tienes? ¿vives con tus miradas puestas en la eternidad, o sólo abarcas los horizontes que circunscriben las cosas de esta tierra?

Si no tienes fe, !qué triste tiene que serte la vida!, Sobre todo ahora que estás enfermo, que no puedes aturdirte con el ajetreo de cada día, y que tienes que mirar tu vida en su realidad desnuda y dolorosa.

Tú me dirás: —Eso es verdad; pero ¿qué voy a hacer? yo no tengo fe.

Mira hijo mío, si no la tienes, puedes tenerla. Yo voy a mantenerme en el propósito de no molestarte con razonamientos áridos y profundos. No son para estos momentos.

Sólo te voy a hacer una reflexión.

Dime, hijo: ¿no te parece que la posición del que no tiene fe está llena de absurdos frente a los trascendentales problemas de la vida?

Tú sabes que podemos esperar de esta vida un día de felicidad, y dos de amargura; un remordimiento por cada traspiés; miles de decepciones de parte de los que nos rodean; enfermedades que nos martirizan y luego la muerte.

Sé franco, hijo mío; sé sincero contigo mismo. ¿No te parece que eso no está de acuerdo con lo que

desea tu corazón? ¿No te parece que en eso falla la armonía del entero universo, donde todo es tan proporcionado, tan ajustado, tan medido y perfecto, y en que cada cosa realiza totalmente su fin? ¿No te parece que si fueran las cosas como dice el que no cree, esta vida sería insoportable para el hombre, que al fin sería un desplazado del orden universal y el más infeliz de todos los seres? San Pablo lo ha dicho ya: que si no tuviéramos más esperanzas que las que podemos contar en este mundo seríamos los más miserables de todos los seres. (32).

Pero esto no puede ser así; tu corazón reclama otra cosa; tú deseas que tu enfermedad no sea para ti un descargo ciego de la fatalidad que te ha herido porque sí; tú desearías que este dolor te sirviera de premio de una felicidad como lo espera tu corazón; tú desearías una vida mejor que ésta ¿verdad?

Bueno, hijo mío, este deseo innato del corazón, esa aspiración natural de tu alma no pueden engañarte; déjate conducir por ellas como de la mano y verás que ellas te llevarán donde tú no has podido llegar y te harán encontrar lo que no tienes.

Y ábrele los brazos, hijo mío, a esa fe que te enseña, como principio y fundamento de tu vida, que hemos sido creados para cosas superiores y para una felicidad completa y eterna, que no es posible que exista el hombre, la maravilla más grande de la creación visible en su cuerpo y en su espíritu, para que sirva a un pedazo de carne que se pudre, ni al dinero que

---

(32) I Corint. XV, 19.

envilece, ni a las pasiones que lo degradan, ni al tiempo que termina; que existe para servir al Dios que lo creó mediante el conocimiento y el amor; y que obtendrá la felicidad que espera y que en vano busca en esta vida.

Hijo mío, tú sabes que aquí no puedes ser feliz, alejado de ese Dios que te ama y que te espera. Las felicidades de esta tierra son mentidas; cuando volviste del baile, de la orgía adonde fuiste a buscar felicidad y dejaste un girón de tu honra o de tu integridad moral, te has encontrado con el alma repleta de amargura; cuando creíste ser feliz, se te adelantó un dolor que te acechaba en la encrucijada a veces ignorada; y quizá hoy tu enfermedad pudiera ser el precio de una felicidad que mentidamente te prometió la vida.

Todo esto tiene que hacerte reflexionar; y la reflexión serena, sobre todo en esta hora en que el dolor te está haciendo oír su voz, que es dura pero que dice la verdad, la reflexión serena, te digo, te llevará por el camino de la fe dulce y salvadora que te mostrará otros horizontes y llenará tu corazón de consuelo y de esperanza.

♡

Terminemos, hijo mío, esta breve y sencilla meditación, con un propósito.

Y es el siguiente:

San Francisco de Borgia, Duque de Gandía, cortesano de la Reina esposa de Carlos V, una vez muerta ésta, tuvo que reconocer oficialmente su cadáver al ser trasladado pocos días después de su muerte.

Y al abrir el ataúd se encontró que aquella reina, que durante su vida resplandecía de belleza y de dignidad, ahora se había convertido en un amasijo hediondo de podre. Movido por el espanto de aquella realidad se dijo, a sí mismo: —No he de servir más a los Reyes que se pudren, sino al que es el Dios eterno e inmortal.

Hijo mío, ahí está el propósito; no sirvas ni te dediques a las cosas pasajeras, no gastes tus valores que son hechos para conquistar el cielo, detrás de lo que pasa y se pierde; vuélvete a Dios con el propósito de conocerlo más, de amarlo más, de servirlo con fidelidad.

Yo te aseguro, hijo mío, que esto no sólo te dará el recto y lógico sentido de la vida, sino que te hará hasta amar tu dolor, y te llenará el alma de esperanza, de santidad y de paz.

II

Te he hablado sobre el fin del hombre; te he dicho que debemos ordenar los valores humanos según ese fin, y que en el orden está la razón de la vida humana y la solución de los problemas —a primera vista insolubles— que ella plantea.

Es, pues, de absoluta necesidad conservar ese orden establecido por Dios. Pero desgraciadamente el hombre, abusando de su libertad, puede romperlo; y a esa ruptura del orden llamamos pecado.

Y así como el orden todo lo armoniza, todo lo explica, todo lo vivifica, por la misma razón el pecado —falta de orden— todo lo desarmoniza, todo lo confunde y todo lo mata.

De ahí que el pecado ha sido apodado con la palabra mortal.

Yo quiero, hijo mío, sin cansarte con consideraciones difíciles, hacerte pensar un poquito sobre este tema de tanta importancia.

Te voy a explicar —para hacerte conocer bien lo que es el pecado—, porqué se le llama mortal.

Mortal, quiere decir que mata.

¿Y qué mata el pecado mortal?

Mira, el pecado obra fundamentalmente una triple muerte: mata al hombre, mata a Dios, mata la felicidad.

Escúchame.

Mata al hombre.

Dejando de lado la muerte corporal, que a veces también es efecto del pecado, no hay duda que el que peca, mata en su alma la vida de la gracia y los valores auténticos del espíritu.

Tú sabes, hijo mío, que en nosotros existe la vida sobrenatural, que es la participación de la vida divina; esa vida es la que funda la amistad con Dios y todos los beneficios que se derivan de esa amistad.

Para que comprendas con facilidad estos conceptos profundos te los voy a explicar con un ejemplo, que si bien —como todas las comparaciones— no refleja exactamente lo que se quiere decir, por lo menos ilustra el aspecto que se desea destacar.

Suponte una persona pobre, sin medios de vida, llena de miserias y necesidades, pero que encuentra un día a una persona buena y generosa que se compadece de sus miserias y lo adopta como amigo o

como hijo, y lo lleva a su casa y le rodea de todas las comodidades, y le hace bella la vida. Pero he aquí que, por una infidelidad del pobre, éste pierde la gracia o sea la amistad de su protector; éste le separa de su casa, y desde ese momento se acabó para el pobre la vida de regalo y bienestar, y vuelven para él, la indigencia y la miseria.

Eso pasa con nosotros cuando pecamos: matamos en nosotros todo ese orden que nos une con Dios y se cae verticalmente toda esa maravillosa economía sobrenatural.

El hombre, por el pecado, vuelve a sus miserias, y con eso ahoga y deshace y mata sus auténticos valores morales.

Esto lo vas a comprender mejor en lo que te voy a decir, porque es el efecto sensible de la pérdida de la gracia. El orden sobrenatural se suele apreciar poco porque no está en el plano sensible; pero sus efectos se comprenden porque hieren directamente nuestra sensibilidad.

¿Quieres una prueba?

Escúchame.

Compara entre la gente que tú conoces a dos personas, una que tiene un vicio y otra no; o si quieres a una misma persona en dos etapas de su vida; una sin pecado y otra con él.

Suponte un hombre que en determinado tiempo se dió a la bebida. ¿No notas ninguna diferencia? ¿te parece que ese pecado de la embriaguez no ha rebajado al hombre y no le ha quitado verdaderos valores en su vida? Compara la mujer decente, recatada, con

la que se ha entregado al vicio de la lujuria. ¿No hay diferencia entre ambas? ¿Te parece que la pecadora no mató ninguno de los valores que deben adornar a una mujer de bien?

Compara al hombre generoso y justo, con el avaro y egoísta. ¿Te parece que no mató nada en el hombre el egoísmo y la avaricia?

Y puedes seguir haciendo comparaciones y constatarás siempre, sin ninguna excepción, que el pecado ha matado en el hombre sus auténticos valores morales.

Más aún; si tú has tenido la desgracia de pecar, examínate, y verás con amargura, cómo has dejado girones de tu vida, de tu dignidad; verás cómo lloras lo que has perdido por el pecado que te sedujo ayer y que dejó hoy la muerte en el corazón.

La quietud a que te reduce la enfermedad te es ciertamente propicia para meditar; medita, hijo mío, y verás cuanta verdad amarga hay en la palabra que te estoy diciendo.

♡

Te dije, además, que el pecado mata a Dios.

Te habrá sorprendido esta afirmación y te habrá parecido que sólo en forma metafórica se puede formular.

Sin embargo, hijo mío, es así como te lo he dicho.

Es verdad que Dios es eterno e inmortal y que Dios no puede morir.

Sin embargo, ven conmigo al Calvario. Mira esa Cruz que se levanta allí; mira a ese Hombre que tiene la cabeza coronada de espinas, y la frente ilu-

minada por la suprema serenidad del justo.

Míralo agonizar y morir.

Pregúntale a los que le rodean porque está muriendo allí ese Hombre en medio de tan terribles tormentos; y te contestarán que está pagando la pena de los pecados de los hombres; te dirán que todo ese drama es causado por los pecados del mundo, en los cuales están sumados los míos y los tuyos.

Y si preguntas quién es ese Hombre a quien están matando los pecados, te dirán que ese Hombre, con ser verdadero Hombre, es también verdadero Dios; que es Dios mismo que ha tenido que pagar con el infinito valor de su holocausto, la deuda infinita de nuestro pecado; y que no pudiendo morir como Dios, muere en su Humanidad Sacrosanta, a la que El se ha unido hipostáticamente para poder sufrir y morir por tu pecado.

Eso tú lo sabes, hijo mío, porque tú tienes fe. De ahí que tenía yo toda la razón al decirte que el pecado mortal mata también a Dios.

Hijo mío, si quieres comprender la obra del pecado, toma en tus manos el Crucifijo; míralo en silencio y El te hablará a ti con mayor elocuencia de lo que puede hacerlo la palabra humana, y te hará comprender hasta dónde llega la terrible expiación de un pecado mortal.

♡

Pero podríamos preguntarnos: el pecado, no obstante producir tan terribles efectos de muerte, ¿te da al menos la felicidad?

¿Es acaso como la semilla que muere en el seno

obscuro de la tierra, para luego sonreír en la belleza de la flor y en la bondad del fruto?

La respuesta es categóricamente negativa, porque el pecado, además de matar al hombre y a Dios, mata la felicidad.

No podía ser de otra manera.

El pecado mata la felicidad.

Pero, ante todo, veamos qué entendemos por felicidad.

Hay que distinguir bien entre felicidad y gozo. felicidad es un estado, entiende bien, un estado del alma que está en posesión de sus legítimas aspiraciones. Gozo es el placer pasajero y momentáneo del sentido que se contenta con sus exigencias.

Tú ya comprendes la diferencia que hay entre gozo y felicidad; y si bien estas dos palabras pueden encontrarse y convivir como amigas, son, en la mayor parte de los casos, enemigas mortales.

Y esto sucede en el pecado. El pecado siempre te ofrece un aliciente, como el pescador que pone en el anzuelo una carnada apetitosa que pueda atraer al pez; pero escondido en el bocado apetitoso está el anzuelo que arteramente hiere y mata.

El gozo de un momento fué el precio de una muerte.

Es la historia de todos los goces pecaminosos; éstos son el cebo con que se engañaron nuestros sentidos y el precio al cual vendemos vilmente nuestra felicidad, eterna y temporal.

El pecado mata nuestra eterna felicidad; porque es utópico pensar que con él vas a entrar en el cielo

y vas a recibir la herencia de Dios, cuya filiación tú repudias con el pecado. Ya sabes que nada manchado e indigno puede trasponer los umbrales del cielo, y que al pecador obstinado le está vedada la eterna felicidad.

Y yo me pregunto: ¿no es una locura cambiar la eterna felicidad del alma por el gozo pasajero del sentido? ¿no es una locura vender la primogenitura de una felicidad eterna por el plato de lentejas de un fugaz contentamiento de la pasión?

Fíjate bien, hijo mío, que subrayo las expresiones, goce pasajero y contentamiento fugaz.

Porque el goce es nada más que un momento que huye de ti con la rapidez del rayo.

El pecado no te perdona; su obra mortífera es completa; porque además de robarte la eterna y completa felicidad del cielo, te roba también ese retazo de felicidad que se puede gozar legítimamente en esta tierra.

Escúchame, hijo mío, escúchame.

Al decirte estas palabras yo quisiera tenerte bien junto a mi corazón y hablarte a ti, solamente a ti, para que en la intimidad de la confidencia, me contestaras con toda la sinceridad con que un alma habla cuando está en la presencia de Dios.

Dime, hijo mío. ¿Has tenido alguna vez la desgracia de pecar?

¿No? Que Dios te bendiga; que Dios te guarde. Pero tú me vas a comprender también.

¿Has, en cambio, pecado? ¿Sí?

Tú me vas a comprender mejor.

¿Te acuerdas del pecado que cometiste en esa hora de locura? ¿Te acuerdas? Dime. ¿Y hoy ese pecado te ha hecho feliz? Yo veo dos lágrimas asomar a tus ojos, y sé que llevas en el alma una secreta amargura y una herida que quizá no se cicatrizará jamás. Si una noche perdiste la inocencia, con ella perdiste la felicidad. El día te pareció obscuro y triste, y hoy ese recuerdo te amarga la vida de tal forma, que darías lo que no tienes para arrancar esa página del libro de tu vida.

¿Es verdad o no?

Si tú con tus despilfarros y francachelas fuiste el dolor de tus padres hoy muertos, el recuerdo de ese pasado hoy no te hace feliz; y si pudieras volver a vivir los años que ya no volverán, morirías antes que volver a hacer lo que hiciste.

¿Es así, o no es así?

Si has sido iracundo y vengativo, o que sé yo que otras cosas más, y esa pasión te llevó al crimen, a la acción indigna, y has hecho derramar lágrimas con tu pecado, —con ese pecado que tú sabes— hoy no eres feliz; ese pecado te ha engañado, y cuántas veces el remordimiento te ha mordido y te sigue mordiendo el alma como una serpiente ponzoñosa que te envenena la vida y te quita la paz.

¿Es verdad o no?

Si alguna vez fuiste infiel a tus sagrados deberes, cuando volviste a casa todo te pareció una acusación a tu falta; y hoy, aún hoy, después quizá de

muchos años, la mirada de tu esposa fiel y de tus hijos que te miran con amor, son espinas que se te clavan en el corazón.

¿Es así o no?

Hijo mío, ése es el efecto del pecado; la muerte, la terrible muerte que llena de congoja, no solamente el pequeño gran mundo que es el corazón del hombre, sino que además trastorna todas las relaciones humanas; que acaba con la amistad, con la fidelidad, con el orden, con la justicia, con la paz, y siembra el odio, la guerra y la muerte entre hombre y hombre, entre marido y mujer, entre padre e hijo, entre raza y raza, entre nación y nación, entre pueblo y pueblo.

Examina bien y verás que todo es efecto del pecado.

♡

Hijo mío, te dejo con estos pensamientos en el alma.

Y medítalos despacio; y si esa meditación te toca el alma, no le cierres la puerta de tu corazón a Dios que está llamando.

Porque Dios es Padre y ha venido a la tierra para dar la vida, aún a costa del milagro de resucitar a los muertos.

Si Dios te llama, ábrele las puertas; échate en brazos de su misericordia; que una lágrima sincera y una buena confesión de tus culpas te pueden dar la felicidad incomparable de una palabra de perdón.

III

El pecado desorganiza la obra de Dios y mata la felicidad del alma, llenándola de zozobras y remor-

dimientos.

Esto quizá te ha traído un poco de sombra y de tristeza que, sumada a la que se deriva de tu enfermedad, puede hacerte caer en un estado de depresión y melancolía.

Pero, hijo mío querido, yo no quiero que estés triste; no me perdonaría si fuera causa de que te amargues; no quiero, de ningún modo, hacerte sufrir; mi deseo es consolarte y quiero hacerlo, aún cuando te hable de cosas tan disgustosas, que tanto amargan al alma, como el pecado; porque al lado del pensamiento del pecado nuestro, quiero colocar en tu alma el consuelo de la misericordia de Dios.

Déjame, hijo mío, sentarme junto a ti; y medita conmigo este atributo de Dios: la misericordia.

Según te he prometido, no vamos a hacer razonamientos largos ni pesados; vamos, tú y yo, a escuchar sencillamente lo que nos enseña Dios a través de lo que ha dicho y de lo que ha hecho frente al alma que ha tenido la desgracia de ofenderlo, pero que ha sabido después llorar su pecado.

Escuchemos a Dios, enfermo mío.

El nos dirá una serie de ejemplos y de palabras que nos harán comprender cuánto podemos esperar de El.

Nos habla Jesús de una mujer que habiendo perdido una joya no se desentiende de ella, ni la olvida, ni la abandona, sino que, al contrario, revuelve toda la casa y pone en juego todos los medios para dar con la alhaja perdida.

Nos dice en otro lugar del Evangelio, del pastor

que, habiendo perdido una de las cien ovejitas de su rebaño, deja a salvo las noventa y nueve y va por riscos y breñales en busca de la ovejita perdida y, una vez hallada, la carga sobre sus hombros para que no se lastime entre las zarzas, y la vuelve al redil.

Tú comprendes, hijo mío, con qué elocuente graficismo Dios quiere decirnos su inquietud por el alma que lo abandona, y su solicitud para buscarla y traerla de nuevo junto a su Corazón.

Y para que tengamos más claro y más completo el concepto de su misericordia, recurre a la emocionada parábola del hijo pródigo. (35).

Tú la conoces ya.

Se trata de un hijo que, seducido por las falacias de los placeres mundanos, pide al padre la parte de la herencia que le corresponde y se marcha por el mundo, gastando en diversiones y francachelas, con amigotes y gente de mal vivir, en juegos y en orgías cuanto había recibido de su padre.

Terminado el dinero, también se terminó la vida de placeres, y el infeliz no tuvo más remedio que dedicarse al trabajo para vivir; pero como no se había preocupado de capacitarse para ganar honradamente la vida tuvo que contentarse con la ocupación de cuidar unos cerdos; y como lo que ganaba no bastaba para saciar su estómago, se alimentaba de las bellotas que comían los animales inmundos.

Estando en tanta miseria, recordó la casa paterna que había abandonado, en la que todo abundaba y hasta los siervos comían a saciedad. Pensó entonces

---

(35) S. Luc. XV, 11-32.

en el retorno; no le amedrentó su pecado porque conocía el corazón de su padre; y dejó los puercos y las bellotas, y emprendió el camino de regreso al hogar.

Entretanto el padre vivía llevando la amargura en el alma por la suerte del hijo ausente, y todos los días subía a la terraza de la casa para ver si por acaso aparecía, por alguno de los caminos que cruzaban los campos, el hijo que había perdido.

Y cuál no sería su alegría cuando le vió; más que distinguirlo con los ojos lo intuyó con su corazón y se adelantó por el camino para apresurar el abrazo. Y llegado junto a él, apenas escuchó las palabras de arrepentimiento del hijo; sin hacerle ningún reproche lo besó, lo abrazó y lo condujo a la casa y llamó a los sirvientes para que lo vistieran con el mejor traje, lo perfumaran y lo enjoyaran; y después ordenó una gran fiesta, porque el hijo que lloraba perdido había vuelto a su corazón.

¡Qué sublime hermosura en la clara sencillez de esta parábola!

¿No te parece que ella resume la historia de cada uno de nosotros?

Cuando pecamos, despilfarramos y malgastamos en obras pecaminosas los dones que Dios nos ha dado con tanta generosidad; esa parte de la herencia paterna, la echamos a perder valiéndonos, para ofender a Dios, de la inteligencia, de la voluntad, de los sentimientos, de los sentidos, del cuerpo y de las potencias del alma.

¿Con qué resultado?

Ya lo sabemos; el pecado nos ha degradado por-

que nos ha asimilado a la bestia con la que hemos compartido el alimento.

Y mientras el hombre, creado por Dios para ser su imagen divina, se hace semejante a la bestia, Dios espera en lo alto del cielo, espera con inquietud, con amargura, con amor. Y como la mujer o el pastor de las parábolas buscará todos los medios para que se encuentre con El; libros, sermones, inspiraciones; estas mismas palabras mías son un llamamiento que Dios te hace a ti para que vuelvas a su Corazón.

Y si nosotros salimos de la pocilga donde hemos caído, y volvemos a El, no hemos de temer ni siquiera la severidad de un reproche; encontraremos, —así nos lo ha hecho entender El mismo en esta parábola,— sus brazos abiertos y su corazón generoso.

¡Qué consuelo, hijo mío!

¡Cuán distinto es Dios de los hombres!

Mientras éstos, que te han ayudado a pecar, cuando te ven caído se escandalizan de tu pecado, te hieren con sus críticas y su sarcasmo, y se ensañan sin piedad contra ti, y te niegan su compañía, Dios, en cambio, te espera; te espera con paciencia. Cada minuto de vida es un don de la misericordia divina; cada cosa que te invita al arrepentimiento es un llamado amoroso de su Corazón.

Y mientras tu pecado ha sembrado en el corazón de los hombres el despecho, la ira, la venganza, el odio, ha aumentado en el Corazón de Dios el amor; los hombres te reprocharán tu falta. Dios, no; los hombres te enviarán a vivir por años enteros, quizá para toda la vida, en la tristeza de una cárcel; Dios, en

cambio, te viste de gala y hace fiesta porque, si bien ha visto la malicia de tu pecado, ha visto también el arrepentimiento de tu **corazón.**

Hijo mío, cuando pensamos en la grandeza de la misericordia de Dios a través de las parábolas que El mismo nos ha narrado, nos parece tan grande su bondad, tan ajena al modo de reaccionaar de los hombres, que a lo mejor pensamos si no habremos entendido bien.

Pero mira a Dios, no describiendo una parábola, sino frente a los pecadores.

Es una adúltera que los fariseos querían apedrear por su pecado. El no sólo la defiende, sino que la perdona; su única palabra es:

—Si nadie te condenó, tampoco yo te condeno. Anda en paz y no peques más. (36).

Otra vez es la Magdalena, pecadora pública, mujer escandalosa y corrompida. Los fariseos hacen motivo de murmuración y escándalo, viéndola a los pies de Jesús llorar su pecado. Jesús la defiende de la implacable justicia de los hombres, y exhorta el valor sublime de sus lágrimas diciendo:

—Hasta que se predique su Evangelio se hablará con honra de esta mujer (37).

Otra vez es Pedro, su amigo, su apóstol, su sucesor que lo niega una, dos y tres veces, y jura ni conocerle siquiera.

Todo el reproche del Maestro es una mirada de infinita dulzura y de infinito perdón, que cae sobre el

---

(36) Juan VIII, 1-11.

(37) Mat. XXVI, 66-72 y Mat. XXVI, 69-75.

corazón del Apóstol arrepentido y lo estruja hasta que las lágrimas corren sin cesar por las rudas mejillas del pescador de Galilea. (38).

Y en la Cruz, mientras todos blasfeman y le insultan, mientras los hombres que El había beneficiado le desgarran las manos y los pies y el Corazón, cuando un ladrón se vuelve a El, no le recuerda sus pecados, sino que le dice estas palabras:

—Hoy mismo estarás conmigo en el Paraíso. (39).

Querido enfermo, te decía al principio de esta meditación que no quería entristecer tu corazón con la sombra del pecado, sino que anhelaba consolarlo con el pensamiento de la misericordia de Dios.

Creo que lo he conseguido, no por cierto por mi palabra, que tú sabes que es pobre y deslucida, sino por las cosas que te he dicho, que son inmensamente grandes y que ensanchan el corazón. Yo deseo, hijo mío querido, que tú pienses mucho en esto y te sientas feliz de estar en manos de Dios; mira a Dios como el más amoroso de los padres, cuyo Corazón desborda de ternura y de misericordia; recuerda al padre o a la madre más buenos que tú conozcas, y piensa que no son nada más que una pequeña sombra de la inmensa luz de bondad que es el Corazón de Dios.

Pero yo no quiero, enfermo mío, que interpretes mal la bondad de Dios y pretendas hacerla cómplice de tu pecado.

Porque si tú piensas que porque Dios es bueno y perdona, se puede tranquilamente seguir pecando, y

---

(38) Marc. XIV, 66 - 72.

(39) Luc. XXIII, 39 - 49.

no te arrepientes y enmiendas de tu pecado, no esperes que Dios sea bueno contigo y tolere tal impertinencia y abuso de su bondad.

De todos los ejemplos que te he ofrecido y de todos los posibles, verás que la misericordia de Dios sólo se ejerce en el pecador arrepentido. Todavía Dios tiene que perdonar —y no lo hará jamás— al pecador que pretenda que le perdone, mientras él permanece obstinado en su pecado.

No digas que te arrepentirás más adelante, cuando cambien las circunstancias, o en otro tiempo, porque nadie tiene la vida asegurada, y mucho menos, tú, enfermo mío.

Y, si bien el buen ladrón obtuvo el perdón en la última hora de su vida, tú no puedes asegurarte que te acaecerá lo mismo; también al lado de la Cruz de Cristo hubo otro ladrón y éste no se arrepintió.

Te diré —para que las medites— las palabras de S. Agustín; que Dios nos ha dado el ejemplo del Buen Ladrón para que aprendamos a no desconfiar ni aun en el último momento de una vida pecadora, de la misericordia de Dios; pero nos ha dado uno solo de estos ejemplos para que aprendamos también a no fiarnos en falsas esperas y a no abusar de su bondad.

Hijo mío, si estás alejado de Dios, vuelve a El con un sincero arrepentimiento y una sincera confesión.

No esperes más.

Yo te aseguro, hijo mío, que me agradecerás este consejo.

Afirmó Jesús que se hace en el cielo más fiesta por un pecador que vuelve a la gracia del perdón que por cien justos que jamás se apartaron de El.

Haz, pues, que haya alegría en el cielo, y verás que esa alegría llegará hasta tu corazón. Tú, que estás viviendo el dolor de tu carne enferma y la amargura de tu espíritu entristecido, no le niegues a tu corazón ese consuelo.

Sé como el hijo pródigo: vuelve a la casa de tu Padre; y verás que todas las tristezas y todos los dolores se hacen dulces cuando sientas en el alma la inefable dulzura del abrazo de Dios.

IV

Después de haber meditado sobre el último fin, sobre el pecado que nos aparta de el, y sobre la misericordia de Dios que reintegra el orden deshecho por la culpa, tú deseas que yo te dé una norma práctica para obrar en ti esa reintegración.

Te la daré de inmediato.

Cuando he predicado ejercicios por radio a los enfermos siempre los he anunciado con esta frase: Enfermo: junto a tu lecho pasará el Maestro. Estas palabras me han hecho siempre revivir las escenas del Evangelio, tan llenas de emoción, cuando al paso de Jesús por todos los rincones de Palestina, los enfermos acudían a El de todos los caminos; aquellos infelices agobiados por el mal físico, tullidos en sus pobres camillas, como los paralíticos o sumidos en las sombras de sus pupilas ciegas, o minados por enfermedades infecciosas, o arrastrándose por lugares solitarios, proscritos por la ley y por el terror de sus hermanos, llevando abiertas las llagas de una lepra incurable, todos a una se levantaban en el supremo esfuerzo de una última pero inquebrantable esperan-

za, al saber que iba a pasar el Maestro; y el grito — mezcla de dolorosísima amargura y de suprema confianza:— Jesús, hijo de David, tened misericordia de nosotros, — brotaba espontáneo de aquellos pechos angustiados y de aquellos labios mustios y temblorosos. (40).

Y el Maestro se acercaba a ellos, llevando en su rostro la flor de una sonrisa de madre, y en sus ojos azules la expresión de una infinita ternura. Y sus manos se tendían hacia la turba de desgraciados y proscritos para encender la luz en las pupilas en sombras, para cerrar las llagas de aquellas carnes enfermas, para dar agilidad a los miembros entumecidos, y hasta para dar la vida a los muertos, en los caminos de Naím, en la casa de Jairo y ante el sepulcro de Lázaro, su amigo.

Pero si examinamos atentamente estos milagros evangélicos descubrimos, en una forma más o menos directa, la preocupación del Maestro, que más que alivio a la carne, deseaba dar luz y consuelo al espíritu No podemos ni pensar siquiera que Jesús haya agotado, en esos casos, su solicitud para el bien del cuerpo sin preocuparse en nada del alma.

Quizá —si alguna vez has meditado sobre estas páginas evangélicas— has sentido envidia de aquellos afortunados enfermos que vieron a Jesús, y oyeron sus palabras, y recibieron favores de sus manos. Sin embargo, no debiste sentir envidia, porque —aunque en forma distinta— tienes todo esto tú, lo tienes

---

(40) Luc. XVII, 11 - 19.

todos los días que tú lo quieras. Porque Jesús, antes de subir a los cielos, nos dijo una palabra de infinito consuelo: He aquí que Yo mismo permaneceré con vosotros hasta la consumación de los siglos, (41) palabras que sigue cumpliendo día a día en todos los lugares de la tierra, cuando el Sacerdote pronuncia la fórmula de la Consagración y queda bajo las apariencias del pan el mismo Cristo, no en símbolo, no en figura, sino en la realidad viva de su Cuerpo, de su Sangre, de su Alma y de su Divinidad.

Yo no sé, mi querido enfermo, si alguna vez te has preguntado para qué Jesús quiso quedar entre nosotros, en nuestros Tabernáculos, de día y de noche, y tan al alcance de nuestra mano.

Por poco que lo pienses, y sin recurrir a argumentos difíciles, te darás cuenta que su fin no pudo ser otro que continuar su misión; y no propiamente la de su palabra viva, —porque ha instituído la Iglesia como magisterio auténtico de su doctrina,— sino en esa otra misión de dar vida y consuelo a las almas de todos los que creyeron en El.

¡Qué bondad la de Jesús, hijo mío! ¡Qué generosidad que nos conmueve hasta las lágrimas, y arranca las más tiernas y dulces expresiones de nuestro corazón! Yo pienso siempre, y con una gran pena, en las almas que no tienen fe, para las cuales el misterio de la Eucaristía —como los demás— son ficciones

---

(41) Mat. XXVIII, 26.

poéticas o burdas, aptas sólo para engañar piadosamente a los ignorantes y menguados. Cómo siento en el alma el deseo vehemente de gritarles aquellas palabras de Jesús a la samaritana: "Si scires donun Dei", ¡oh si conocieras el don de Dios! (42). ¡Cuánta luz encontrarías allí donde tú crees que no hay más que sombras!, ¡cuánta verdad en lo que tú juzgas un error lamentable!, ¡cuánto consuelo en aquello que te parece que es una fantasía pura y no una concreta realidad!

Yo no puedo en estas breves páginas, decirte nada más que estas expresiones; yo no puedo, como desearía, fundar, —con las razones del caso,— estas afirmaciones mías; podrá decirse que con ellas yo no pruebo nada. Puede ser; pero yo quisiera que las almas de buena voluntad, las que buscan la luz, las que tienen sed de verdad y hambre de justicia miren, al menos con curiosidad, el panorama de la fe; que lo estudien en cada uno de sus detalles; no les faltará medios; pueden tener a la mano, libros, amigos, sacerdotes que puedan decirles lo que yo no puedo aquí, para que lleguen a comprender que la fe, y el Evangelio, y la Iglesia no son concepciones líricas; que son, en cambio, realidades fundamentales sin las cuales la vida no tiene sentido, y en definitiva no vale la pena de ser vivida.

¡Hijo mío! a ti que tienes fe vuelvo a repetirte:

---

(42) Juan IV, 10.

junto a tu lecho pasará el Maestro, el de Palestina, el mismo que curó a los leprosos y dió vista a los ciegos y resucitó a los muertos, pero, sobre todo, derramó consuelos, especialmente sobre los enfermos del alma, con la verdad de su doctrina y con el amor del mismo Corazón.

Pasará junto a ti, ¿para curarte, acaso, las enfermedades del cuerpo? No lo sé. Si El quiere puede hacerlo; los milagros no han cesado en la Iglesia; y se multiplican en todas partes; en la gruta de Lourdes como en las apartadas viviendas, por todos los rincones del mundo.

Pero no es esto lo que más interesa, permíteme que te hable así, porque el problema de la dolencia es temporal y pasajero; y, al fin, alguna será la última e incurable enfermedad, puesto que esa es ley que el mismo Dios ha impuesto a la vida humana. El mismo, no obstante la repugnancia natural que sintió ante la Cruz, aceptó ser clavado en ella.

No olvides que no debes tomar tu fe como la panacea para curar las penas temporales; sino como el medio de sufrirlas con altura y de referirlas a los bienes del espíritu y del más allá.

Pasará junto a ti el Maestro, eso sí, para consolar tu espíritu; para hacer un milagro, sin duda; si no el milagro de cambiar tu estado físico, para hacer otro mayor: hacerte bienaventurado porque sufres.

Yo no sé, enfermo que me escuchas, si tú haces la Santa Comunión.

No sé si serás un alma fervorosa que sienta la necesidad de que Jesús descienda hasta tu corazón en la Santa Hostia.

Si tienes reparos para comulgar yo te pido que procures disipar tus dudas y remover los obstáculos que se opongan a la Santa Comunión.

Si no sientes deseos de comulgar porque te cuesta desterrar de tu vida la culpa que la mancha, sé fuerte y generoso y cuanto antes disponte a dejar con un gesto noble y meritorio, lo que, aunque no quieras, tendrás que dejar un día a la fuerza y sin mérito.

Si en cambio no te animas a comulgar porque no sientes hambre de ese divino manjar considera que te pasa lo que al inapetente del cuerpo; que esa privación de alimento te agota y debilita, y que el remedio está en comer aunque sea sin ganas, que si la comunión no te resulta agradable, te resutlará siempre útil y necesaria.

Si te parece que no tienes suficiente fe y fervor para comulgar, no importa; comulga lo mismo con recta intención; y esa Comunión te dará el fervor que tú deseas y que en vano buscarás o esperarás viviendo lejos de Dios.

Pasará pues, el Maestro junto a tu lecho, si tú le abres las puertas de tu casa; y al abrirle las de tu corazón, más que junto a ti, estará en ti, confundiendo su vida con la tuya, para que puedas decir con San Pablo: —Yo vivo pero no soy yo el que vivo sino es Cristo que vive mi misma vida.

Y cuando le tengas en tu corazón, recógete a sus pies, como María en la casa de Betanía, y háblale de corazón a corazón. Vuelca en el suyo, lleno de

dulzura y de mansedumbre, toda la congoja y amargura que inunda el tuyo. Y verás como se realiza en tu alma el milagro; comprenderás cuánta verdad, —quizá hasta hoy oculta para ti,— hay en las bienaventuranzas predicadas por El en el Sermón de la Montaña.

Ese día será para ti un día de alegría íntima y espiritual; tu alma y tu corazón estarán de fiesta; mejor que yo te lo dirás tú mismo.

♡

Enfermo mío, he terminado estas breves meditaciones espirituales que me han salido del corazón, y con ellas termino este libro que he escrito para ti.

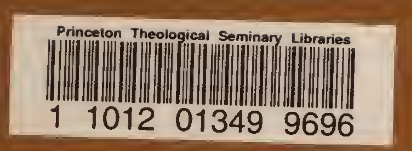
Yo no sé que efecto te ha producido mi palabra; si la has escuchado como palabra de Dios que es, sin duda tiene que haberte llegado al corazón; si la has escuchado como palabra que es de tu Padre y Pastor, también tiene que haber llegado hasta tu alma, porque tú sabes, enfermo mío, que he puesto en ella mi mejor voluntad y todo mi corazón.

Si es así, enfermo mío, no desoigas la voz de Dios que llama a la puerta de tu alma.

Abresela de par en par; y deja que te pida lo que quiera; tú entrégaselo con generosidad.

Enfermo mío; ¿cuántos años tienes tú? Muchos de nosotros hemos vivido más de la mitad de nuestra vida; estamos viviendo los últimos años, que quizá serán muy pocos. Entreguémoslos a Dios; pongamos la piedra del divino perdón sobre el sepulcro de nuestras faltas pasadas; y empecemos hoy mismo, sin dilaciones, a amar y servir a Dios que nos espera amorosamente, que será nuestro juez mañana, y en cuyos brazos seremos felices para siempre.

ÍNDICE




IMPRENTA
Benedetti